



JAIME MENDOZA

EL MACIZO BOLIVIANO

1957

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz - Bolivia

INDICE

Jaime Mendoza y la Literatura Geográfica Boliviana, por Alberto Calvo.

VISIÓN DE CONJUNTO

El factor geográfico
El paisaje
El factor económico
El factor cósmico
La sociogeografía
El valor estético

LA ALTIPLANICIE

Trazos geofísicos
El paisaje
Riquezas minerales
El oro
La plata
El estaño
El cobre
Otros metales
El cloruro de Sodio. El bórax
Abonos combustibles
Fuentes hidrominerales
La flora y la fauna
El sol

LAS CORDILLERAS CIRCUNDANTES DE LA ALTIPLANICIE

La Cordillera Occidental
La Cordillera Oriental

EL MACIZO DE YUNGAS

La cordillera blanca
Los Yungas
La gea
El clima
La salubridad
Algunos productos
El maíz
La coca
La quina
La fauna
El ancestro
Caminos

EL MACIZO DE CHARCAS

El clima
Productos
La faja minera
La faja agrícola
La faja petrolífera
La fauna
El sach'a-kuntur
El hombre

Los caminos
La ruta diagonal
Ithuirapucuti

LAS HOYAS

Esbozo geológico
El Macizo de Chiquito
Una paradoja geográfica

LA HOYA AMAZONICA

El clima
El factor sanitario
Falta de caminos

LA HOYA PLATENSE

Livichucu.- El magna divortia aquarum
El Pilcomayo
El Río Grande
El Parapiti
Trazos geológicos
El clima
El paisaje
La fauna
El cuyabo
Productos
Caminos.- Pueblos
Salubridad
El hombre
El hombre andino
Los chaneses
Los guaraníes
Los españoles
La irrupción actual
Digresión

CONCLUSIÓN

Bolivia
Las Grandes Vías Continentales
La Ruta Diagonal Suramericana
Nuestra Luz
Reaparición de una nacionalidad

I.-
II.-
II.-
IV.-
V.-
VI.-
VII.-
VIII.-
IX.-
X.-

MANDEPO

Notas de viaje

LA RAZA QUE SE VA

ALGO SOBRE GEOLOGÍA BOLIVIANA

El cobre
El estaño
La plata
El oro

VISIÓN HEROICA

NOTAL FINAL

Departamento de Publicaciones
y Difusión Cultural

Fernando Diez de Medina
Ministro de Educación

R. Alberto Calvo
Asesor Técnico

Raúl Calderón Soria
Director Nacional de Cultura
Asesor Artístico

Jaime Mendoza
y
la Literatura Geográfica Boliviana

“Tierra ignota”

América, en inmensuradas regiones, sigue siendo el Continente del tercer día, que dijera el Conde de Keyserling. Tierras de silencio y de sombra. Las conmociones de las urbes adolescentes no alcanzan a resonar en las extensiones desérticas, en las junglas. Ríos como mares difluyen en gratuita virginidad.

La vocación hacia el océano deja a las tierras interiores rumiando su yerma pasión de soledad y olvido.

América, en su apetencia por el mar y en su dependencia de éste, hizo florecer en las costas el milagro de las grandes ciudades. Y detrás de ellas se avizora el escándalo de una geografía desarticulada, signada apenas por escasas vías de comunicación.

Esas vastas soledades que desviven su desamparo cósmico a espaldas de las grandes urbes, aún no han hecho su ingreso en los dominios de la geografía. Yacen en la incuria de una marginada geología, invulnerada por el tiempo.

Las tierras interiores de América aún están por descubrirse. Muchos años pasarán antes que el hombre subyugue e incorpore a su paisaje cotidiano, dilatadas extensiones de este nuestro continente de sombras.

Una arraigada mentalidad colonial, de factoría, impide que los estadistas quiebren una estructura demográfica que retarda el dominio y posesión de nuestra mediterraneidad.

La irracional distribución de los contingentes inmigratorios y su radicación en las poblaciones de la costa hicieron crecer en ella ciudades desorbitadas de su contorno geográfico. “Cabezas de Goliat” llamó algún ensayista argentino a estos abortos macrocéfalos causantes del permanente desequilibrio demográfico que obstaculiza la vida de relación y de dominio de la tierra en casi todos nuestros países, salvado Chile, angosta faja de tierra vertebrada de norte a sur por un sistema longitudinal de comunicaciones.

Brasil nos ha dado el primer ejemplo de reacción contra el insensato abandono de las tierras mediterráneas. Su nueva capital, Brasilia, significa el más serio intento realizado en América para resolver, en ajustada ecuación, el equilibrio entre población y territorio. Otros países hay –Bolivia o Paraguay- que discurren su existencia en silencioso enclaustramiento, en obligado ensimismamiento, padeciendo la nostalgia de un mar antes suyo, hoy próximo y ajeno o comunicados con él por un gesto fluvial que jamás logra alcanzar la plena posesión marítima.

A Jaime Mendoza, es deudora la literatura boliviana de las páginas más logradas sobre el contorno geográfico del país y su influencia determinante en la conformación de la nacionalidad. Con él nace y en su obra se sistematiza el culto a la tierra.

El viento imponiendo su rugiente señorío en las pampas altioplánicas, la diáfana transparencia de la atmósfera que acerca a las estrellas, la gesta de la llama “siente de naciones”, son los obicuos personajes de sus obras. Jaime Mendoza inicia en Bolivia “la mística de la tierra” como denominara Francovich a un vasto movimiento ideológico y literario que descubrió en la entrañable elementalidad de este suelo, el impulso para una acción programática, tendiente a conjugar el destino histórico de Bolivia con los impulsos

dinámicos y la voluntad rectora que surge de sus abismos minerales, de sus dilatadas planicies. “Nayjama” de Fernando Diez de Medina es la culminación lírica de toda esa inquietud preanunciada por la anterior generación literaria. Es el canto de una raza, la identificación del hombre con su montaña, en la afirmación esencial de su ser y su destino. Porque “Nayjama” –como yo mismo soy- es la presencia indicativa del hombre americano, que unimismado con su tierra, asienta sobre ella la posibilidad de su justificación vital.

Desde que Jaime Mendoza publicara en 1911 su novela “En las tierras de Potosí”, toda su obra denuncia una continuada preocupación por el paisaje desmesurada y contradictorio del país: “El Mar del Sur”, “La ruta atlántica”, “La tesis andinista” y, sobre todo, “El Macizo Boliviano”, publicado en 1935, que el Ministerio de Educación incluye en esta su Biblioteca de Autores Bolivianos, amén de numerosos artículos publicados en Europa y América, son las obras fundamentales en que Mendoza describe temas y analiza problemas –desde los más distintos ángulos- que plantea la tierra boliviana. Jaime Mendoza, por afinidad generacional, está adscrito, en lo literario, al modernismo y al positivismo en su quehacer científico. En Europa convivió con Rubén Darío quien lo calificó como “boliviano de talento y de carácter, en quien se revela en nuestro continente un nuevo y distinguido Gorki”.

Historiador, poeta, novelista, lo mejor de su producción está dedicado al tema de la naturaleza.

Viajero infatigable del territorio nacional, recorrió con paso moroso y miradas expectante el vasto escenario de su suelo natal, degustando las contrapuestas perspectivas de este país, síntesis geográfica del mundo. Dotado de una especial sensibilidad para captar todos los estímulos del ambiente, escudriña con sapiencia tanto los horizontes de la altipampa –ocre soledad, diálogo planetario de tierra, cielo y viento- como la verde lujuria de las selvas tropicales cuyas marañas se enredan al alma como húmedo abrazo vegetal.

Su formación científica, su pasión misionera por la grandeza de la patria, sus afanes por movilizar el progreso del país, están por encima de sus preocupaciones literarias. En Jaime Mendoza la palabra cumple función de verdad, más que de belleza. Cuando el estilo desmaya o incide en concesiones que cualquier esteta rechazaría, subyace en sus páginas una pasión de servicio, una rectoría monitora, el testimonio de un elevado magisterio expresado en tono íntimo, coloquial.

Sin el rigor científico de Alcides D’Orbigny, Mendoza aparece como el más destacado discípulo del humanista francés, en la ímproba tarea de redescubrir a Bolivia para los bolivianos.

Determinismo geográfico

Jaime Mendoza padece su tierra. Es ella una realidad que se le impone. El destino histórico se encarna en la montaña y desde ella preside y rige el actuar de los hombres. Es la tierra fuerza elemental e incoercible que condiciona y determina toda operación histórica, ya que *“el hombre no es sino su propio medio plasmado en forma de personalidad humana”*.

Más próximo a la teoría del espíritu territorial expuesta por Ángel María Ganivet en su “Idearum” que del subjetivismo relativista de Azorín –“el paisaje somos nosotros”-, el escritor chuquisaqueño se emparenta, en filiación directa, con las doctrinas deterministas que, avaluadas por el positivismo, ejercieron tanta influencia entre los pensadores bolivianos desde mediados del siglo pasado hasta la tercera década del nuestro.

No conocemos en toda la literatura boliviana afirmación tan rotunda sobre la influencia determinantes del medio geográfico, como aquella en que, negando implícitamente la existencia de la libertad como autodeterminación, sostiene: *“El agua que bebemos, el aire que respiramos, la luz que nos alumbramos, los alimentos que nutren nuestro organismo, se están haciendo cada día en nosotros pensamiento, emoción, voluntad, acción”*.

El hombre no es, para nuestro autor, el arquitecto de su propio destino. Carece de los instrumentos fundamentales – actos volitivos libres- con que forjar su personalidad. Es instintivamente responsivo a las incitaciones normativas del ambiente, pero no inmediatamente responsable ya que su conducta está predeterminada por la obscura voluntad de la geografía entre cuyas garras el libre albedrío se fractura y anonada. *“Creemos obrar por propia iniciativa y estamos obedeciendo a las imposiciones de nuestro medio. El marca el ritmo a nuestra vida. Una montaña, un río, un bosque, nos dictan normas”*.

El hombre está, pues, en permanente franquía y disponibilidad con respecto a las fuerzas que emergen de la tierra. No es su señor. Ella le impone su señorío.

Sobre las bases de este determinismo geográfico, Jaime Mendoza enarbola el estandarte de su credo bolivianista, uno de los aspectos más importantes de su meritoria obra y la justificación más acertada, que conozcamos, de la nacionalidad boliviana.

Naturalismo histórico

Como el *“factum historicum”* no es para Mendoza la concretización de la libre determinación humana, el hombre no posee Historia sino Naturaleza. No es el ser humano sino *“el miedo el que crea sus tradiciones, hace su historia”*. Todo el acontecer histórico está condicionado por las imposiciones del mundo cósmico. La Historia es, simplemente, factura de la Naturaleza. Todo el discurrir temporal de Bolivia desde los días en que el arte floreció en la piedra de Tiawanacu hasta nuestros tiempos, está reglamentado por las inapelables admoniciones del Macizo Boliviano contextura fundamental del país.

El ciego providencialismo del factor geográfico imprime direccionalidad rectora a esa pausa segunda que es el hombre. El viejo fatalismo de los dioses es reemplazado por un naturalismo en que el hombre, hacedor y responsable de la historia, se minimiza para convertirse en simple instrumento de los mudos dictados de su contorno ambiental. El es el primer motor dinámico del acontecer histórico. *“Sólo la Naturaleza realiza obras grandes y definitivas. Ella fija los moldes primordiales, talla los territorios”*.

El Macizo Boliviano impera desde las cumbres de su altiva soledad; los hombres, simplemente, ejecutan. Vigía y atalaya de la historia patria todo lo que los hombres de esta tierra han creado con su espada o su pensamiento, es sólo la concreción obediente de una voluntad subyugadora. *“Tihuanacu, Kollasuyu, imperio Incaico, Audiencia de Charcas, Alto Perú, Bolivia: he ahí otros tantos momentos en el milenario palpitar del gran Macizo”*.

Afirmación bolivianista

Bolivia es un país que pudo no ser.

Su alumbramiento histórico como nación independiente corrió riesgos azarosos.

Sucre, transpuesto ya el Desaguadero, sin instrucciones precisas acerca del destino político del Alto Perú, comparte cordialmente los afanes de *“un pueblo que no*

quería ser sino de sí mismo”. Y aunque “un militar no tiene virtualmente que meterse sino en el ministerio de sus armas”, como le reprochaba Bolívar desde Nazca, en carta del 26 de abril de 1826, las provincias alto-peruanas conquistan su libertad, alentadas por el Decreto del 9 de febrero de 1825. Y el país que durante quince años se desangró para asegurar y sellar la emancipación americana, está condicionado en el logro de su autodeterminación por una serie de presiones foráneas.

Su independización, no tanto de España cuanto del Perú y del Río de la Plata, signa para siempre el destino de un pueblo que hace su ingreso a la libertad política, consciente de la responsabilidad que, súbitamente, contrae ante el mundo.

Ese afán de autonomía total, ¿se podría explicar, genéticamente, por ciertos antecedentes históricos, cuales la Audiencia de Charcas, o el milagro de Tiawanacu difusor de espléndida cultura? Jaime Mendoza, prefiere opinar que acaso, en ello se “obedecía a impulsos ancestrales, al influjo irresistible del medio”. Y he ahí, que lo que la tradición histórica quizás no pudiera explicar suficientemente, es ampliamente justificado por las fuerzas del ambiente que presiden y regularizan la marcha de los pueblos.

Para Bolivia, país de contensión, padeciendo la agonía de múltiples apetitos expansionistas, crucificado en su trilingüismo, quizás el mayor problema sea el de su integración nacional en una unidad geográfica y espiritual.

No interesa a los propósitos de este proemio señalar los problemas que plantean en la estructuración unitaria del país la existencia, por ejemplo, de grupos raciales diversos, de conglomerados humanos cuyo sentido de la responsabilidad nacional queda marginado dentro del estrecho cuadro de la comunidad indígena, etc. Su análisis, amén de extemporáneo, rebalsaría la temática de esta obra que el Ministerio de Educación ofrece al público.

“Este libro no es sino una nueva afirmación bolivianista, basada en postulados geográficos”. Cuál sea el sentido de tal afirmación y cuáles sus proyecciones es lo que nos interesa desentrañar por el momento, convencidos de que este país “que no quiere ser sino de sí mismo”, debe, cuanto antes, dar cumplida respuesta a los interrogantes planteados acerca de su ser y su destino. Estimamos que en “El Macizo Boliviano”, trascendiendo a la placidez virgiliana de los panoramas descriptos, al candor eglógico, a la delectación sensorial de los países, quedan apuntados varios temas que bien podrían ser objeto de meditación por parte de la nueva generación de bolivianos. Sólo ellos serán capaces de encontrar una verdad para el país real, pero una verdad que se compadezca, adecuadamente, con el ser nacional.

Si alguna vez se ha sostenido que Bolivia, históricamente, es un país gratuito, con machacona insistencia se repite que su geografía lleva inviscerada en sus entrañas el corrosivo cáncer de la inconsistencia, de la inarticulación.

Contra la pretendida tesis de la invertebración territorial de Bolivia, arremetiendo contra los criterios pesimistas sustentados en las violentas contraposiciones geográficas del país y, sobre todo, en la inexistencia de un centro geográfico rector, Jaime Mendoza lanza su “afirmación bolivianista, basada en postulados geográficos”.

Franz Tamayo, tonante verbo profético, había señalado ya, preanunciando a Toynbee, que “es un síntoma de depresión volitiva buscar el origen del mal en las condiciones exteriores y desfavorables que rodean a la nación”.

Jaime Mendoza encontrará en esas mismas circunstancias adversas no sólo el impulso dinámico del devenir histórico nacional, sino la fundamentación y justificación monolíticas de la existencia patria.

Contra poniendo Naturaleza a Historia se referirá, en el apéndice de este libro, a las *naciones naturales* que surgen, mas que por voluntad de los hombres, por las determinaciones de la Naturaleza. Bolivia, para Mendoza, antes que una nación histórica, es una nación natural. La historia sólo vino a confirmar lo que la Naturaleza había ya prefigurado. La historia actualiza una potencia muy próxima al acto. Porque la geografía se adelantó a los designios de los hombres y el nacimiento del país quedó registrado hace milenios cuando las mutaciones y cataclismos geológicos conformaron el Macizo Boliviano, espina dorsal de un territorio que, en vocación de cóndor, se articula y vertebra en torno de su ciclópeo cordón montañoso.

El destino histórico de Bolivia estaba ya predicho en la piedra; “los hombres harán el resto”, dice Mendoza. Porque cada hombre ¿qué es sino un puñado de tierra que se proyecta?

La constitución territorial

“Bolivia ha creado artificiosamente un conglomerado territorial que no sólo carece de unidad en sí, sino que sus partes viven geográficamente sometidas a las fuerzas de atracción de las unidades circundantes”, escribió Carlos Baldía Malagrida en “El factor geográfico en la política sudamericana”, según transcripción de Guillermo Francovich. Y el escritor español no es el único que se haya referido, con acento pesimista, a la constitución geográfica del país para denunciar las fuerzas centrífugas que minan su unidad territorial.

La historia americana, demasiado abundosa en pequeños egoísmos, nos documenta la pasión de este pueblo que no ha podido conservar íntegramente su heredad. El caucho en el este, al oeste las salitreras, el petróleo en el sur, configuran la desfoliada rosa de los vientos de un país cuyas zonas fronterizas parece sufrieran la imantación de las comunidades limítrofes.

Un reconocimiento superficial de la geografía boliviana parecería denunciar el centrifuguismo de su constitución territorial. Esta aparente inarticulación no sólo ha brindado a algunos países posibilidades de expansión alentadas por razones geopolíticas, sino que atenta contra la coadunación interior de Bolivia.

El regionalismo boliviano no se explicita por razones de rivalidad histórica; fundamentalmente responde a la doméstica clausura de su distintos ámbitos geográficos, que –pese al unitarismo político- retardan el afianzamiento de una común conciencia nacional capaz de expresarse, en el campo de la operación histórica, por afanes, proyectos e ideales compartidos colectivamente.

La integración nacional

Contra la tesis de la invertebración y desintegración de su país, Jaime Mendoza traza un esquema territorial según el cual, el Macizo Boliviano desempeña la función de eje vertebrador de la geografía nacional. Hacia él confluyen, integrándose en unidad, las diversas regiones del país. El Macizo Boliviano da estructura unitaria a la multiformidad geográfica. “La montaña atrayendo a la llanura”, es la espina dorsal de un territorio para cuya definitiva integración e interno equilibrio sólo es menester una acertada red de comunicaciones.

Pocos temas como éste de la conexión vial del país –tomando como centro las distintas ciudades del Macizo y aprovechando sus pasos naturales para vincular a la

región cordillerana con el resto del territorio-, aparecen con tanta insistencia en la obra de Mendoza. Porque para él, la carencia de vías de comunicación, es el problema fundamental del país. Colmada esta deficiencia, la nación consumará su unidad en la geografía y en el espíritu. *“Bolivia sufre las consecuencias de la disparidad de sus factores étnicos y de la complejidad de sus condiciones geológicas. Es un pueblo aún no acabado de formar y sólo el día en que se haya realizado un trabajo de aproximación efectiva, de simpatía honda entre sus componentes, habrá cumplídose el ideal de los que la erigieron nación, una, libre y soberana. Hay que decir que para eso se requieren varias condiciones. Desde luego un buen vínculo de hierro que junte al árbol con el yermo, la cordillera con la pampa, el aymara con el guarayo. Y ese día se acerca”.*

Y así, este libro escrito con amor esperanzado, se convierte en profesión de fe en el futuro de un país con nombre y vocación heroico que deberá auscultar con pasión el espíritu de su tierra, demonio familiar rector de su historia. Porque quizás, en este momento, el Macizo Boliviano, en voces de soledad, piedra y cielo, esté reclamando de sus moradores una inmediata tarea de replegamiento íntimo, de fortalecimiento interior, de coadunación nacional, de optimismo traducido en dinámica laboriosidad. Y para los que pudieran incidir en la comisión del más nefando pecado contra la inteligencia patriótica – cuál es la falta de fe en su país- Jaime Mendoza los amonesta desde las vívidas páginas de este libro. *“Aun cuando los bolivianos de hoy no supiesen responder a las hondas sugerencias del Macizo Boliviano, él sabrá encontrar elementos más eficientes para construir la verdadera nación, la del porvenir”.*

R. Alberto Calvo

La Paz, Julio 1957.

VISIÓN DE CONJUNTO

El presente libro no es sino la recopilación de una serie de artículos periodísticos, escritos hace ya algunos años, tocando diversos aspectos de la gran formación orográfica andina a la que hemos llamado *Macizo Boliviano*. Solamente los primeros artículos de dicha serie se publicaron, en la prensa extranjera, habiendo quedado los restantes, es decir, la mayor parte, inéditos. Reuniéndolos hoy en un solo cuerpo e introduciendo algunas modificaciones, los da el autor a la estampa, por juzgar que no ha pasado su oportunidad, y porque constituyen un elemento más de juicio dentro de su tesis del *andinismo*, sustentada en obras anteriores –*El Mar del Sur, La Ruta Atlántica, La Tesis Andinista*, etc.-. Sin que esto quiera decir tampoco que *El Macizo Boliviano* es una obra de corte propiamente científico, o cuando menos con tendencia a ese cientificismo presuntuoso de que suelen hacer lujo ciertos escritores. No. Lo repetimos: se trata simplemente de un conjunto de artículos de divulgación popular, de índole, por tanto, ligera y con un aire un sí es no es pintoresco. Y aun cuando es verdad que a momentos avanzamos ciertos postulados de orden geográfico, histórico y hasta médico, - ellos son en realidad únicamente breves escapatorias del terreno fácil y llano que nos hemos propuesto seguir.

El autor, que ha sido un incansable viajero dentro de su tierra (y aun fuera de ella), quiere esta vez acompañar a otros viajeros que aborden el Macizo Boliviano; y, a guisa de simple charla, con sencillez y llaneza acaso un tanto silvestres pero informadas de buen humor y buena voluntad, irles mostrando tal cual aspecto de este complicado país boliviano, ya hablando a ratos del paisaje, ya de los caminos; ya de este o de aquel ejemplar de la fauna, la flora y la gea; ya haciendo un poco de geografía y sociogeografía; ya internándose en los vericuetos de la historia y prehistoria; ya trayendo a cuento hasta la poesía; o ya, en fin, salpicando el viaje con breves relatos anecdóticos.

Tal así, la primera vez que el autor dio el gran salto a Europa, desde sus montañas, hace largos años, iba todavía tan poseído por ellas, que la misma diaria contemplación del mar no hacía sino llevarle con más viveza al paisaje serrano: la Altiplanicie, los nevados, los lagos; todo ese otro mar de tierra, de desmesuradas perspectivas, que había quedado lejos. A bordo del *Cap Arcona* el autor encontró un buen camarada de viaje –por más señas sacerdote cultísimo- a quien solía hablar largo y tendido de las tierras andinas, como si quisiese contagiarle su amor por ellas. Y pronto pudo ver que no era ya sólo el buen religioso quien se interesaba por tales asuntos: era todo un abigarrado corro de gentes de nacionalidad diversa. Y el autor, cada vez más entusiasmado, deja fluir, como si tal cosa, el chorro de su facundia. Y aun cuando sus labios ya no alcanzasen a espesar las ideas, allí estaban sus manos haciendo trazos rápidos en el papel, ora de del Potosí, ora del cóndor, ora de la llama. Después supo que a bordo se le había puesto el sobrenombre de *el montañés*.

Y una vez en Europa, halló en París otra caja –magnífica- de resonancia para sus vibraciones terrígenas: Rubén Darío, a quien fuera presentado por Alcides Arguedas.

En la plaza del Luxemburgo, paseando o sentados bajo los viejos árboles, el poeta inducía con frecuencia a hablarle de Bolivia. Y entonces tornaban a aparecer las montañas; el cuadro de la piedra y de la nieve; el cóndor y la llama; el minero. O bien, al pie del Macizo Andino, el inconmensurable océano de verdura extendiéndose hasta el Atlántico. Allí también un personaje desarrapado: el *siringuero* (trabajador de la goma elástica). Y era esto último o que más atraía a Darío. El paisaje amazónico le hipnotizaba. Su imaginación volaba a las playas del Acre y del Madre de Dios. Pensaba en el *árbol de oro*. Y habría querido decir algo – líricamente- del siringuero, mísero que vive y muere aferrado al siringal, como minero a la roca que apenas si le da para el pobre yantar.

Fue así como el autor escribió para Darío las líneas que con el título de *Bolivia* publicó él en la revista *Mundial* de París y después en su libro *Prosa Política*.⁽¹⁾

Y fue también por consejo suyo que, años más tarde, dio a luz, en un libro – *Páginas Bárbaras*– varias de sus notas amazónicas.

Hoy, a la vuelta de un cuarto de siglo, el autor quiere aún, con extraña insistencia, seguir hablando del asunto de marras a un público más crecido que aquel del *Cap Arcona* que recordábamos.

Y aun cuando bien sabe que no podrá suscitar entusiasmos como los rubendarianos, pues que la hora es distinta y la nueva sensibilidad, de que tanto se habla, no es propicia para el caso, ni el auto tiene ya la facilidad de otrora, de todos modos, juzga que por lo menos habrá realizado una obra útil para aquellos viajeros que deseen obtener, en forma rápida, una idea integral de la complicadísima geografía boliviana, cuyo macizo montañoso constituye el substracto básico de su nacionalidad.

El asunto ciertamente no ha perdido interés. Quizá éste más bien sube de punto en la hora actual: la guerra del Chaco atrae por este lado las miradas del mundo. Pero sin necesidad de ello, subsisten en esta materia puntos henchidos de atractivo para el estudioso.

En el presente libro hemos de tocar algunos de ellos. Y, desde luego, hagamos ya, en pocas líneas, un boceto preliminar, señalando sumariamente los principales.

El factor geográfico

El Macizo Boliviano está situado en el centro de la gran cordillera andina suramericana. Por eso lo denominamos en otro libro *eslabón andino central*. Y he aquí ya un primer factor que le confiere gran significación en la sociogeografía, como luego lo veremos.

Morfológicamente –elemento arquitectónico– Bolivia es un complejo montañoso típico. “Es una sola montaña, vamos al decir” –repitiendo una fórmula que en ocasiones anteriores propusimos. Y a esa montaña es que hemos llamado Macizo Boliviano. El cual culmina, señero, en el Continente. Humboldt dijo de él *promontorio de América*. Y además, es la masa orográfica más gruesa entre las otras de los Andes: tiene de oriente a occidente cerca de mil kilómetros. Y no obstante tales proporciones y su intrincada diversificación en sistemas secundarios, se presta, precisamente en su más alta, para facilitar el paso de las corrientes humanas entre uno y otro océano. Y este hecho geográfico, añadido a su situación, le da igualmente una capital importancia. Ya el lector verá que es éste uno de los aspectos en que más nos detenemos. Por el momento nos limitamos a señalar tales características.⁽¹⁾

El paisaje

He ahí otro elemento que confiere singular relieve a Bolivia. El paisaje boliviano es de los más imponentes y variados en el mundo. Tal es la opulencia, la diversidad y aun la

(1) Véase en el Apéndice: Bolivia

(1) Véase en el Apéndice: **Las grandes vías continentales y La ruta diagonal suramericana.**

oposición de sus cuadros que, en ciertos sectores, el turista puede descolgarse, en el curso de pocas horas, desde el paisaje polar hasta el de tipo africano, desde el blanco país de la nieve hasta el "infierno verde, recorriendo de paso las zonas intermediarias o de transición que, en serie mareante, hieren las retinas como una proyección cinematográfica.

Y cada una de las partes del Macizo Boliviano, por sí sola, ¡cuántos matices a cual más sugerentes guarda para los ojos que *saben* mirar! Tal, por ejemplo, la Altiplanicie; esa Altiplanicie que para muchos viajeros es un desierto tedioso y de la que nosotros mismo dijimos que es "la tristeza hecha tierra". Y sin embargo, ¡cómo aparece en ella resumidos mil motivos de atracción y de belleza!

Seguramente, en remoto pasado, el paisaje altiplánico, con su interminable mesta circundada por las dos cordilleras nevadas. Contribuyó en gran manera a crear la civilización de Tihuanacu, inspirando en los terrígenas impulsiones igualmente gigantesca. Los poetas de entonces hallarían allí motivos sublimes para sus himnos. Ellos no cantaban al árbol. Cantaban a la piedra. Tihuanacu es un estupendo poema en que el granito habla con poderoso acento. Allí están las fuerzas de la naturaleza representadas en el sol, la montaña, el cóndor, el puma, el pez... Es el paisaje.

El factor económico

El Macizo Boliviano está colmado de riquezas desde la cabeza a las plantas. La meseta y sus muros cordilleranos son emporio de metales preciosos que aunque sólo parcialmente explotados ya han hecho época en la historia: el Potosí o, mejor, la *Sierra de la Plata* de los conquistadores hispánicos, lo dice claramente. Hoy está sobre el palenque el estaño. El oscuro metal cruza el océano en el vientre de los transatlánticos como antaño la plata en los galeones; y es el fundamento de la económica boliviana; y hasta ha investido un nuevo rey: el rey del estaño.

Y si de la cabeza vamos a las plantas, en las faldas de la Cordillera Occidental encontraremos, hoy poseído por Chile, el salitre, que a su vez sostenido durante largo tiempo la economía de esta nación; y a los pies de la Cordillera Oriental encontraremos el petróleo –oro líquido- manando tan abundoso de los últimos contrafuertes andinos bordeantes del Chaco, que ha suscitado la codicia de los países vecinos.

Porque tal diríase que es un sino histórico de Bolivia: sus mismas riquezas determinando la pérdida de extensas lonjas de su territorio. Así pasó con el salitre de Atacama, así con la goma del Acre y así pasa hoy con el petróleo del Chaco.

¡Y qué mucho! Desde la prehistoria el Macizo Boliviano fue núcleo centrípeta de notables éxodos humanos- entre ellos los guaranícos que llegaron hasta sus flancos orientales empujados "por el gusto del pillaje" y "cierta aspiración mística", (Métraux).

Y ésa es también otra forma del andinismo: la montaña atrayendo a la llanura. Y es el factor económico, sobre todo, el que la explica.

El factor cósmico

Y todavía, a propósito de riquezas del Macizo, podemos señalar otras que ya no están siquiera en su suelo o subsuelo, sino en su cielo, en su aire, en su sol.

Y henos así entrando hasta en el terreno de la medicina. Porque el autor, como médico que es, ha debido interesarse en el estudio de diversos elementos cósmicos

predominantes en el Macizo Boliviano, por su repercusión en los estados de salud y enfermedad. Tales, entre los más importantes, la presión barométrica, la electricidad atmosférica y la luz astral, especialmente la del sol, a propósito de la cual decíamos en otra ocasión que así como por razón del Macizo Andino Bolivia es el país más alto de Suramérica, meteorológicamente es también el más luminoso.

De ahí que esta gran formación montañosa venga a constituir, para el tratamiento de diversas enfermedades (tuberculosis, raquitismo, estreptococcias, etc.), una verdadera mina, cuya explotación dará óptimos resultados en bien de la humanidad.⁽¹⁾

La sociogeografía

Con los elementos que venimos de enumerar –situación geográfica, morfología, paisaje, factor económico, influencias cósmicas- ya se comprende que el Macizo Boliviano estaba llamado a desempeñar un papel sociogeográfico de capital significación en Suramérica.

Y, en efecto, la historia y prehistoria nos dicen que él ha sido en este orden un creador.

Forjó en la noche de los tiempos a Tihuanacu; y varios milenios después hizo emerger del Titicaca la civilización incaica; y en la Colonia determinó la aparición de la omnipotente Audiencia de Charcas; y, en fin, ha hecho la actual república boliviana.

Y proseguirá cumpliendo en el mañana su trascendente papel. Y aun cuando los bolivianos de hoy no supiesen responder debidamente a sus hondas sugerencias, él sabrá encontrar elementos más eficientes para construir la verdadera nación, la del porvenir.⁽¹⁾

El valor estético

Y para cerrar este primer capítulo digamos también algunas palabras sobre la significación artística del Macizo Boliviano.

Hablemos, verbigracia, de la poesía. Aquí nuevamente el paisaje. Bajo su influjo el mismo turista, por flemático que fuere, sentirá vibrar en su alma ciertas cuerdas recónditas... -Porque todo turista es siempre algo poeta si no poeta del todo-. Aun los graves hombres de ciencia están aquí a punto de volverse poetas. Al ingeniero alemán Rudolph Hauthal, que vino hace años a hacer estudios de geología en las montañas de Bolivia, poco le faltaba para hablar en verso ante el Illimani. Y él, a su vez, cuenta de un compatriota suyo –el Dr. Henry Hoek- quien no pudo menos de elevar al nevado “una canción inspirada de alabanza cuando por vez primera lo vio surgir repentinamente con su aspecto poderoso y mayestático”. Lástima que ese himno illimánico en la lengua de Goethe sea desconocido entre nosotros.

Tal es la influencia del paisaje.

Pero es lo curioso que entre los poetas bolivianos, rara vez ella se manifiesta. Diríase que el hijo de esta tierra, por el mismo hecho de estar habituado a la contemplación diaria de su ambiente, ya no advierte sus mayores bellezas. Lo frecuente es más bien buscar inspiración en fuentes exóticas. Se tiene a la vera el Illampu –el ingenuo Olimpo, según Villamil de Rada- pero la trashumante imaginación del poeta vuela hasta la Hélade para cantar al Olimpo griego, que al lado del coloso boliviano resulta un chiquitín. Para el poeta terrígena, la Altiplanicie no pasa de ser un páramo sin vida y sin

⁽¹⁾ Véase en el Apéndice: **Nuestra luz.**

⁽¹⁾ Véase en el Apéndice: **Reaparición de una nacionalidad.**

color. No siente *la poesía del desierto*. En cierta ocasión, el ilustre poeta sucreño Ricardo Mujía hablando con un discípulo suyo que había merecido la banda del gay saber en unos juegos florales porque se atrevió a poetizar sobre motivos de la estepa andina, decíale en el mismo punto de felicitarlo:

-Me admira que usted haya ido a inspirarse en el Altiplano, donde yo sólo hallé desolación, tristeza y monotonía.

Y era que el maestro, no obstante la delicadeza de su temperamento, o acaso por ella misma, no había advertido la salvaje belleza de la meseta, que supo captar el discípulo por estar sintonizado con el ambiente.

Y cosa parecida ocurre con otros elementos de esta naturaleza, consideradas supliciantes y odiosos por bardos de espíritu *ultrasensible*. Un nuevo ejemplo: el viento. Ese viento terrible que en ciertas zonas de la puna brava, como la Altiplanicie occidental donde se alzan el Tara-Sabaya, el Sajama y otros picos volcánicos, constituye un verdadero azote, especialmente para el viajero, a quien recibe como si dijéramos a puñadas, le ciega los ojos con el polvo de las dunas, le tapa los oídos con su rumor ululante, paraliza su voz en la garganta y hace más agresivo el frío reinante. Pues bien, el autor, que en sus años mozos había cantado cierta vez al viento, sólo halló la incompreensión del medio intelectual que le rodeaba; o, si acaso, impresionó realmente a las gentes sencillas, esas que no están obnubiladas por la carcoma de una cultura epidémica. ¿Y qué? Terco y reacio, como vasco de vieja cepa, años después tornaba a hablar del viento en su novela *En las tierras de Potosí*. Como que en París, Rufino Blanco Fombona, decíale a poco publicada:

-¿Sabe usted cuál es para mí el principal personaje de su libro? El viento. Recuerdo, a este propósito, que cierto pasaje de Dostoiewky en que se pinta un caballo muerto, me hizo tal impresión, que el caballo está hoy mismo fijo en mis retinas. Y así me ha pasado con el viento leyendo su libro; aún lo tengo aquí, sonando en mis oídos.

He ahí un hombre que sin haber estado en Bolivia, supo comprender el paisaje boliviano mejor, mucho mejor, que ciertos literatos de salón quienes en nuestros trigos o no oyen la voz del ambiente, o lo desoyen considerándola tal vez –mentecatos- grosera y salvaje.

Como una muestra de la influencia del paisaje en los dominios de la poesía, registramos en el Apéndice, a guisa de pieza folklórica, el poema *Visión Heroica*, tomando de un viejo libro de versos de autor incógnito.

En la pintura, igual que en la poesía, prosigue figurando como elemento primordial, el paisaje. Mas como no podemos tocar esta materia en sus variados aspectos, fijémonos apenas en uno para explicar nuestro punto de vista: el color.

Ya sea por la enorme altitud del país, u otros factores, lo cierto es que aquí la luz tiene una riqueza cromática singular, manifestada no tan sólo por la multiplicidad de matices sino también por aquello que podríamos decir su calidad. Un ejemplo: el azul. ¡Qué filón para el pintor! Y no es que nos estemos refiriendo precisamente al azul del cielo. Hablamos más bien del azul de la tierra; de esa gama admirable de tonos que reviste las rocas, las pampas, los lagos, las montañas –en horas propicias del día o de la noche. Cuando hace luengos años el viajero y diplomático chileno Carlos Walker Martínez hablaba del color violado de las montañas de Bolivia, era justamente porque había sabido percibir una de las principales características del paisaje andino boliviano, pues aunque esa coloración es común a las regiones montañosas de otros países, contempladas desde la distancia, -en Bolivia y muy especialmente en ciertas zonas, adquiere un relieve muy peculiar. Nosotros en este orden hemos podido admirar cuadros bellísimos. Hemos visto

por ejemplo, en las madrugadas del otoño altiplánico, el lago Poopó, que como se sabe es un gran depósito de aguas turbias y salobres, con orillas áridas y brumas espesas, convertido en una inmensa pincelada lapislázuli cerrando el confín y abarcando por el poniente con sus tenues cendales una ancha parte del cielo, que se diría cubierta por las mismas aguas del lago, allí donde aún fulgían Altair del Águila y Vega de la Lira, mientras por el oriente la luz indecisa del alba parecía retardar su marcha para no romper el encanto de esa hora maravillosa.

El viajero, estamos ciertos, encontrará impresiones indescriptibles sobre todo en la Altiplanicie, donde quizá por la gran intensidad de los rayos actínicos del sol, adquieren mayor belleza las modalidades del azul a que nos estamos refiriendo. Y en las noches, cuando por la tierra y el cielo pasan esas formidables corrientes que encienden por un instante el paisaje, notará que aun en el rojo y dorado de la luz relampagueante está trasfundida una tonalidad de amatistas y berilo. Y en las mismas ciudades del Macizo podrá desde las calles, captar nuevos matices del mismo color en las montañas próximas. En La Paz, al atardecer, cuando ya el sol va apagando sus reflejos en los picachos del Illimani, verá cómo llega un momento en que aparece fugazmente, entre la gama inefable de los tintes vespertinos, una suavísima tonalidad celeste sobre la blancura de la nieve. Franz Tamayo, hablándonos alguna vez de ella, la llamaba *color seráfico*. Y otras montañas –tal el Quila-quila de Sucre-, ya no sobe la nieve sino sobe la misma roca, muestran en ciertas horas del día irisaciones y aun la transparencia del cristal. Y más todavía: otras –como el Potosí- en las noches de luna y bajo estados atmosféricos especiales se van esfumando, vamos al decir, ante los ojos del viandante hasta que llegan a desaparecer porque su silueta se ha confundido con el firmamento.

Como se ve, aun tratándose de un solo motivo cromático, el Macizo Boliviano constituye para el artista una urna colmada de riquezas.

Pero si le atraen más que los paisajes de la naturaleza los tipos humanos, ¡cuánto podrá explotar también en ese campo! Allí está el paisaje prehistórico. Envueltas en la bruma de un pasado inmemorial surgen figuras enigmáticas. La cerámica primitiva nos muestra muchas, plenas de sorprendente realismo. Un simple rasgo, digamos la nariz, en esos rostros petrificados, ya podrá probar las dotes interpretativas del artista. (Hablamos del artista de verdad: de aquel que sabe a la vez analizar e intuir) Y saltando de la prehistoria a otros ciclos humanos ya mejor conocidos, hallará asimismo asuntos del más grande interés estético. Citemos por ser un *representative man* en la Conquista hispánica a aquel Francisco de Carvajal –el *Demonio de los Andes*- quien a los ochenta años de edad ambulaba sobre el Macizo como un mozo, y derramaba sin tasa, riendo siempre, torrentes de sangre, y amontonaba tesoros sobre tesoros con la sordidez de un avaro inveterado; y que al cabo, vencido y llevado al suplicio dentro de un canasto arrastrado por dos mulos, como se estilaba en la época con ciertos criminales, - iba como si tal cosa, divertido con su propia desdicha.

De esta figura realmente notable desde diversos puntos de vista no sabemos nosotros que en Bolivia se hubiese ocupado algún poeta, no mucho menos un pintor.

En el *Demonio de los Andes* aparece un conjunto extraordinario de cualidades, que le confiere, según decíamos, el carácter de verdadero espécimen entre los conquistadores. Allí están, en un solo haz, el valor –un valor inaudito-, la resistencia, la crueldad, la codicia y el buen humor alumbrado en un rostro resquebrajado de viejo ochentón.

Pero aun sin ir hasta las lejanías prehistóricas e históricas ¿no están hoy mismo presentes, en carne y hueso, ante los ojos del artista figuras que reproducen los arquetipos ancestrales? No ha mucho, en las estribaciones del Macizo lindantes del Chaco, encontrábamos entre los Chiriguano, (indígenas de ascendencia guaraníca)

tipos que nos traían inmediatamente el recuerdo de ciertos ejemplares étnicos andinos, como los *yuras*, de ojos derechos y nariz aguileña y afilada. Y es que aquéllos tienen seguramente entre sus antecesores más remotos al charca, habiendo sido posteriormente guarinizados.⁽¹⁾ Y en La Paz, en estos mismos días, el profesor Arturo Posnansky no enseñaba una colección de fotografías de tipos *kollas* y *arawakes*, tal como él los clasifica, cuya disparidad rásica se advierte a simple vista: la expresión, el ademán, captados por el ojo fotográfico, enseñan más que las simples medidas antropométricas. Recordamos entre esos retratos el de un *collana* viejo, con tal dignidad plasmada en el semblante y tal nobleza de rasgos faciales que en nada le iba en zaga el *Erasmus* de Holbein.

He ahí para el pintor asuntos de valía indudable. Porque si la mera fotografía fija así, en instante fugitivo, la plástica del rostro humano, ¡cuánto más puede hacer el pintor escrutando con mirada zahorí en el fondo de las almas, para trasladar su concepción al lienzo! Recordemos también los cuadros de Cecilio Guzmán de Rojas, sobre motivos del Chaco, en la guerra actual. En *Trágicos Titanes* figuran tipos de la raza en toda la tremenda majestad que les dan la inedia, el dolor, el heroísmo, la muerte. Hablan allí hasta los muertos, como el soldado tendido en el suelo con un rictus inenarrable en los ojos y los labios entreabiertos. En *Gloria y Vacío*, junto a los rostros macabros, la sola *carahuata* que por delante de ellos alza sus hojas espinudas e incurvadas como puñales, resume todo el paisaje del Chaco.

Y vamos a la música. En la región andina existe la llamada *música popular*: son aires, generalmente, en tono menor, de subido dejo tristón y hasta sollozante. Suele denominársela equivocadamente música incaica. Caben aquí ciertos distingos. Desde luego, es patente en ella el influjo español, obrando desde el Coloniaje; se le advierte aun en los clásicos huaynos y kjaluyos, que ya no corresponden justamente al tipo pentatónico incaico. En cuanto a la música original de la raza que poblaba otrora, y aún puebla, una gran parte del Macizo, ella, probablemente, se ha perdido y tampoco sabemos si correspondía a dicho tipo incaico. Mucho menos sabemos de la música preincaica, verbigracia de la de Tihuanacu. Pero se pueden proponer ciertas inducciones. Por ejemplo, las figuras que aparecen grabadas en el arquitrabe de la Puerta del Sol, en Tihuanacu, vestidas de gala y embocando instrumentos a modo de clarines, no creemos nosotros que estuvieron tocando ningún tono triste; sino, más bien, jocundo y animado: un canto a la primavera, una marcha triunfal, un himno al sol.

Pero, se dirá, la raza aborígen, por el mismo hecho de estar esclavizada, es una raza hoy triste; y por consiguiente tal carácter debe influir a su vez en la música. Tampoco aceptamos este criterio sin hacer ciertas reservas. Aquello del indio aymara que “nunca ríe” que alguna vez se dijo, no pasa de ser una simple imagen literaria; mucho más tratándose de los charcas (que ocupan enorme área en el Macizo, extendiéndose en la Altiplanicie central y yendo por el occidente hasta el Pacífico y por el oriente hasta el Chaco). El charca es más bien expansivo, reilón. El autor observó esto repetidamente en las haciendas de su familia, cuando vivía por largas temporadas entre los indios y podía ver de cerca sus costumbres. En múltiples ocasiones –épocas de siembra y cosecha– presenciaba cuadros henchidos de alegría, oyendo reír a los indios a coro, con carcajadas detonantes, igual que un grupo de despreocupados teutones en torno a la mesa de un banquete. Hoy mismo subsisten entre los charcas –también entre los aymaras– pintorescas danzas, siendo muy notable la llamada *chjarca* que bien demuestra el genio alegre de ese pueblo. El indio, pues, ama el ritmo. Sus músicas populares –diríamos sus trovadores– tenían otrora la costumbre de ir a sitios apropiados, verbigracia las orillas de un *pfajchi* (cascada) con su *pinquillu* (flauta) y recostados en tierra esperaban la inspiración; ensayaban luego en la flauta el aire que se les había ocurrido, y lo llevaban al pueblo para que sirviese como tono ritual del año en sus fiestas. Después –claro está– la influencia hispánica hizo variar el rumbo de la música propiamente vernácula. El indio

⁽¹⁾ Véase en el Apéndice: **Mandepo**.

hasta aceptó los instrumentos musicales advenedizos. Tal, la guitarra usada actualmente por los indígenas de Yamparaes y Tarabuco; y asimismo el diminuto *charango* que acompaña fielmente al arriero en sus caminatas.

Y por los demás es muy natural que las tocatas indígenas, particularmente las de carácter pastoril, tengan cierto aire melancólico; el cual, ni con mucho, llega al extremo de los cantares mestizos que, a su vez, en cuanto llorones, no les van en zaga a los yaravíes peruanos o a los tangos argentinos de última hora. Nosotros hemos tenido ocasión de asomarnos al fondo patético propiamente racial de la música indígena en lugares retirados del Macizo, donde la influencia del blanco es casi nula. Entre los indios dichos *jallkj'as*⁽¹⁾ oímos alguna vez en el *erkje*, un motivo profundamente impresionante. El *erkje* es un instrumento de cuerno de vaca, mayor que el *pututu* aymara. Su voz es grave y profunda. Es ciertamente más varonil que la meliflua quena, y, en cierto sentido, equivale al violoncelo de nuestras orquestas, bien que su sonido sea mucho más potente, pues se le oye a grandes distancias. Mal tocado, es harto desapacible; pero bajo el aliento de un artista, es, realmente, un instrumento que sugestiona. Así lo oímos nosotros entre los *jallkj'as*. Y entonces pudimos comprender que en el aborigen existen elementos artísticos profundos, que una cultura apropiada no haría sino revelar en forma que no siquiera se columbra.

He ahí también el paisaje, o mejor el medio, obrando en el genio racial, que él mismo ha creado; y la de éste, a su vez, en el individuo. Diríase que en aquellos tonos, que nosotros escuchábamos, sobrecogidos, a esos artistas silvestres, hablaban, redivivos, sus antepasados, o ya había el presentimiento de la catástrofe final.⁽¹⁾

Quedan así diseñados, desde luego, algunos aspectos salientes del Macizo Boliviano. En los siguientes capítulos, iremos desmenuzando otros, sobre todo en el campo geográfico, de quien nos interesa más tratar. Porque, en realidad, este libro no es sino una nueva afirmación bolivianista, basada en postulados geográficos que hemos ya planteado, repetidamente en obras anteriores.

Ponemos al fin del libro un Apéndice, registrando otros escritos nuestros, ya publicados en otros tiempos y lugares, sobre todo fuera de Bolivia, y que se relacionan también con nuestra tesis central en esta materia.

Así como citamos, igualmente, con cierta frecuencia, otros libros nuestros, por la misma razón.

Si por ello el autor fuese tachado, por los enemigos del yo, de un prurito individualista exagerado, él no hace sino reconocer su *culpa*.

Profesa, en efecto, ideas muy personales, muy suyas, sobre su patria. Y por ende, al referirse a ciertos criterios, en el orden geográfico o sus derivados, no tiene más remedio que proceder en la forma indicada.

Tal ocurrió con el empleo de la fórmula Macizo Boliviano.

Hace mucho tiempo la propuso el autor, no ciertamente en el sentido asaz limitado con que, años después, el escritor español Badía Malagrida la usaría también en su libro *El Factor Geográfico en la Política Suramericana*, sino en otro más amplio y trascendente. A la tesis del *conglomerado*, sustentada por aquél, oponía aquella según la cual Bolivia, no

(1) Indígenas charcas

(1) Véase en el Apéndice: **La raza que se va.**

obstante la multiplicidad y divergencia de sus relieves físicos, y más bien al amparo de ellos, está llamada a realizar “una maravillosa unidad”.

Pero, ya fuere por la audacia de ciertos postulados, o por su apariencia paradójica, quedó, el autor solo en el palenque. Y más bien pudo ver que en el Perú, prolongación del Macizo Boliviano por el norte, una briosa falange de escritores serranos, en Lima, proclamaba una tesis análoga para su patria. Algo sobre ello dijo el autor en *La Sierra* de aquella ciudad. Mientras tanto, en Bolivia, se hallaba rodeado, dentro del mundo intelectual, por la conspiración del silencio. Justamente a este propósito, y en estos mismos días, un joven escritor –Fernando Diez de Medina-, en La Paz, señala tal hecho, refiriéndose al “medio esquivo” en que actúa el autor, en el que –dice- “ha dado el ejemplo de crear toda una tesis como la del andinismo”

Después de todo, lo cierto es que, al presente, ya la siembra empieza a dar frutos. En el actual pensamiento juvenil apunta ese mismo optimismo que nunca abandonó el autor, respecto al porvenir de su patria. Entre los mismos viejos, ya han prendido varias de sus ideas, por más que ellos las muestren como cosa propia. El concepto del Macizo Boliviano entra al lenguaje común.

Y ahora andando.

LA ALTIPLANICIE

Recordemos la fórmula geográfica del Macizo Boliviano, que dimos en uno de los artículos registrados por *L'Amérique Latine*: Una gran meseta central, circundada por formaciones orográficas que se extienden hasta las costas del Pacífico amazónica y platense por el occidente y por el oriente hasta las planicies bajas amazónica y platense.

Vamos a referirnos en este capítulo a la meseta, que, por antonomasia, se ha dado en llamar la *Altiplanicie*.

Trazos geofísicos

Geológicamente, a Altiplanicie no es sino un gran depósito de tierra, agua y diversos minerales, formado a expensas de las cordilleras y serranías que se yerguen ya a lo largo de sus bordes, constituyendo su marco, o ya dentro de ese mismo marco. Algunas, entre éstas, han desaparecido; otras están a medio aplanarse. Sólo aquéllas aún se ostentan a enormes altitudes: son las denominadas Oriental y Occidental.

En los tiempos arcaicos del planeta, el primer plegamiento de la corteza precámbrica terrestre en esta parte del continente formó lo que llamaremos el *escudo andino*, frente al brasiliano. Era el primordial esbozo de la actual Cordillera Real. Formaba ya el arco paleozoico característico de ella. El mar bañaba sus flancos. En sus alturas, la inyección del magma ígneo cristalizó en los macizos graníticos que hoy en gran parte cubren las nieves eternas.

En etapas geológicas posteriores –mesozoico y terciario- emergió del mar la gran *línea de fuego*, tendida, como si dijéramos, de polo a polo, constituyendo la hoy llamada *Cordillera Volcánica, o de la Costa*, en el borde occidental del continente americano. Y esta línea orográfica, al pasar por Bolivia, cerró por el occidente el arco anterior de la Cordillera Oriental. Y así quedó un hueco entre las dos cordilleras. Un hueco gigantesco, de forma también arqueada, aprisionando las aguas marítimas regionales, y donde la erosión comenzó su obra de sedimentación y relleno, por millones de años.

He ahí la Altiplanicie.

Hoy el gran hueco está ya lleno y forma una gran masa de tierra, plana arrugada, mostrando grandes masas líquidas, como los lagos Titicaca, Poopó, y Coipasa, restos de depósitos antiguos mucho mayores, y serranías esporádicas que rompen la uniformidad de la meseta.

Tomada así la Altiplanicie con sus dos cordilleras circundantes, viene a ser como un gran tazón con los bordes en partes rotos, dejando escapar parte de su contenido, por los cauces de ciertos ríos, verbigracia el de La Paz que arrastra desde la meseta, hacia fuera, perforando la Cordillera Real, los detritus formados en esa.

Debe entenderse, por lo demás, que fuera de la Altiplanicie Central, que vamos considerando, existen dentro del Macizo Boliviano varias otras –mucho menores-, más allá de los bordes del tazón, formadas en condiciones análogas, es decir por rellenamiento. La erosión las ha despedazado y destruido en gran parte, pero todavía se advierte su primitiva forma. En la misma Altiplanicie Central se puede apreciar este desplazamiento, en ciertos lugares como la hoya de La Paz.

Actualmente la Altiplanicie se eleva a una altura variable entre 3.700 y 4.000 metros sobre el mar, pasando a veces aun de esta última cifra (Alto de La Paz). En su sector austral, correspondiente a la Puna de Atacama, esa enorme altura disminuye y por consiguiente se pueden ver, más abundantes, los estratos precámbricos. No así en el boreal.

En cuanto a su extensión, tomándola solamente dentro de Bolivia (pues por el norte se prolonga en el Perú y por el sur en Chile y la Argentina), ella pasa de doscientos mil kilómetros cuadrados.

Respecto a la altura de las cordilleras bordeantes, por mucho que en ellas no se hayan hecho aún observaciones precisas, hay picos que están alrededor de los siete mil metros de altitud, como el Illampu, Illimani, Sajama, Parina-kjota.

Es por esta enorme elevación del complejo montañoso altiplánico y sus muros de contención –cordilleras- que el ingeniero chileno San Román le ha llamado *la espalda del Continente*. Por nuestra parte, hemos dicho que frente a la meseta del Tíbet, que le es casi antipódica, la boliviana puede considerarse como uno de los polos de altura de la tierra.

Sólo que aquí debemos observar que si por sus gigantes proporciones se aproxima la Altiplanicie a la meseta tibetana, en cambio se aparta de ella por su mayor adecuación para la vida humana y su especial morfología, tan propicia a la comunicaciones humanas entre el Pacífico y el Atlántico, según ya lo hacíamos notar en el artículo antes citado. (Véase el Apéndice).

Porque, en efecto, el Tíbet, hoy como antaño, muéstrase casi inaccesible al mundo civilizado. Y es que para ello obran de consumo el hombre y la Naturaleza. El lama está allí, como el ángel ceñudo a la puerta del Edén bíblico, guardando la *grada del cielo*, el *techo del mundo*, la *morada de los dioses*, como se lo ha calificado al Tíbet. Pero éste no es precisamente un paraíso. En él está más bien lo que podríamos llamar, usando un término paradójico, el *infierno de la nieve*. Está la Naturaleza, más hostil aún que el hombre, armada con el frío, el viento y la borrasca para rechazar al intruso que pretenda escalarla.

¡Cuán distintas las condiciones de la meseta boliviana! Desde hace luengos años llegaron a ella varios ferrocarriles: los de Antofagasta y Arica por el lado del Pacífico, y el de Buenos Aires por el del Plata, vale decir, del Atlántico. Y alberga ciudades como Oruro, en el centro mismo de la Altiplanicie, Uyuni en su parte austral y La Paz –ciudad la más populosa de Bolivia- en la boreal. Aquí alentaron hace millares de años, los pueblos aymara y quechua, inteligentes y briosos. Y –prueba crucial- aquí se yerguen los monumentos de Tihuanacu, demostrando cómo, desde tiempos inmemoriales, ya el hombre encontró en esta tierra condiciones favorables para su desarrollo.

Y si de la planicie pasamos a sus contornos, muy singularmente a la Cordillera Oriental, hallaremos sitios donde se respira, se trabaja, se vive, hasta en alturas que pasan de los 5.000 metros sobre el mar: tal en las minas de Chorolque, Esmoraca, Chayanta; y hallaremos ciudades cual Potosí, a más de 4.000 metros, donde se ha encaramado un ferrocarril que pasa por alturas enormes (El Cóndor, a 4,780 metros).

Hay que recordar estos hechos, pues hay personas, aun entre sabios europeos, para quienes ya no son compatibles con la vida humana alturas mayores de 3.000 metros. Esto puede valer –y solamente en cierto sentido- para países como los de Europa, por su mayor cercanía al círculo polar ártico. Pero no es exacto tratándose de otras latitudes, tal la del Macizo Boliviano, que más bien se aproxima a la línea equinoccial, siendo por este hecho compensado su exceso de altitud.

Por eso hallaron aquí hábitat auspicioso las diversas razas que evolucionaron en la meseta desde épocas lejanas, así como las actuales que presentan, especialmente las indígenas, casos de extraordinaria longevidad.

Y tratándose de los mismos elementos extranjeros que ascienden por primera vez desde el nivel del mar a la Altiplanicie, ellos, en general, se adaptan rápidamente a estas alturas. Lo cual es fácilmente explicable. El organismo dispone para tales casos de recursos apropiados. Se modifica el edificio globular sanguíneo. El hematíe, por estímulos del mismo ambiente, se hace capaz de fijar el oxígeno hasta el índice preciso. Y aun mecánicamente el aparato respiratorio se da a una especial gimnasia muscular y visceral. Se produce un nuevo ciclo biológico. Lo cual, con la intervención de otros agentes naturales de que luego hablaremos, nos explica el hecho de que estas enormes altitudes puedan ser muy beneficiosas para el tratamiento de enfermedades tan terribles como raquitismo y la tuberculosis.

El paisaje

Hace años, hablando de la Altiplanicie alguna de nuestras publicaciones, habíamos dicho de ella: "Es la tristeza hecha tierra", imagen que, a manera de una definición gráfica de la gran meseta, ha sido después repetida por otros escritores, entre ellos por Adolfo Costa du Rels, el distinguido autor de *Terres embrassées*. Con todo, al presente, cabe que nosotros mismos hagamos ciertos distingos.

La nota grave, severa, monótona y triste es la que, en efecto, predomina en el paisaje altiplánico; y sin embargo, dentro de ella misma, ¡cuántos matices henchidos de atracción y profundo encanto!

Por lo menos, nosotros que hemos pasado por la Altiplanicie muchas veces, en distintas épocas del año y a diversas horas del día, hemos llegado con frecuencia a ese resultado.

Allí está, en el verano, la Altiplanicie con sus praderas en que el verde adquiere las más varias tonalidades, desde el tinte oscuro de los papeles crecidos, al azulado de los habales o el verdegay alegre de las *ocas*, *lisas*, cebadales tiernos... Y haciendo contraste con esos matices esmeráldicos, aparecen, a guisa de enormes manchas de sangre, ya de un tinte rutilante, ya de tonos mordorés o amoratados, las sementeras de quinua, esa planta utilísima en la que, desde sus mismos tallos, empieza a circular un jugo sonrosado que en la flor y el fruto es ya de un rojo intenso.

En cambio, cómo varía el cuadro en el invierno. Ya no hay los matices del verde, pero sí los del amarillo. Ya es el amarillo claro, de oro viejo, de los pastizales resechos; ya el anaranjado; ya el jalde; ya un rojizo que recuerda las cabelleras de las mujeres nórdicas o los *charques* de cobre; o ya está salpicado el paisaje de innumerables manchas negras, por los pajonales quemados o de yacimientos blancos, lechosos, por las eflorescencias salinas.

Y aun sin hablar del revestimiento vegetal, el suelo mismo de la Altiplanicie tiene diversos matices: blanco, rojo, amarillento, gris, verde, azulado...

Y hay que fijarse también en la otra variedad de colores con que pinta esa tierra el cielo. El cielo altiplánico que, sobre todo en los días invernales, es de un azul maravilloso que, a su vez, varía también en sus tintes, desde el celeste claro, casi blanco, de la línea del horizonte en ciertas horas del día, hasta el azul profundo, de lapislázuli, en el cenit. Particularmente cuando se va poniendo el sol, comienza también el azul del cielo a

recorrer una gama indescriptible de tonalidades. La tierra de la Altiplanicie, entonces, sus lagos y sus ríos y sus salares y sus muros montañosos y sus nevados, se visten de las más fantásticas coloraciones; los fenómenos de espejismos muestran al viajero cuadros desconcertantes.

Pero prescindiendo de estas trasmutaciones en el paisaje altiplánico, lo evidente es que, dentro, de sí misma monotonía y tristeza, la Altiplanicie tiene un singular atractivo. Eso es también bello. Salvajemente bello. Tiene una soberana majestad. El alma, al cabo, concluye por abrirse. Allí, tan arriba y ante horizontes tan lejanos, se despiertan ideas de infinitud. Parece que uno fuera a volar. Y esta impresión del paisaje –como lo insinuábamos- debió de suscitar en los primitivos pobladores de la Altiplanicie tendencias a lo desmesurado, plasmándose en los gestos emblemáticos de grandeza física y mental que hasta hoy día subsisten, reproducidos en las ideografías de los monumentos megalíticos de Tihuanacu.

¿Y qué decir del marco? Allí también lo enorme, lo desmesurado, lo imponente. Ya es la Cordillera Occidental donde alcanzan sus niveles picachos un San Pedro, un Tata-Sabaya, un Huallatiri, un Sajama; ya la oriental, con sus formidables eslabones de Lipes, Chichas, Asanaques, Quimsa-cruz, Hankjo-uma... Hankjo-uma, sobre todo. Figuras un escuadrón de colosos embozados en sus capas blancas, cubriendo una longitud de doscientos kilómetros sobre uno de los bordes de la Altiplanicie y teniendo a cada extremo un gigante mayor que los demás: el Illimani y el Illampu (cerca de 7.000 metros) cuyo solo nombre es ya todo luz y blancura. *Ill* es luz en el idioma primitivo de los aborígenes; e Illimani Illampu significa algo así como inmensos focos de luz astral, faros sublimes que resplandecen en el Continente.

Seguramente la vista de este eslabón de la Cordillera Oriental de Bolivia, tan merecidamente llamado Cordillera Real, compensa, a quien goza con los cuadros sublimes del Naturaleza, de las fatigas o dificultades de una larga excursión hasta estas alturas.

Ahora, si el viajero, para subir a la Altiplanicie desde el Pacífico, ha tomado el ferrocarril de Mollendo a Puno, en la orilla occidental del lago Titicaca, y sigue por agua hasta la orilla boliviana, v.gr.al puerto de Guaqui, allí encontrará siempre dominando en el paisaje lacustre, la nota agreste, plena de adusta amplitud. Se ha acercado a los astros. La gran masa de aguas azulosas besa las nubes. A lo lejos, emergen de la superficie especular unas enormes moles blancas. Son siempre el Illampu y sus compañeros. Y esas aguas son las aguas madres de la más vieja civilización de América y acaso del mundo: éste es el legendario Titicaca, en cuyas orillas floreció Tihuanacu, cuyas ruinas han quedado hoy día a varios kilómetros de distancia del lago. Y el viajero, pasando del barco al tren, se encuentra otra vez ante el panorama altiplánico. Y pronto está ante las ruinas. Siempre lo grande, lo aplastante. Aun sin descender del tren, advierte en llanura los bloques de piedra descomunales, alineados en larga fila, igual que otros tantos peñascos labrados, colocados a distancias regulares por manos de titanes. ¿Quiénes fueron ellos? Estos bloques y otros monumentos que están cerca, son las hojas trucas de un libro pétreo, forjado sobre la plataforma de la Altiplanicie. ¿Quiénes fueron sus autores? Es la eterna interrogación.

Pero el tren pasó ya a todo correr. Y desde las ventanillas del coche, seguimos mirando en redor la abrumadora Altiplanicie. Y en el confín, cerrando el paisaje austero, por el oriente, están nuevamente los nevados, ya no emergiendo esta vez del agua sino de la tierra. Están el Illampu, el Chacumani, el Kaka-aka, el Chacaltaya, el Mururata, el Illimani...

-¡Salud, gigantes! –dirá el viajero si en su alma ha sabido brotar el hondo impulso de admiración y entusiasmo que los cuadros grandiosos de la Naturaleza despiertan en ciertos temperamentos, y mayormente en los turistas de buena cepa.

¡Salud!

Pero, he aquí una nueva sorpresa. El tren sigue corriendo. Y de pronto, el viajero, a su derecha, ve abrirse la tierra. Se ha hundido allí la Altiplanicie. Y delante del mismo sitio por donde pasa la línea férrea, se ha fraguado, como por arte de magia, una monstruosa oquedad, un abismo profundo, orlado por la misma Cordillera Oriental y por la Altiplanicie.

Y allí, en el fondo de esa depresión súbita, ve el viajero alzarse una extraña ciudad. Una ciudad dentro de un agujero vertiginoso. Dijérase una nueva ciudad de Is, puesta al descubierto por el retiro insólito del mar que la cubría. Pero también una ciudad en que está palpitando la vida y que desde esa concavidad que cavaron los siglos se desborda incontenible por todos lados, trepando, también con pies y manos de titán, arriba, siempre arriba, para llegar hasta el Altiplano.

Es la ciudad de La Paz.

Riquezas minerales

Hemos dicho algo con relación al aspecto exterior del Macizo Boliviano en la Altiplanicie, se aspecto agreste y monótono pero también lleno de rara grandeza. Hablemos ahora de lo interno, de los que está oculto en el seno de esta gran masa montañosa continental.

Nos referimos a la riqueza minera del subsuelo.

Y he aquí otra de sus características digna, por cierto, de llamar sobre sí la atención del mundo.

Tras la desnuda apariencia, están los tesoros sin cuento. La triste indigencia de fuera se vuelve riqueza indescriptible por dentro. “La tristeza hecha tierra” oculta lo que alegre y hace vivir a los hombres.

Hace un siglo, el ilustre naturalista francés Alcides d’Orbigny había dicho, hablando del Macizo, que es “una mesa de plata asentada sobre bases de oro”. Y por mucho que a tal afirmación se dé sólo el valor de una bella imagen, hay un gran fondo de verdad en ella, y aun puede decirse que, en ciertos respectos, la realidad supera la metafórica audacia.

Hoy, después de lo mucho que en este orden se conoce, aunque no existe todavía un estudio integral propiamente científico sobre las riquezas de la Altiplanicie, caben ciertas conjeturas acerca de diversos puntos, así como afirmaciones rotundas en otros.

El oro

Tal, volviendo a la imagen empleada por d’Orbigny con referencia al oro, bien podemos buscar su explicación en los mismos hechos geológicos a los que el gran viajero consagró tantos estudios en el suelo boliviano.

“La Altiplanicie –decíamos- es un gran depósito de tierra, agua y diversos minerales, formado a expensas de las cordilleras y serranías que se yerguen ya a lo largo de sus bordes, constituyendo su marco, o ya dentro de ese mismo marco”. Y bien: en parte, son conocidos los terrenos auríferos en ellas. Tal pasa en los eslabones de Cololo, Hankjo-uma. Todos los ríos que se descuelgan de sus vertientes orientales arrastraran a las hoyas amazónicas y platense el oro que desde tiempo pretéritos se había plasmado entre sus macizos graníticos. Y ese oro ya se ha perdido, o se está perdiendo casi en su totalidad, pues sólo una mínima parte ha podido ser explotada, o lo es hoy mismo, con grandes dificultades, por falta de recursos suficientes.

Luego, si nos fijamos en las vertientes occidentales de los mismos eslabones, o sea en las que miran a la Altiplanicie, se comprende también que el oro formado en ellas es arrastrado al depósito común. Y desde aquí la salida del rubio metal, por los ríos, ha sido mucho menos fácil, ya que son pocos los que, como el de La Paz, nacido en el Kaka-hake (Huayna-Potosí), perforan la cordillera para llevar sus aguas al Atlántico.

En consecuencia, fluye lógica la deducción de que la mayor parte del oro procedente de aquellos terrenos (pegmáticas auríferas, etc.), ha quedado retenida en la gran cuenca, hoy cubierta por los sedimentos altiplánicos.

Y en este sentido, la Altiplanicie, en diversos sectores de su enorme extensión, vendría a ser también un depósito del oro que la erosión escarbó, vamos al decir, en sus fuentes matrices y los condujo hasta allí en períodos milenarios.

La plata

Sin hablar del Potosí, en el Macizo Andino, y limitándose tan sólo a la Altiplanicie Central, ahí tenemos como muestra; Oruro, situado justamente en el centro de la meseta, donde están sus famosos cerros que un tiempo rivalizaron con el Monte Excelso.

Las montañas de Oruro son de origen efusivo. Son proyecciones volcánicas en plena Altiplanicie, ostentando filones argentíferos que han sido largamente explotados desde la Colonia. Justamente la fundación de la ciudad de San Felipe (Oruro), como la de Potosí, obedeció a ese motivo.

Luego, yendo de Oruro al norte, encontramos nuevos yacimientos de plata, como los de Sicasica, Calamarca, Araca, Carabuco, en las mismas márgenes del Titicaca; o siguiendo al sur, nos hallamos con los de Salinas de Garcimendoza, Huanchaca (Pulacayo) y los Lipes, de fama tradicional.

En realidad, la faja de plata, que traza un arco deslumbrante en el Macizo Boliviano, junto a la del estaño, se inicia en la Altiplanicie, para de allí dilatarse hacia el oriente, con las minas legendarias de Chayanta, Potosí y los Chichas, que ya corresponden al sistema subandino que sigue por esa dirección a la Cordillera Real.

Hoy la explotación de la plata se halla en un período de tregua en los lugares indicados, ya que en vez del “noble” metal ha entrado en escena otro humilde, pero que bien vale por él y los demás.

El estaño

Ya lo hemos dicho: el estaño es un frecuente compañero de la plata en los yacimientos altiplánicos. Y es así cómo lo encontramos también en el mismo Oruro, donde su explotación ha reemplazado a la de aquélla. Y asimismo, seguimos hallándolo a cada

lado de este núcleo central, en los mismos puntos antes citados, hasta los extremos norte y sur de la Altiplanicie boliviana.

Por el oriente, el estaño siguiendo siempre el camino de la plata, escala las vertientes altiplánicas formando colosales yacimientos. Tales: Carhuay-collo, Challapata, Antequera, Poopó, Huanuni, Morokjo-kala; o los de Quimsa-cruz, Araca, Illimani, Huaynapotosí.

De suerte que, según esto, la gran faja estañífera se inicia también, como la faja argéntica, en la Altiplanicie; y yendo desde allá al oriente, perfora los Andes Reales y forma en sus vertientes orientales los grandes emporios de este metal que hoy son el asombro del mundo.

El cobre

El cobre representa otro metal típico de la Altiplanicie. Pero así como la plata y el estaño se dirigen sobre todo hacia la Cordillera Real, el cobre parece gravitar especialmente hacia el sector occidental altiplánico. Es el caso de los minerales de Corocoro, que ya han sido objeto de activa explotación en un período considerable de la República.

Por el sur de Corocoro, sigue la faja cuprífera por Callapa, Curahuara, Turco, Garcimendoza, Lipez. Es el sistema al que un geólogo distinguido (R. Kozlowsky) ha propuesto llamar *cadena cuprífera*.

Desgraciadamente, en este orden, faltan las necesarias investigaciones para llegar a formular afirmaciones definitivas.

Otros metales

Citemos aún: el plomo –tan frecuentemente acompañado por la plata- del que, con sólo reconocimiento superficiales, se han hallado frecuentes yacimientos en la Altiplanicie: Hankjo-raimes, Guaqui, Obrajes, Ayo-ayo, Negro Pabellón, Poopó, Garcimendoza, Uyuni, pero cuya explotación es reducida; el wólfram, en Milluni, Eucaliptus, Morokjo-kala, Huanuni, Huanchaca, Lipes, el bismuto, hoy desvalorizado; el antimonio, que vuelve a entrar en considerable comercio; el hierro, cuya explotación no es dable por estar alejado de los puntos con suficiente combustible, etc.

Nada decimos de otros productos que aunque también existen, todavía no tienen importancia en el comercio (níquel, zinc, molibdeno, cobalto).

Ni olvidemos tampoco, entre otras riquezas minerales de gran significación y que se hallan a la vista, sobre la superficie altiplánica, las siguientes:

El cloruro de sodio.

El bórax

La Altiplanicie, es seguramente, en América, el mayor reservorio de sal común, tan esencial para la vida humana, tal como nos lo demuestra los colosales yacimientos de Uyuni, Coipasa, Coposa, Empexa, etc. que el viajero puede ver aun desde su cabina del tren.

La extracción y comercio de este artículo está hoy en manos de los indígenas, quienes, desde la Altiplanicie, lo conducen en sus tropas de llamas, a los ámbitos más lejanos del país. En otros tiempos este comercio empleaba alrededor de trescientas mil llamas por año. Ya se puede prever la extensión e importancia que llegará a tener cuando se lo sepa hacer en las condiciones debidas.

Como el producto, el bórax se halla también a la vista del viajero en depósitos copiosos. Tal ocurre en el trayecto de Antofagasta a la Altiplanicie. Por desgracia, Bolivia después del tratado de 1904 con Chile perdió la posesión de una parte considerable de esos yacimientos.

Abonos *Combustibles*

Se encuentran, en la tierra altiplánica, diversos tipos de abonos: fosfatados, cálcicos, potásicos, magnésimos, pero que no pasan todavía de un comercio muy limitado.

Entre los combustibles, podemos citar: la turba, explotada; el carbón de piedra que sólo ha sido objeto de extracciones incipientes; el petróleo mismo, tan abundante a los pies del Macizo Andino, y cuya presencia superficial se ha comprobado en la Altiplanicie, v.gr. en Calacoto, cerca al desaguadero.

Para muchos investigadores existen en las profundidades altiplánicas grandes yacimientos petrolíferos. La misma presencia del cloruro de sodio, en las enormes cantidades que hemos dicho, sería un indicio vehemente de la existencia del hidrocarburo en las capas subyacentes.

Si ello fuere así, tendríamos en el petróleo altiplánico otro de los recursos básicos para las grandes industrias del porvenir.

Fuentes *hidrominerales*

Mencionemos también este punto, teniendo en cuenta las relaciones de casualidad entre diversos metales, como el oro, el tungsteno, el antimonio, con diversas aguas termales, por acción química o física.

Y ya se sabe cuán copiosas son esas fuentes en la Altiplanicie. O, más bien, todavía ni se sabe, a punto cierto, el número de ellas, puesto que muchas se hallan inexploradas.

Entre las conocidas nos limitaremos a citar el cordón de termas que corre a los pies del eslabón de los Asanaques, desde frente a Oruro: Aguas Calientes, Capachos, Huanuni, Poopó, Pasña (Urmiri), Challapata, Río Mulato. Al norte de Oruro, en el camino a La Paz, por Viscachani, están las fuentes llamadas también de Urmiri, donde, como en Pasña, existe ya un balneario. Al oeste de él, en el sector de la cordillera Occidental, están las aguas de Hunt'u-uma⁽¹⁾ origen del río Sabaya, que afluye al lago de Coipasa.

La flora y la fauna

⁽¹⁾ (Hunt'u-uma: agua caliente, en aymara.

Se comprende que, dadas las condiciones climáticas y telúricas de la Altiplanicie, su enorme altitud, el frío cruel que dominan en gran parte de ella y la aridez de su suelo, su flora y su fauna sean por demás limitadas.

Y sin embargo, dentro de esa misma limitación, hay diversos productos que destacan notablemente.

Así, examinando la flora, podemos citar desde luego, la *papa* o patata, hoy de uso universal. Este precioso tubérculo es originario de la Altiplanicie. Crece en estado salvaje en las orillas del lago Titicaca y otros puntos. Debió de ser, en el curso de largos períodos de tiempo, objeto de especiales cultivos, que le dieron los notables atributos que hoy tiene. Se cuenta en la actualidad más de quinientas variedades de papa en la Altiplanicie y sus contornos, muchas de calidad insuperable. Otras han desaparecido.

Más aún: desde edades arcanas, se emplea por los aborígenes de la meseta un procedimiento de conservación del tubérculo que permite guardarlo indefinidamente; lo que nos demuestra la penetración singular de la raza primitiva, que supo encontrar, aprovechando de los mismos elementos naturales y con un técnica muy sencilla, tal medio de conservación, utilísimo, pues la patata se altera en poco tiempo. Hemos nombrado el *chuño*.

Hoy, la papa es de empleo universal. De la meseta boliviana pasó a los países vecinos y de seguida al “viejo mundo”, incluso el Tíbet, constituye la base de la alimentación de diversos pueblos. Con todo, en ninguna otra parte de la tierra se han llegado a cultivar tantas variedades ni a igualar la calidad de ciertos ejemplares indígenas del Maciza.

Y nada decimos de otros tubérculos, como la *oca* (*Oxalis tuberosa*) y la *lisa*, que se dan en la meseta, al igual de la papa, pero cuyo empleo no se ha generalizado aún.

Otro producto de la flora andina digno de especial mención es la *quinua* (*Chenopodium quinoa*), también originario de la Altiplanicie, bien que su cultivo se halle actualmente extendido a diversos países de América. Este cereal tiene, asimismo muchas variedades y la mejor de todas, llamada *quinua real* es precisamente la que se da en los parajes más fríos. Resiste hasta la vecindad de los grandes salares de la Altiplanicie Central (Salinas de Garcimendoza). Su pequeño grano se conserva indefinidamente. Su cultivo es por demás sencillo. Basta echar la simiente en la tierra recientemente removida para obtener, a los cinco o seis meses, abundantes cosechas: de un grano se pueden sacar dos mil. Por sus especiales propiedades rivaliza ventajosamente con la cebada y el trigo. Las hojas tiernas de la planta (*yuyu*) se usan mucho por sus cualidades alimenticias. Sus mismos tallos, ricos en ciertas sales (carbonato de sodio), sirven a los indios para la preparación de la *llipta*, con que acompañan la masticación de la coca. Y asimismo la emplean frecuentemente, por sus múltiples aplicaciones terapéuticas, en uso interno y externo. Actualmente, tanto de la quinua como de otros productos similares, como la *kjañahua*, notable ésta contra el mal de las montañas, se realizan en el extranjero experiencias para su utilización contra diferentes enfermedades muy especialmente contra la tuberculosis.

Y, en fin, entre los raros vegetales que soportan la inclemencia de estas altitudes, citemos también la *yareta* (*Azorella glebaria*), esa admirable yareta usada desde los tiempos primitivos como combustible. Allí donde comienzan ya las nieves eternas, entre cuatro y cinco mil metros sobre el mar, se la ve, suavizando con su verde tierno y claro, la desolación del paisaje. Cubre las mismas rocas, como un ropaje aterciopelado y cálido. Y arrancada al yermo suelo, arde en la mísera choza del indio, dándoles, generosa, su calor y su vida. La yareta es, ciertamente, una planta providencial. Su significación como combustible en diversas industrias, sobre todo en la minera, ha sido en otros tiempos

enorme; y hoy, aún, a falta de la hulla o el petróleo, presta allí servicios inapreciables. En las mismas ciudades de la meseta –Oruro, La Paz, Uyuni- y otras poblaciones de las zonas frías del Macizo Boliviano, su consumo es todavía considerable. Planta humildísima, que ni siquiera se eleva del nivel del suelo, pues se extiende por él como blanda alfombra, -quizá un día desaparezca, dada la forma desordenada de su explotación.

Y todavía, después de los ejemplares anteriormente mencionados, podemos citar otros que, aunque no sean propiamente indígenas de la Altiplanicie, han sabido adaptarse muy bien a ciertos relieves de su ambiente geográfico: oquedades, recuestos, pequeñas serranías. Tales: la kantuta, esa flor legendaria de los Incas, dela que se ven bellas muestras en La Paz, pero que ya no puede soportar el aire cortante de Oruro; el *tarwi* –preciado alimento- al que Leo Pucher atribuye un importante lugar en ciertas ideografías de Tihuanacu; el *kolli*, que ha merecido de Uriel García frases tocadas de elocuencia profunda; y, sobre todas, ese vegetal que para nosotros vale más que los anteriores, por su significación sociogeográfica: la *tatora*.

La tatora es planta típicamente altiplánica. Ella abunda en las márgenes del Titicaca y del Poopó, hallándose igualmente en el Desaguadero, que sirve de enlace a esos lagos centrales de la gran meseta. Tiene una grácil prestancia. Su papel, sin embargo, desde los tiempos prehistóricos, fue siempre trascendente en la evolución de ciertos tipos humanos enclavados en la Altiplanicie; por ejemplo, el *uro* y su fin el *chipaya*. Hoy mismo, los últimos restos de esos indígenas, cuyos antecesores, según el profesor Posnansky, habrían concurrido a la construcción de los monumentos de Tihuanacu, subsisten, adheridos a la admirable tatora. Ella sostiene a aún los postreros descendientes de una raza ilustre: les da un abrigado techo en el hábitat desértico; les da sus fibras, para diversas prendas de su indumento; les da, con la paja brava, todo lo preciso para tramar esas esbeltas barcas que surcan el Titicaca y el Desaguadero; les da –como combustible- calor reconfortante; les da hasta el alimento en las horas terribles de inedia.

Dejemos hablar al bardo de la estepa:

*Un lago a la vista:
agua y agua y agua;
el cielo mirándose
en su espejo; el alba
tiñendo sus linfas;
montañas nevadas
a lo lejos; aves
rosadas y blancas
por doquier; dos cóndores
trazando parábolas
en el cielo; tropas
de alpacas y llamas
–como los camellos
del ardiente Sahara-;
y en el lago barcos
de formas extrañas
como los de Nilo;
y un pueblo en la playa:
gentes para quienes
la tatora acuática
es todo –el vestido,
la choza, la balsa,
y hasta el alimento-.
¿Urus?*

Y en cuanto a la fauna altiplánica, si, ni con mucho, muestra la profusión fastuosa de las zonas tropicales bolivianas, sin embargo presenta ejemplares valiosísimos, desde diversos puntos de vista. Tales: la chinchilla, pequeño roedor que mora en los sitios más fríos y desérticos y cuya piel, azulada y sedosa, se vende a precio de oro en los mercados extranjeros; el guanaco, de fama milenaria, que desde su hábitat primitivo –las alturas del

Macizo Boliviano, de donde ya ha desaparecido por la persecución sin tregua de que ha sido objeto- emigró hasta lejanos territorios, como el Chaco y el Chubut; otro notable camélido: la vicuña, que vive en estado salvaje, y cuya piel es también muy apreciada; y, en fin, la llama, de la cual bien se puede decir que es un símbolo en Bolivia. Como que su hierática figura está muy justamente representada en el escudo nacional.

La llama viene a significar en la fauna algo así como la quinua en la flora. Seguramente es un espécimen obtenido a través de un inteligente proceso de selección. Diríase la misma vicuña o el guanaco, adaptados al servicio del hombre. O es quizás el resultado de la cruce de especies desaparecidas. Los hallazgos paleontológicos hechos hasta hace poco tiempo han demostrado la existencia en la Altiplanicie de trece variedades extinguidas del mismo género a que pertenece la llama (*auchenia*).

La llama es un animal propiamente histórico. Su participación en el desenvolvimiento humano en la Altiplanicie ha sido, y es aún, inmensa. Bástenos citar su importancia en las comunicaciones. Fue el único vehículo terrestre para los moradores del Macizo durante miles de años. Posteriormente, en la Colonia, superó como medio de transporte, al caballo y la mula, traídos por los españoles. Y hoy todavía triunfa en muchas partes sobre el ferrocarril y el automóvil, que no pueden vencer las hurañas alturas por donde trepa la llama cargada con su fardo.

Y para el indio ¡cuánto significa la llama! Se lo da todo: su carne, su leche, su piel, su lana, sus huesos. Le da sus mismos excrementos, como combustible, igual que la yareta, o como eficiente abono, para tornar el páramo en verde sementera. Y hasta en lo estético, es ella el mejor adorno del escenario altiplánico. Hay que verla, oteando desde algún punto dominante, la pampa inacabable. La llama es la vida de la Altiplanicie. Y la Altiplanicie es el digno pedestal de la llama.

He aquí, a este propósito, las estrofas fragmentarias de un himno inédito escrito por un poeta boliviano. Cabe traerlas a cuento porque ellas, mejor que nuestra pluma, hacen el elogio de aquel notable camélido. El bardo terrígena, absorto ante una llama de pie “sobre un cabezo abrupto que recorta la línea del horizonte”, le dice entre otras cosas:

*...Tú eres el alma, el genio
de estas alturas; eres su vida y su belleza;
el mejor ornamento de esta naturaleza
y el recurso más noble y el bien más necesario
para sus hijos: tú eres lo que es el dromedario
para el beduino errátil; eres lo que es el reno
para lapón; tú al indio, como un amigo bueno,
le prestas toda ayuda: le das tu compañía,
le das tu piel, tu carne, tus huesos, tu energía...
Tú eres sufrida y parca: vives en los más tristes
parajes, entre nieves y ventiscas; resistes,
estoica, tempestades, comes el pasto escaso
o las mezquinas zarzas que crecen a tu paso,
y si no encuentras ni eso, sufres paciente el hambre
hasta morir... Oh llama ¿de qué dura raigambre
te originaste? Tienes bajo tu pelo hermoso
y tus gráciles formas la fuerza de un coloso.
Tu aliento y fortaleza no tienen precio: subes
igual a las regiones que tocan las nubes
cual bajas a los valles profundos; y ora campas
entre las cordilleras gélidas, ya en las pampas
inmensas, ya en el verde collado, ya a la vera
del mar o ya a la sombra de la enhiesta palmera...
Y todavía, oh llama, con tu airosa y altiva,
prosopopeya, formas la nota al par festiva
y al par severa y grave de estos vastos desiertos.
¡Cuántos más desolados, fatídicos y yertos
se tomarían ellos sin ti! ¡Cuánto más hosca
surgiría esta tierra bajo la niebla fosca,*

*con su frío que punza, con su aridez que arredra,
con su llanto hecho hielo y su furia hecha piedra!*

* * *

*Compañera sumisa de hombre primitivo,
tú eres aquella auchenia que halló en su lar nativo
albergue; muchas veces con él también hallaste
la misma tumba; y juntos sufristeis el contraste
de horribos cataclismos, cuando los ventisqueros
la tierra atormentaban y con temblores fieros
se sacudía el mundo como un cuerpo convulso
de epiléptico... Entonces, tú, dócil al impulso
del clan, dejaste el rígido Altiplano y venciendo
ríos cordilleras, en éxodo estupendo
descendiste a los valles y llegaste a las playas
del mar. Tú fuiste el guía de changos y chipayas
y de aymaras y quechuas por uno y otro flanco
del gélido Macizo que estaba todo blanco...
Y desde el Titicaca partiendo con el Inca
Manko Kjapaj –el jefe vigoroso en quien finca
el poder- y Mama Ojillo –la que incuba la raza-,
llegaste al Cuzco –núcleo crucial que al mundo abraza-,
donde sobre tu lomo se levantó un imperio
pujante... Y de esta suerte, por singular misterio,
te hiciste igual al hombre, ganaste su blasones
y puedes ser llamada simiente de naciones.*

Y ahora después de esta excursión poética, volvamos a nuestro asunto.

Los lagos altiplánicos –Titicaca y Poopó- tienen también su fauna propia (*suches, humantos, hispís, karachis*, etc.); mas no haremos mención particular ni enumeraciones que resultarían pesadas. Sólo anotaremos el hecho siguiente: en tiempos remotísimos, cuando el Titicaca y el Poopó formaban un solo lago, que ocupaba gran parte de la Altiplanicie, y por ser la altitud media menor era el clima más benigno, la fauna lacustre presentaba formas muy variadas y abundantes, constituyendo acaso la base alimenticia de las poblaciones ribereñas. Por ejemplo, la variedad del pez llamado boga (*Orestias*), tenía un tamaño cinco veces mayor que el que actualmente acusa; y probablemente existían especies hoy extinguidas. Entre los pueblos ictiófagos de aquel mismo tiempo, el pez debió de ser un tótem, como el cóndor y el puma. Los ideogramas pétreos de Tihuanacu son muy expresivos al respecto. El pez ocupa en muchos de ellos el lugar principal.

En nuestros días, la fauna de esos lagos está degenerada; pero eso no obstante, es considerable el comercio que de ella se hace en la Altiplanicie y sus contornos.

Y concluyamos este párrafo subiendo aún desde la Altiplanicie y los lagos. Subamos hasta los picachos níveos. Subamos hasta el mismo firmamento. ¿Quién está ahí?

El cóndor.

Es la culminación. Con el cóndor estamos ya entre la tierra y el cielo. Nos hemos aproximado al sol. Y el cóndor es también un símbolo. Si la llama representa la tierra y el pez el agua, el cóndor es el espacio infinito.

En el cóndor hallamos otro tótem epónimo de los clanes primitivos altiplánicos. En el *kuntur* de los fundadores de Tihuanacu se muestra más claro que en los demás tótems, el factor místico. Con el cóndor sabían aquéllos elevarse al cielo. En este dominador de las cumbres cifraban la energía, la audacia, el movimiento, al ímpetu. No hay sino ver la maravillosa Puerta del Sol, donde junto al puma y al pez aparece el cóndor revestido de singulares atributos. Esa trilogía zoomorfa –cóndor, puma, pez- está gritando: ¡Fuerza! Allí se ve al cóndor hecho hombre, y al hombre hecho cóndor.

Hoy mismo, entre los indios de la meseta, este volátil es motivo de especial veneración. Y figura también en lugar prominente sobre el escudo boliviano. En lo cual vemos nosotros una regresión instintiva al primitivo clan. El cóndor es la raza, es la nación.

Después del cóndor, como ave histórica, podemos citar el *allkjamari*, al que, en estos últimos años, algunos observadores le asignan, en la mitología primitiva indígena, un papel más importante que a aquél, (Leo Pucher), hasta el punto de afirmar que las ideografías de Tihuanacu representan más bien al *allkjamari* que no al cóndor. Nosotros permanecemos fieles al cóndor.

El sol

Réstanos aun decir algunas palabras sobre otra de las características del complejo altiplánico o, si se quiere, sobre otra riqueza natural que da mayor relieve a su personalidad.

Hablemos del sol.

Del sol que, como el cóndor, la llama y la montaña, figura, bella y noblemente, en el escudo nacional de Bolivia.

El sol, por supuesto, es un patrimonio común. Pero también es verdad que ese patrimonio no está igualmente distribuido en la tierra. Hay soles y soles. El sol de Spitzberg, por ejemplo, no es igual al del África Central. Las altitudes, los meridianos, la topografía, y hasta la estructura geológica, claro es que crean diversas modalidades en este orden.

Tal ocurre en el Macizo. También tiene su sol. Su altitud vertiginosa es ya el factor básico para ello. Esa altitud lo aproxima al sol. En la Altiplanicie, la radiación solar es tan intensa, que anula el frío; ni aun se lo siente, si se está al sol, aunque el termómetro marque cero.

Pero es, sobre todo, la luminosidad el rasgo que tipifica mejor el sol de la meseta. El viajero que por vez primera asciende a estas alturas, se siente deslumbrado. El enrarecimiento de la atmósfera, su sequedad, su transparencia, se prestan para conducir y dispersar más fácilmente la luz solar. Los rayos actínicos parecen penetrar en las rocas. Fijan en el cristal, intensa y permanentemente, bellos tonos violáceos. A lo lejos, las sierras brillan también como otros tantos bloques cristalinos, bañados en claridad ultravioleta. Y en las cumbres cubiertas de nieve, es tal la gama de colores al levantarse o ponerse el sol, que, a su vista, el alma del viajero llega a la emoción pura que produce la belleza, una belleza que en este caso diríase extraterrena. De esta suerte, el Macizo es un sublime reflector. Recordemos el significado de *Illampu* e *Illimani*.

Es lastimoso que en Bolivia no se hayan realizado, dentro del campo científico, los estudios que ha menester esta materia para derivar de ella múltiples aplicaciones prácticas, en diversos terrenos –médico, higiénico, agrícola-. No hemos sabido los bolivianos aprovechar esta riqueza inapreciable de nuestro suelo. La gozamos, es verdad,

pero no la analizamos. Por eso, hablando sobre éste y otros temas científicos, decíamos hace poco tiempo en la Revista del Instituto Médico "Sucre":

Desgraciadamente, en Bolivia no se han hecho aún estudios especiales y propiamente científicos sobre la luz.

"Los datos recogidos por nuestras oficinas de meteorología, más se refieren a las curvas barométrica y térmica; o a la humedad, lluvias, nieblas y vientos. Pero no conocemos las características propias de la luz según las localidades, las estaciones y aun horas del día. Cuando hablamos, por ejemplo, de la radiación solar lo hacemos simplemente porque ella se impone a nuestros sentidos. No la hemos medido. Ni sabemos tampoco de las modalidades del espectro solar en la gran variedad de centros poblados del Macizo Andino. Un punto digno de estudiarse a este propósito, sería el predominio de tales o cuales rayos luminosos –infrarrojos, ultravioletas y otros-, desde los lugares más próximos al ecuador hasta los más distantes; o desde las mayores alturas habitadas, como Oruro, hasta las zonas bajas y colindantes como las llanuras orientales, como Santa Cruz. Pero no poseemos ningún caudal de observaciones actinométricas.

"De manera que, por ahora, no podemos proceder sino empíricamente o en el terreno conjetural".

La Altiplanicie debiera, pues interesar desde este punto de vista no sólo a sus hijos, sino al mundo en general. Esta gigantesca formación de los Andes centrales suramericanos, por las extraordinarias condiciones de su cielo, dependientes de su altitud y situación en la zona tórrida, se presta admirablemente para las observaciones que indicamos. Por sí misma es ya un observatorio natural, desde donde es más fácil columbrar los secretos del Cosmos.

Y estas mismas razones explican su adecuación para el tratamiento de diversas enfermedades, entre ellas, la siniestra tuberculosis. Sin duda que darían muy buenos resultados los sanatorios que se instalasen aquí con ese objeto. Nuestras investigaciones profesionales nos han llevado a esa conclusión. Y hemos invocado para robustecerla, en primer término, el factor luz; y también hemos afirmado que la rareza o ausencia de otras afecciones, como el raquitismo, en la Altiplanicie, se halla determinada por ese mismo factor; y hemos señalado como prueba palpitante al indio, que no obstante la penuria económica en que vive, se substraee fácilmente a tales enfermedades (Véase el Apéndice).

Y si de este aspecto, hasta cierto punto técnico damos un gran salto, un salto de algunos miles de años, para considerar desde entonces, en el Macizo Andino, lo que pudiéramos denominar el papel sociológico del sol, hallaremos que bajo su influencia, directa o indirecta, se cumplieron aquí importantes ciclos de evolución humana, siendo acaso el mayor aquel que generó entre los moradores de la Altiplanicie el culto solar.

Lo cual se explica.

Tal culto tuvo que nacer lógicamente. El hombre de la Altiplanicie debía de sentirse todo poseído por Inti. Posiblemente no razonaba sobre esta relación con su ambiente. Mas un hondo sentir llevábalo a arcanos que no ha sabido alcanzar la más sutil filosofía. Era ése un misticismo instintivo. Una convicción inconsciente –aunque hablar así parezca paradójico. Diríase que la luz del sol –fenómeno exterior-, se volvía en la psiquis indígena luz interior, infrarracional todavía, pero que después aparecería clara en la razón. Permítasenos transcribir las siguientes palabras nuestras:

"Y aun contemplando desde el punto de vista sociológico e histórico este asunto, que parece simplemente una tema de meteorología, pronto advertiremos la influencia de la luz en nuestros más remotos antecesores. Por ella nació el culto solar. Los dicen los

monumentos megalíticos de Tihuanacu. Y prosiguió, después de millares de años, obrando sobre los Incas. Dio origen a esa religión admirable que bien se puede llamar *religión científica*. En ella culminaba como divinidad el luminoso patriarca uno de cuyos hijos es nuestro planeta. El hombre prehistórico, al profesar tal heliolatría, se adelantaba a la ciencia actual, cuyas investigaciones van descubriendo a diario los maravillosos efectos del sol. Después –sobreviviente de la catastrófica era glacial altiplánica- aprendió a construir su choza con la entrada siempre vuelta al oriente, para asistir cada mañana al advenimiento de Inti, fuente de la vida. Así lo hallaron los conquistadores españoles.”

Se comprende, pues, cuán decisiva y profunda debió de haber sido la influencia solar en los habitantes del Macizo. El sol hizo que la horda, el clan, la tribu, dispersos en estas altitudes, se aproximasen, se amalgamasen bajo una misma bandera, hasta constituir el poderoso imperio cuyo eje nuclear venía justamente a quedar sobre la gran plataforma que parecía haberle labrado la naturaleza en el Eslabón Central de los Andes. Cuando ni pensaban nacer en África y Asia los imperios heliólatras de Egipto y Asiria, ya en la Altiplanicie resplandecía esta notable asociación humana, cuyos elementos estaban ligados por el culto solar común.

En Tihuanacu, la urbe megalítica cuyos despojos aún subsisten, como las vértebras descoyuntadas de un monstruo antediluviano, el viajero encuentra, a poco de caminar entre ellos, un bloque de traquito, llamado *Puerta del Sol*, sobre el cual está grabada una curiosa sucesión de figuras estilizadas. Al centro está la mayor: es una figura humana, representada de frente; tiene la cabeza rodeada por una aureola en la que se distinguen cabezas de felinos (pumas); sus vestiduras y el pedestal en que se yergue, muestran también dibujos zoomorfos –aves de presa (cóndores), peces, felinos- y otros signos extraños; en las manos empuña sendos cetros gigantes, cuyos cabos figuran cabezas de cóndor. A ambos lados de la imagen central hay tres filas de otras menores: representan, alternativamente, hombres y cóndores con cuerpo humano, mostrando los mismos signos que aquélla en el rostro y ornamentos, con un solo cetro, los rostros vueltos hacia la figura central y las piernas semidobladas, como si acudiesen hacia ella o ante ella se prosternasen. Por debajo de todo, un friso entre cuyas molduras, rematadas por cabezas de cóndor, se ven once caras antropomorfas circundadas por aureolas semejantes a la de la imagen principal; en cada extremo del friso, un *signo escalonado* con una cabeza de cóndor *mallcu*⁽¹⁾ en el tope; junto a ellas una figura humana de pie, vuelta hacia la central, embocando una trompeta; y, a cada costado, el comienzo de otros frisos laterales idénticos; interrumpidos en los bordes del bloque traquítico.

En esta escena, los más de los investigadores encuentran una ideografía solar. Para Posnansky sería “el calendario de los tihuanacus”; para Días Romero “una escena mítica astronómica”.

Por nuestra parte, al conocer la famosa Puerta del Sol, forjamos también nuestra hipótesis. Hela aquí.

Allí estaría, simplemente, el símbolo de un gran ciclo sociológico cumplido en la Altiplanicie, hace milenios, según dijimos antes; allí, en la roca, estaría sintetizada la evolución del imperio, o como se le llame, de Tihuanacu. La figura central significaría la entidad suprema que dominó en esa evolución. Las figuras laterales representarían los jefes de tribus y clanes, acudiendo a prestarle pleitesía. Cóndores, pumas, peces, astros, serían los tótems, dioses familiares, tribales, territoriales, concurriendo a dar cohesión y fuerza al imperio. Por encima de todos, abríase alzado el tótem primordial, el creador de aquel gigantesco organismo: el sol.

(1) **Mallcu:** Jefe

Como se ve, esta interpretación terrestre o sociológica se aparta de la astronómica. Pero no obstante, en el fondo, nosotros mismos acabamos por subir hasta el sol. Porque, en efecto, si los grupos humanos del Macizo Andino obraron preponderante impulsados por influencias cósmicas, se comprende que al proponer tal explicación, por distinto camino, hemos llegado nosotros también al cielo.

Tal sería el mito.

Y en igual forma nos explicaríamos la ulterior aparición del imperio incaico en el Macizo. El prehistórico había muerto. Una tremenda catástrofe geológica dio fin con la urbe sagrada. Quedó súbitamente interrumpida la conclusión de sus más bellos monumentos, como aquel de que venimos hablando. Pero los restos de la raza heliólatra subsistirían aún dispersos, mientras masas humanas llegaban de lejanas tierras. Pasarían milenios en la sombra. Pero en los terrígenas no se habría perdido el recuerdo de su primitiva organización. Y he aquí que nuevamente, bajo la protectora influencia solar, surge otra robusta evolución social. Es el imperio de los Incas, de aquellos que se llamaron Hijos del Sol. Inca recuerda a inti: posiblemente es una aglutinación lingüística del sustantivo inti (sol) y el verbo *cay* o *caj* (ser); originariamente habría sido *inti-caj*: *lo que es o lo que fue como el sol*.

Pero este nuevo ciclo civilizatorio en el Macizo no duró sino pocos siglos. Una nueva catástrofe –y esta vez ya no geológica sino humana- vino a destruirlo: la conquista hispánica.

Quedan así trazados estos nuevos aspectos del Macizo, también desde el punto de vista sociológico, y en directa relación con el culto solar.

Y terminemos ya este capítulo.

Hace 3,400 años, en el viejo Egipto imperial, Ikhunatón, el rey audaz que en medio del panteísmo nilótico quiso aplastar el culto de Amón y erigir el del sol, Ra, aun más allá de los confines de su pueblo, en uno de sus magníficos himnos a Atón, el disco también en el de otras patrias. Y al nombrar el Nilo, el río epónimo que parió al Egipto y que convertido en lluvia benéfica también va a fecundar, por acción del sol, otras tierras, decía el rey poeta:

Hay un Nilo en el cielo para los pueblos extranjeros...

Profunda imagen que nos revela como el Faraón, sobrepasando las limitaciones que le imponía la tradición, proclamaba una doctrina noblemente altruista.

Y ¡cuánto más podrían decir los bardos de Tihuanacu desde la plataforma de los Andes!

La misma Puerta del Sol es todo un himno pétreo grandilocuente. Allí hay estrofas, ritmos, gritos, clarinados. Allí en el friso de que antes hablamos están esas figuras heráldicas embocando sus trompas. ¿Qué hacen? Saludan al sol. Al sol creador de la vida; al peregrino luminoso que va por todas las tierras y que en el Macizo Andino encontró la inmensa meseta para plinto de su imagen, y el lago de aguas diáfanas para su espejo y bellos montes niveos como Illampu y e Illimani, para poner en ellos, por todos los siglos, sus pinceladas seráficas de luz.

LAS CORDILLERAS CIRCUNDANTES DE LA ALTIPLANICIE

Hemos hablando de la meseta central que, físicamente, constituye el relieve más notable del Macizo Boliviano y, políticamente, ha pasado aun el lenguaje internacional, siendo por ello Bolivia llamada el *país del Altiplano*.

Proseguiremos nuestra excursión en las partes circundantes de la meseta, o sea en las cordilleras.

Y empezaremos por la que constituye el flanco inicial del Macizo, al occidente, en el sector del Pacífico.

La Cordillera Occidental

La Cordillera Occidental no es sino una de tantas fracciones de la cadena continental de los Andes que, bordeando el Pacífico, va desde el estrecho de Behring hasta el de Magallanes; y que, al pasar por Bolivia, cierra el arco formado, según decíamos por la Cordillera Oriental, o interior, que amuralla la Altiplanicie por el levante.

Llámanse a esta cordillera, también, *longitudinal, exterior, volcánica, o de la costa*. Nosotros, en relación con la arquitectura del Macizo Boliviano, la hemos dado el nombre de *Cordillera Anterior*: es la fachada externa del Macizo.

Geológicamente, corresponde, sobre todo, al ciclo de los plegamientos mesozoicos y alpehimaláicos de Europa y Asia, formando un eslabón de la gran *línea de fuego*, que un tiempo orlaba el occidente de las Américas, y de la que aún quedan hoy encendidos algunos focos.

Al presente, no está íntegramente bajo la soberanía de Bolivia. Sabido es, en efecto, que después de la guerra del Pacífico, y como resultado de tratados internacionales emergentes, Bolivia perdió sus costas en ese mar, así como las vertientes occidentales de la Cordillera Anterior, e incluso el extremo austral de la misma Altiplanicie, que se prolonga en la Puna de Atacama. De suerte que no le quedaron, sino las vertientes altiplánicas de esa cordillera, a las que ahora nos referimos.

Siguiendo esas vertientes, hacia el oriente, desprendido del eje troncal y ya en plena Altiplanicie, destácanse soberbios grupos montañosos. Tales, yendo de norte a sur, el del Parina-kjota y Sajama; el del Paco-kjaua y Tata-Sabaya; el del Lirima y Llica; y el formidable cordón de Sillillica, al que siguen aún los de Iru-putuncu, Olca, Ollagüe, Linsor, Putana, hasta el Licancaur, ya en los límites actuales de Bolivia con Chile.

Trátase de volcanes apagados, siendo el más eminente el Sajama, que se aproxima a los siete mil metros sobre el nivel del Mar, pudiéndosele ver desde las proximidades de Oruro, no obstante la gran distancia a que se encuentra. El viajero que, por ejemplo, va en el tren a La Paz y que al oriente mira, en la Cordillera Real, destacarse los picachos nevados del eslabón de Quimsa-cruz, pronto advertirá, por el occidente, tras las serranías de Corque, una solitaria cúpula blanca que va aumentando de tamaño a medida de avanzar el tren, y que, a la altura de Chijmuni y de Patacamaya, se muestra ya

como un soberbio cono prismático que esplende con polícromas tonalidades, según la inclinación del sol.

La mitología aymara conserva, a propósito del Sajama, esta leyenda:

En el principio de los tiempos, empinábase en la Cordillera Real, cerca al Illimani, otro coloso mayor aún, alzándose al cielo, a guisa de un puño amenazante. Tan orgulloso se mostraba, que al cabo el dios primordial perdió la paciencia, y esgrimiendo en la diestra mano la honda flamígera, en que había puesto un peñasco, dio con él tan violentamente sobre la cabeza del titán, que éste quedó decapitado. Su desprendida testa voló de oriente a occidente, para ir a asentarse sobre otro monte, humilde, que en ese confín estaba. ¡*Sarkjama!* –había dicho el dios al dar el hondazo descomunal: -¡Vete! Y desde entonces el monte decapitado se llama Mururata (descabezado) y el otro se tornó en Sajama.

El Sajama, sin embargo, es un gigante traquítico donde esa cabeza no está muy firme: si no fuese la misma nieve que le sirve de casquete protector, tal vez ya ella se hubiese desecho.

En el segundo montañoso, que, como el del Sajama avanza, en la Altiplanicie, al oriente, desprendiéndose de la línea troncal del volcán Isluga, se alza el Tata-Sabaya, (*tata*: señor, padre, patriarca, en aymara y quechua). Tiene este nevado, en efecto, mucho de paternal: fue a sus postreras estribaciones altiplánicas adonde los pobres indígenas *chipas* o *chipayas*, acudieron a guarecerse, empujados por la ola aymara, y luego por la blanca, enseñoreadas de la Altiplanicie. Hoy mismo, superviven sus postreros restos, en las orillas del Lauca, y sobre las riberas desoladas del lago Coipasa.

Y, de igual suerte, el Tata-Sabaya ha venido a ser algo así como un genio protector para ese pobre animalito de que ya hablamos: las chinchilla (la chinchilla azul, la más buscada), que, huyendo de los cazadores, tuvo que remontarse a sus más abruptos y escondidos rincones. Allí subsisten todavía los escasos ejemplares que quedan del pequeño roedor, escapando al hurón, de que se valen sus perseguidores para cogerlo. Cierta vez, un indígena de aquellos lugares, nos contaba que el Tata-Sabaya se encoleriza realmente por este encarnizamiento con que es perseguida la chinchilla. “Por eso, -nos decía- cuando ha entrado el hurón a la grieta del cerro en que se refugió la chinchilla con su crías, ya no vuelve a salir: se desorienta y muere de hambre. El Tata-Sabaya le ha castigado”.

Los indígenas chipayas comercian en cierta escala con la sal que extraen de la gran laguna de Coipasa; y, como en un remoto antaño, viven adheridos a la llama y la alpaca, cuya cría y cuidado es su principal ocupación.

Al sur de Coipasa, siguiendo la línea de la Cordillera Occidental, se dilatan las tierras desoladas que prolongan sus vertientes orientales en la Altiplanicie. Es la región de los médanos glaciales y de los grandes salares, como el de Empexa, al oriente del cual está el de Uyuni, más grande que el lago Poopó.

Por el borde meridional de este formidable depósito de sal pasa el ferrocarril de Antofagasta que, para penetrar en la Altiplanicie, ha encontrado una puerta fácil al pie del volcán San Pedro, aún humeante, por donde perfora la Cordillera Occidental, corriendo después por sobre los salares de Ascotán y Chihuana.

Al norte de Coipasa, la región andina occidental, es, ciertamente, mejor, por sus condiciones telúricas y climatéricas, que la del sur. Es allí donde, hacia el oriente del tronco principal de la cordillera, avanzan otras serranías, bajas, paralelas a ella, ofreciendo en sus recuestos zonas más propicias a la población indígena y blanca que allí mora. Citemos, entre ellas, el doble macizo de Turquiri y Larama-kjaua que por el norte se

prolonga con la sierra de Curahuara y por el sur con las alledañas de Coipasa. Luego, más adelante, es decir más al oriente, se alinean otras, que son las de Corque, anudándose con Huaylla-marca, por el norte, hasta alcanzar el Desaguadero; y bordeando, por el sur, la margen occidental del Poopó. El viajero, desde el tren, puede ver varias de ellas (Hankjo-kjaua, Anta-marca, Orinoca y Quillacas).

Ya entre estas serranías, o cortándolas, corren varios ríos o riachos, como el de Huchus-hauira, el Barras, el Turco, el Cosapa y el Lauca antes indicado.

El suelo, según su topografía, aguas y naturaleza de la tierra, alienta diversos tipos de vegetación herbácea. En las partes más bajas dominan la paja brava, la *t'ola* y varias clases de pastos. Por los escarpes, grandes manchas de la sufrida *kjeuña* suben hasta el límite de las nieves eternas. Ella, como la dócil llama, se ha adaptado muy bien al viento y al frío de esas altitudes, que pasan con frecuencia de 4,000 metros.

Pero el clima no tan sólo es propicio al camélido (llama y alpaca) sino a otras especies de ganado; según un informe oficial que tenemos a la vista, en 1928 había allí hasta 7,000 asnos.

Entre los animales silvestres, abundan las vicuñas a pesar de la caza, los zorros, *tujus* y avestruces. En los ríos, asimismo, los peces, sobre todo el *mauri* y el *suche*. Nada hay que decir del cóndor, rey de los aires glaciales de esta región.

Y en cuanto al hombre, él está representado particularmente por el aymara, con alguna que otra inyección del blanco; habiéndose a este propósito observado que, en los cruzamientos, pronto desaparecen los rasgos de éste, para dominar los de aquél, fenómeno de reversión que hace contraste con el que se observa en los mestizajes del indígena del Chaco, que dan lugar a resultados precisamente inversos.

Ya al hablar del sector occidental de la Altiplanicie decíamos algo sobre la riqueza minera de la Cordillera Occidental, considerando el cobre como típico metal de esta zona. A este propósito nombramos la *cadena cuprífera* de Kozlowky.

Por desgracia, no se han hecho en este punto todas las investigaciones que eran menester. Con todo, ya vale para hacer ciertas deducciones, la zona cuprífera de Corocoro, situada al norte del sistema orográfico que acabamos de nombrar. De ella decía, hace años, el escritor Eduardo A. Lima:

“El asiento minero de Corocoro es enormemente superior en riqueza a las famosas minas del Teniente en Rancagua (Chile), a los imponderables establecimientos mineros de Chuquicamata, y finalmente a las gigantescas compañías de Cerro de Pasco y Santa Lucía del Perú”.

Esta aserción, por demás elocuente, ahorra los comentarios.

Sin embargo, en la actualidad, Corocoro está poco menos que abandonado. Y claro es que el resto de la zona cuprífera se halla en peor situación. E igual pasa con la plata, que otrora, desde la Colonia, fue explotada largamente, en los alledaños de la Cordillera Occidental.

Desde la noche de los tiempos, la Cordillera Anterior, en el Macizo Boliviano, constituyó uno de los sectores más empleados para las comunicaciones humanas entre el Pacífico y la Altiplanicie, y viceversa, pues ofrece pasos fáciles y todo un sistema de terrazas, que se va degradando hasta el mar, gradualmente, verbigracia en Atacama.

En el período de la Conquista, destacó, igualmente, con esa significación.

En la Colonia, los ingenios tesoros de Charcas, iban por allí hasta el mar. El Potosí, el gran Chocaya, los Lipes, Oruro, Chayanta, chorreaban de sus ubres opulentas el argento, que sobre el lomo de los “carneros de la tierra” – las llamas- cruzaba todo el ancho de la Altiplanicie y, perforando la Cordillera de la Costa, descendía al mar para ser embarcado hacia España.

Y es muy sabido que en la República ese mismo sector andino fue transitado para la exportación de diversos productos del Macizo, aun los correspondientes a las vertientes atlánticas de la Cordillera Oriental. Así la quina, -que tiene en ellas su tierra de origen- cuyo comercio seguía la ruta del Pacífico, cortando la Altiplanicie y la Cordillera Occidental, como la producción minera que siempre siguió tal rumbo.

En nuestros días, por esas mismas brechas, ya han penetrado a la Altiplanicie dos ferrocarriles del Pacífico: el de Antofagasta, que, entre Ascotán y Ollagüe, atraviesa la Cordillera Occidental, a más de 4,000 metros; y el de Arica, que, venciendo el Tacora (4,000 metros) se vincula a la red ferroviaria altiplánica. Creemos que, en un futuro próximo, penetrarán nuevos ferrocarriles y carreteras, por otros pasos. Tal, entre éstas, la que pondrá en rápido contacto la ciudad de Oruro, en plena meseta, con el puerto de Iquique, sobre el Pacífico.

La Cordillera Oriental

En Bolivia se llama Cordillera Oriental el gran desprendimiento de los Andes continentales que, desde el nudo de Cololo, al norte, hasta el de Lipes, al sur, bordea la Altiplanicie por el oriente, trazando en torno a ella un arco de uno mil kilómetros de longitud.

Es esta cordillera la que mejor tipifica al suelo boliviano, pues, se interna hasta el corazón del país.

La forman enormes eslabones: Cololo, Hankjo-uma, Quimsa-cruz, Asanaques, Frailes, Chichas y Lipes; los cuales, a su vez, tienen ramificaciones secundarias. Pero para destacar lo más notable del conjunto, hemos de dividirla en dos grandes partes: una al norte, que corre desde el nudo de Cololo hasta el de Cochabamba, en dirección sureste, formando el macizo llamado generalmente *Cordillera Real*, y al que denominaremos nosotros *Macizo de Yungas*; otra al sur, desde el nudo de Cochabamba hasta el de Lipes, formando una individualidad geográfica de líneas muy precisas, a la cual, en obras anteriores, hemos dado el nombre de *Macizo de Charcas*.

Estas dos partes son casi iguales en longitud (unos quinientos kilómetros para cada una), pero difieren en cuanto a otras características, muy especialmente la altura y el espesor. La del norte es mucho más elevada, constituyendo un grandioso escuadrón cubierto de nieves eternas, con cumbres muy cercanas a los 7,000 metros sobre el nivel del mar, lo cual hace de este eslabón el más alto de toda América; por ello seguramente desde los tiempos de la Conquista se le bautizó con el nombre de Cordillera Real; de nuestra parte le llamaremos también *Cordillera Blanca*. En cambio, la mitad del sur es, en general, mucho más baja. En ella no se ven picos nevados sino en la sección de los Lipes –Bonete, Morokjo y otros- que no llegan a la altura del Illampu o del Illimani de la Cordillera Real. Mas, si en altura esta mitad es inferior a la septentrional, en espesor es muy superior a ella. En efecto: si ésta tiene una anchura media de trescientos kilómetros, la otra sobrepasa, en general, los seiscientos.

Podemos resumir en una fórmula breve estos caracteres diferenciales: Macizo de Yungas (Cordillera Real, Cordillera Blanca): gran elevación y poco espesor: Macizo de Charcas: menor elevación y mayor espesor.

Y si todavía quisiéramos elegir un signo gráfico familiar para esquematizar tales diferencias, ese podría ser la letra b. La parte superior, delgada, correspondería a la Cordillera Real; la inferior, gruesa, al Macizo de Charcas.

Pasemos a considerar con mayor detalle estas mitades.

EL MACIZO DE YUNGAS

La Cordillera Blanca

En los primeros capítulos de esta obra, consagrados a la Altiplanicie, ya dijimos algo de esta espléndida formación orográfica, digna rival del Himalaya asiático como aquella lo es del Tíbet, pero ciertamente mucho más accesible al viajero.

En efecto: si éste penetra a la Altiplanicie por su más antiguo ferrocarril, el de Antofagasta, y después de tocar Oruro –la urbe clásica de la estepa- sigue al norte, en dirección a La Paz, muy luego, desde las mismas ventanillas del coche, verá en el oriente surgir poco a poco el cuadro gigantesco de la Cordillera Blanca.

Son los picos de Quimsa-cruz que, cuando el tiempo está bueno, destacan nítidamente en el confín distante, sobre el azul intenso de un cielo admirablemente claro. Cuadro blanco y celeste, que dulcifica el aspecto severo de la enorme Altiplanicie, donde corre el tren rápidamente. Y, a poco, el viajero ve asomar tras las más próximas serranías otros picachos, más cercanos y siempre blancos: son ya los de la Cordillera Blanca. Allí está el Illimani, el cóndor blanco, el cóndor luminoso. Illimani, según decíamos, en el idioma primitivo, significa *cóndor resplandeciente*; el terrígena de hace unos diez mil años, creía ver allí un ingente cóndor, cubriendo con sus blancas alas el alma granítica de la montaña. Y en nuestros días, la pluma audaz de Martha Mendoza ha dicho con acento rotundo:

Illimani, foco excelso donde guarda el sol su lumbre y en que un cóndor de airón níveo y anchas garfas fijo está; un gran cóndor hecho piedra y hecho nieve y hecho cumbre, un pájaro titán...

Y después se despliega ante la vista todo el resto de la Cordillera Real. La Altiplanicie está orlada por ella en más de doscientos kilómetros. En su extremo meridional, el más próximo, está el Illimani, que domina, imponente, a sus vecinos; en el extremo distante está un coloso aún mayor: el Illampu. Es el pico más alto de Bolivia. Su nombre también nos habla de luz (*ill*).

Es en este Illampu donde el filólogo boliviano Villamil de Rada sitúa el verdadero Olimpo, el Olimpo andino, del cual sería apenas un esbozo diminuto y algo degenerado el Olimpo griego.

Geológicamente, la Cordillera Blanca está constituida por un plegamiento de la corteza terrestre primordial (precámbrica), sobre la cual, habríanse añadido otras capas de edades posteriores: cámbrica, silúrica, devónica. Su alma es el granito. Granito incrustado de diversos metales intrusivos como el oro y el estaño.

Y es sobre esta colosal formación granítica, y cubriéndola en gran parte, que vemos ese manto de nieve que se ha llamado “eterno”.

Y claro que ante este maravilloso cuadro blanco, el viajero que tenga siquiera algo del alma de un Everest, sentirá una profunda nostalgia: la de las alturas. Y tendrá buenas ganas de escalar esas cumbres excelsas.

Pero como eso es muy difícil, nos contentaremos por nuestra parte, con llevarlo solamente al pie de ellas.

Y es aquí que aparecen los Yungas.

Los Yungas

Los Yungas (comarcas cálidas, valles) forman el sistema territorial intermedio entre las grandes altitudes de la Cordillera Blanca y la llanura beniana que subsigue a sus ramificaciones orientales.

Y pues acabamos de hablar del eslabón de Hankjo-uma, citemos, como parte típica de los Yungas, el sector a él correspondiente: son los denominados *Yungas de La Paz*.

La Cordillera Blanca es, pues, la fachada altiplánica de los Yungas. Detrás de ella descienden éstos en sucesión violenta de valles profundos que finalmente, va a abrirse por el oriente en la planicie amazónica.

Tal es el conjunto geográfico al que hemos llamado *Macizo de Yungas*.

Pero en rigor, los valles de tipo yungueño comienzan ya en la misma vertiente occidental de la Cordillera Blanca. Las aguas de los torrentes, cayendo por millares de años desde aquellas altitudes, que son otros tantos depósitos de nieve, cavaron en su base, entre la cordillera y la meseta, hondísimas cuencas, constituyendo cañones que trazan vastas líneas de circunvalación en torno a los extremos ya nombrados –Illimani e Illampu- del eslabón de Hankjo-uma.

Tal, por el sur, el río de La Paz. Se descuelga de la faz occidental de la Cordillera Blanca (Milluni, Huayna-potosí), pasa por en medio de la ciudad de La Paz, recibe luego el río de Luribay (que corre por otro cañón altiplánico) y otros, y contorneando las faldas del Illimani, se coloca detrás de él para ir a echarse en el Beni con el nombre de Bopi, describiendo así un arco de concavidad superior que abraza el extremo meridional del Hankjo-uma.

E igualmente, por el norte, el río San Cristóbal o Llica: nace en la vertiente altiplánica del Illampu, pasa a la vera de la ciudad de Sorata siguiendo un cañón orlado por los estribos del gigante y por las moles montañosas colosales de Kana, Chuchu-laya y Timusí, contornea al Illampu con el nombre de Consata y poniéndose detrás, con el de Mapiri, se vierte también en el río Beni, trazando otro arco, de concavidad inferior, que circuye al extremo septentrional del Hankjo-uma.

En el espacio comprendido por ambos arcos fluviales se yergue, pues, una masa compacta de montañas cuyos pliegues traseros forman profundas gargantas por donde los ríos se descuelgan como proyectiles. Son torrentes blancos, que desde lejos parecen de nieve. Es por la espuma. Acaso también a ello obedece el nombre indígena de este eslabón: Hankj-uma, que significa *agua blanca*.

A cada lado de los Yungas de La Paz se extienden otros. Por el norte los de Cololo, que luego se dilatan, al oriente, en la inmensidad del territorio de Colonias; y, por el sur, los correspondientes al eslabón de Araca y Quimsa-cruz, que también se continúan con las llanuras amazónicas.

Unos quinientos kilómetros tiene de longitud de Cordillera Blanca. Y en cuanto a su anchura, dicho se está que ella no corresponde ni a la longitud del eslabón ni a la

vertiginosa altitud de su picos. Aquí el contraste. El formidable macizo se agota al cabo de unos trescientos kilómetros de carrera hacia el oriente, tanto que el de Charcas, como decíamos atrás, con ser mucho más bajo, se extiende por más de seiscientos.

Y así se explica que la arquitectura orográfica tenga aquí un tipo más severo y áspero. Dominan las líneas verticales y los trazos agudos. Las montañas caen sobre sus cuencas casi perpendicularmente. Sus ríos están encajados entre masas aplastantes que dan al paisaje un aire rudo y hasta feroz.

La gea

Hemos visto cómo en las cúspides de la Cordillera Blanca domina el granito. Sólo que, según ya lo hacía notar d'Orbigny, hace cien años, no se trata de un granito arcaico, con la misma dureza del que, por ejemplo, aparece en los Alpes y Pirineos de Europa. Aquí el granito es joven y friable, por lo cual los agentes de erosión como la nieve, las lluvias, los torrentes, el viento, operan con más facilidad en su acción destructora, sobre las rocas. Por otra parte, fuera de la faja granítica que forma los ábsides de la cordillera, ya esa estructura geológica no se ve, sino de raro en raro, en la vertiente oriental – verbigracia en Muñecas- del Macizo de Yungas.

El clima

Teniendo el suelo los caracteres que acabamos de indicar, natural es que el clima sufra bruscas variaciones, en relación con aquéllos. Es un clima de saltos, de contrastes, de sorpresas. A algunos pasos del clima frío (*puna*) ya se encuentra el ardiente valle (*yunga*). No hay transiciones. O las hay apenas en una que otra región limitada del Macizo. Sufrimos nosotros, hace algunos años, un confinamiento en un pueblecito agazapado en una de tantas arrugas del Illampu. Abajo, casi verticalmente a un kilómetro, mirábamos correr el río Llica, con un calor africano e hirviente de paludismo; arriba, sobre nuestra cabeza, asomaban los niveo picacho. Y nuestra celda de prisionero antojabásenos un nido de cóndores, columpiando entre dos abismos: el del cielo y el del infierno.

Pero si, en medio de esta gran variabilidad climatérica de los Yungas, se desea encontrar tipos predominantes, para establecer un patrón general, bien puede decirse que éste es un clima húmedo.

Y ello se explica. La enorme altitud de la Cordillera Blanca hace que los vientos alisios, que vienen del oriente, choquen contra las cumbres nevadas, determinando un consecuente exceso de nebulosidad y de lluvias, característico de esta zona. Y de ahí también acaso su contextura especial, peculiarizada por la abundancia de torrentes y la profundidad de sus valles.

La salubridad

Por desgracia, estas mismas características del clima, influyen de modo adverso en la salubridad. Precisamente en los sectores más ubérrimas de los Yungas, reinan diversas enfermedades, como el paludismo, las uncinariasis, ciertas afecciones ulcerosas, el cretinismo, el bocio, la tuberculosis. Verdad es que en este orden tampoco se han hecho todavía obras realmente eficaces para corregir tale defectos. Pero es de esperarse que, pronto, la iniciativa privada y los poderes públicos, procederán de consuno en este orden; y así los hermosos Yungas podrán ser también, en cuanto al factor sanitario, centros de atracción exenta de peligros.

Algunos productos

No es precisamente la riqueza mineral quien tipifica el Macizo de Yungas, como ocurre en el de Charcas; mas, entre otros metales que han sido beneficiados en esta zona, desde tiempos inmemoriales, ocupa un señaladísimo lugar el oro.

Bajo la capa blanca en que están embozadas las montañas, se esconde el amarillo metal. Allí corre el filó que aún no ha sido explotado por el hombre, sino por la naturaleza. Es decir, que, por razón de las múltiples dificultades que se encuentran para escalar aquellas alturas congeladas, la industria humana no ha podido hasta hoy hacer en ellas algo eficiente y visible; sólo han obrado los agentes físicos. Así, las aguas que manan de esas mismas entrañas. Ellas, socavando en la gran dureza del cuarzo aurífero, por millares de años, llegaron a arrancarle las rubias partículas, las pepitas y aun los *charques*, para sembrar con ellos el cauce de los ríos y llevarlos hasta la hoya amazónica y acaso el mar. No es exagerado, pues, decir que casi no hay sitio en esta inmensa formación orográfica que no contenga oro. Los trabajos mineros implantados en diversas regiones del Macizo de Yungas son, en realidad, sólo auríferos, aprovechando el metal ya beneficiado a medias por la naturaleza. La misma toponimia regional está, con frecuencia, indicando su carácter aurífero. Tal sucede con el río de La Paz. Su nombre indígena, Choqueyapu –como el Chuquisaca de Charcas- nos habla del oro. *Chuki-yapu*, significa sementera de oro, nombre por demás sugestivo. Y es que ese río que pasa por la ciudad, viniendo desde las moles del Huayna-potosí, había hecho la siembra áurea en la enorme hoya que ocupa esta urbe boliviana. ⁽¹⁾

Pero mucho más que el oro de sus montañas, el Macizo de Yungas se impone por el otro, eternamente renovado, de su riqueza vegetal. Es tal el número y variedad de sus productos en este orden, que hacer un análisis circunstanciado de ellos nos llevaría muy fuera de límites de estas páginas meramente esquemáticas.

Bástenos citar tal cual ejemplo típico.

El maíz

Así como al hablar de la Altiplanicie decíamos que la *papa* o *patata* es originaria del lago Titicaca, así también podemos afirmar, siguiendo a otros estudiosos, que el maíz, artículo tan valioso y extendido hoy por toda la tierra, es de *origen yungueño*.

Sea como fuere, si nosotros anotamos dicho cereal en este lugar, no es por su gran abundancia en los Yungas, que no se prestan para el cultivo extensivo del maíz: su propia contextura geográfica, en que predominan las laderas fuertemente inclinadas, los valles hondos y angostos, se opone a ello.

En cambio son allí notables la calidad y las numerosas variedades del cereal – productos de selección- ya conocidas desde un antaño inmemorial, y muchas de los cuales más bien han desaparecido. En este sentido, también la toponimia, como en el

(1) Verdad es que pronunciando *chojke* es vez de *chukí*, resulta papa y no oro. De suerte que *chojke-yapu* significaría sementera de papas. Pero nosotros preferimos quedarnos con oro. O, si acaso, trataríase de papas de oro. O de pepas.

Y en este punto podemos decir mucho.

Sabido es que el siglo XVII un indígena recogió de la hoya de La Paz una pepa de oro de cerca de cincuenta libras de peso, que fue enviada al rey de España. Hace pocos años se encontró otra de doscientas veinte onzas. Y, en estos mismos días, sabemos de otra, también de gran tamaño, vendida apenas en uno ocho mil pesos, pues dado el alto precio actual del oro, podía costar mucho más.

No hay, pues duda. La hoya de La Paz es, realmente, una sementera de oro.

caso de oro, nos revela el especial carácter de algunas regiones. Villamil de Rada, a quien ya citamos y seguiremos citando con frecuencia, por ser una autoridad de cuenta en esta materia, hablando de Sorata, ciudad antiquísima situada a los pies del Illampu, nos dice que su nombre, etimológicamente, viene de *sahar-hata*, que significaría semilla de maíz. En los mismos idiomas indígenas subsistentes, calificados como primordiales, y aun anteriores al sánscrito, por ciertos filólogos, *sara* quiere decir maíz.

Allí, en el asiento de esta bella ciudad de Sorata, verá el viajero, en la época propicia, los sonoros maizales escalando los tramos que ofrece el coloso a sus plantas, en abigarrada variedad. Allí está el noble cereal que da todo su ser al hombre: ya el grano para el diario yantar; estas mismas, con sus hojas secas, para alimento del ganado.

Ni olvidemos en este punto otro de los usos del maíz, que aun cuando no sea precisamente del gusto del turista novato, servirá, por lo menos, para ilustrarla en ciertas cosas que dicen mucho del espíritu perspicuo de los primitivos.

Del maíz reducido a harina se hace en Bolivia el *muku*, pasta en cuya fabricación interviene como factor importante la saliva humana en determinadas condiciones. Y del *muku* se hace la chicha (*akja*), bebida alcohólica de enorme consumo en el país. Claro es que el singular procedimiento de elaboración del *muku*, impregnando la harina con saliva en la misma boca, para secarla luego al sol y fabricar la rubia chicha, es repulsivo, aun para los bebedores; mas también es verdad que con un tal mecanismo en el *modus faciendi* se confiere a aquélla las especiales propiedades de fermentación y gusto que le dan una deo peculiar; y lo notable es que la inteligencia simplista de sus inventores hubiese llegado a un tal resultado.

La coca

La coca es entre los innúmeros recursos vegetales de los Yungas, uno que podemos considerar como arquetipo.

No sabemos si esta admirable planta es también originaria de esta tierra. Seguramente. Pero aunque no lo fuese, lo evidente es que la coca de Yungas –sobre todo la de cierto Yungas (Sur Yungas) de La Paz- no tiene rival por sus cualidades específicas, dentro del mismo territorio boliviano.

Ello está ligado, naturalmente, a las condiciones propias de la región: tierra, aire, sol, humedad. Es por eso que en Bolivia la coca de Yungas constituye, desde antaño, uno de los recursos más preciados en la economía regional y aun en la nacional. Su comercio continúa firme, pues está asegurado el consumidor –el indio-. Y en cuanto al comercio exterior, no obstante las lógicas fluctuaciones que, alguna vez, sufre, prosigue también activamente, ya por la calidad superior del producto yungueño o porque la ciencia continúa encontrando nuevas virtudes en esa hoja providencial, que con solo cocaína –sin contar otros alcaloides que de ella pueden extraerse- llegó a ocupar un lugar de primer orden en la terapéutica.

Algún observador superficial ha dicho en Bolivia que la coca, junto con el alcohol, constituye un terrible elemento degenerativo para el indio. Creemos que esta es una exageración. En tesis general, el abuso de cualquier recurso útil es perjudicial para el hombre. Pero sucede que el indio no puede abusar de la coca por la sencilla razón de que le faltan medios para adquirirla en cantidades que hagan posible tal abuso; y lo propio podemos decir del alcohol. Cierto que hay casos del indio vicioso, sobre todo tratándose del indio adherido a la ciudad, -el *aparapita*⁽¹⁾- pero ellos mismos constituyen una

(1) Mozo de cordel

excepción. Y en cuanto a las fiestas en que el indio, a ejemplo del blanco, vuelca a su estómago valientes cantidades del alcohol, tampoco ellas quebrantan la regla general.

Por lo demás, nosotros que hemos realizado con la coca observaciones personales, y separándonos un tanto de los libros de terapéutica, en que se pueden ver las descripciones clásicas sobre ella, diremos lo siguiente:

La coca ejerce sobre el organismo una triple acción: física, moral e intelectual.

En el primer aspecto, la coca es ciertamente un agente de refuerzo orgánico y, al propio tiempo, atenuante del hambre. Por ello el indio, ingiriendo, de vez en vez, un poco de coca, puede realizar travesías increíbles por los pasos más difíciles de la cordillera, sin que para eso el ayuno sea un obstáculo. Durante la guerra de 1879 con Chile, unos soldados conducidos desde la Altiplanicie a las orillas del Pacífico, debieron regresar después de la dispersión de San Francisco, a sus lejanos lares. Era un grupo de cinco o seis. Empezaron el regreso. Escalaron la Cordillera Occidental y atravesaron los abrumadores páramos circundantes, sosteniéndose apenas con pequeños puñados de coca; y, después de varios días en que no habían probado otro alimento, llegaron a un rancho donde pudieron reparar sus fuerzas y seguir su caminata de más de quinientos kilómetros.

Y así como la coca produce una anestesia física, produce también una anestesia moral. La cual explica mejor el concepto de los medicamentos llamados “de ahorro”, aplicado a la coca, en atención a sus propiedades meramente físicas. La coca es también un *remedio moral* –aunque parezca paradójica la expresión-. El indio encuentra en ella un lenitivo de su pena secular. No anula –como el opio o el *haschish*- la personalidad ética. No es un estupefaciente. Es un arma poderosa de sostén; una fuerza. Y representa por ello uno de los beneficios mejores que el indio, hoy esclavizado, pudo recibir de sus antecesores.

Y vayamos a la coca –estimulante intelectual. La coca lo es, seguramente. Y aquí lo antitético. Pues si es tan grande el poder anestésico de la coca, era de lógica simple juzgar que en vez de activar el funcionamiento intelectual, lo llevase más bien a la obnubilación. Y no es así. La coca, en dosis moderada, refuerza, aviva, despeja la mente. Despierta aun el cerebro adormecido. El que esto escribe puede, a este propósito, citar los siguientes casos de experiencia personal: De niño, ya escolar, era muy perezoso en sus estudios. Y los apuros eran al llegar los exámenes. Había que pasar buenas horas de la noche en vigilia. Y el colegial se dormía con el libro ante los ojos. Entonces, un amigo aconsejóle masticar coca para vencer el sueño. Hubo de hacerlo, no obstante la repugnancia que le causaba el amargo sabor de las verdes hojas. Y aquello, sí, fue un remedio magnífico. La coca salvó más de una vez al pequeño escolar en los exámenes.

Y después, cuando vinieron los viajes incontables, las expediciones lejanas, la coca volvió a ser para el antiguo colegial, un amigo salvador. Cruzando alguna vez en marchas nocturnas, las desaladas altitudes andinas, bordeando insondables precipicios, con el riesgo de caer, vencido por el sueño, desde el lomo del caballo tomada un puñado de hojas de coca; y aquí también la transformación sorprendente. Despabilado el cerebro, podía el viajero vencer, aun en noches seguidas, las dificultades de aquellas largas y penosas travesías.

Y nada diremos del influjo de la coca en otros campos del dominio intelectual. Pero aun a los poetas aconsejaríamos nosotros tomar a veces un poco de coca. Acaso sentirían así venir a ellos, con más solicitud, la musa divina, que no siempre se da a cada quien...

¿Y qué decir de los turistas? Ya lo íbamos insinuando: en las pesadas marcha a través de las cordilleras gélidas, sufriendo acaso el mal de las montañas –que no se aleja mucho del mal de mar- la coca es ciertamente un recurso eficaz para el viajero.

La quina

El árbol de la quina se da hoy profusamente en otros países –tal la India inglesa, antípoda del Macizo de Yungas, donde la iniciativa británica ha realizado plantaciones sistemáticas de este vegetal-. Pero tampoco, no obstante las facilidades que tiene en este orden la técnica científica, se ha podido superar la calidad que ofrece la planta en sus tierras de origen, al trasladarla a otro ambiente. Y es que para lograr ese resultado había que trasladar además el sol, el terreno y las otras condiciones meteorológicas regionales.

En los Yungas, a pesar de hallarse el árbol de la quina –que otrora dio lugar a un activo comercio- sólo en estado silvestre y de haberse ya agotado inmensas cantidades, por la imprevisión de los extractores, -se dan todavía diversas variedades, acusando siempre óptimas virtudes, muy particularmente en las regiones que se extienden al oriente del Illampu, entre el río Mapiri y Zongo. Puede decirse que allí el árbol crece a la vista del hombre: tal es la feracidad de aquella tierra.

Y señalaremos también a este propósito un hecho curioso. Justamente en las zonas donde el paludismo se hace más temible, como en la del Mapiri, se dan también las mejores variedades de la quina. No parece sino que la Naturaleza hubiera puesto junto al mal el remedio providencial. Pero el hombre no sabe, o, no puede aprovechar debidamente estas ventajas. La industria química está abandonada. El propio habitante de aquellas regiones, por otros conceptos paradisíacas, muere cada día víctima del anofelo, teniendo a la mano el árbol benéfico. Es ésta una de esas *paradojas bolivianas* de que nos hemos ocupado en otros libros.

En un reciente estudio nuestro, de carácter médico –*El Paludismo en Bolivia*- hemos propuesto la idea de establecer en la región yungueña, señalando concretamente la ciudad de Sorata, una fábrica de productos químicos que tendría, fuera del aliciente de la exportación, el principal consumidor dentro del propio país. Hay que esperar que se lleve pronto al terreno práctico esta iniciativa.

Y basta. Con los simples enunciados anteriores sobre los productos vegetales más caracterizados de los Yungas, creemos haber dado al viajero una idea aproximada de ellos, dispensándonos de meticulosas descripciones, que no encajan en el plan del presente libro.

Por lo demás, el turista podrá juzgar por sí mismo de la bondad de otros artículos de los Yungas. Tal será con los mismos productos de aclimatación, que allí encontraron condiciones excepcionales para su desarrollo y mejoramiento. Así, algunas frutas que el viajero podrá hallar en su mesa de hotel: las suaves bananas, las limas del tamaño descomunal, las sabrosísimas paltas, las jugosas naranjas, las peras y peramotas, el ananá, las uvas, la *papaya*, la *chirimoya*... Y en la hora del café, otro producto importado a Yungas, como el microbio a su caldo de cultivo-, el viajero, más aún si es un sibarita del negro néctar, podrá verificar que el buen café yungueño puede muy bien rivalizar con el mejor Moka.

La fauna

La fauna del Macizo de Yungas está en estrecha relación con las características regionales que como hemos visto, varían rápidamente, conforme se desciende desde las grandes alturas a las ramificaciones cordilleranas orientales.

Así, en aquéllas volvemos a ver los ejemplares típicos que señalábamos al hablar de la Altiplanicie –el cóndor, la vicuña, la llama-.

El cóndor –ya lo sabemos- es un habitante de las cumbres. Aquí, es el solo dominador de la Cordillera Blanca. Es el viajero etéreo entre ellas y las nubes; pero que desciende también a los profundos valles en busca de la presa. Quizás por este carácter señero figura tan profusamente en el mito indígena. Al lado del hombre prehistórico aparece él también, grabado en los bloques pétreos cubiertos por el moho de cien siglos.

Y después del cóndor, vemos al puma.

Lo que significa que hemos descendido ya bastante en el gran Macizo de Yungas.

El hombre primitivo al asociar en sus ideografías el cóndor y el puma, trató seguramente de significar un estrecho ligamen, ya entonces existente, entre las respectivas regiones geográficas, de características tan opuestas. Y así se comprende que todo el Macizo de Yungas, con más las tierras lejanas que siguen sus faldas –habitat genuino del puma- quedase incluso en el gran estado cuya orbe metropolitana político-religiosa, fue Tihuanacu.

Hoy mismo, el puma todavía ambula en las tierra lindantes entre la Altiplanicie y los valles yungueños. Nosotros lo hemos visto en el Illampu, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Y sabemos que alguna vez se lo ha encontrado en plena Altiplanicie. Se trataba acaso de ejemplares desplazados de su nativo lar por factores desconocidos.

El puma, pues, al igual que el cóndor, viene a ser un animal simbólico.

Y entiéndase que cuando decimos *puma*, nos referimos también a las otras variedades del felino, que tienen en el Macizo de Yungas un área enorme de dispersión.

El ancestro

En tiempos pretéritos, perdidos en la lejanía de muchos milenios, una raza fuerte e inteligente alentó entre los relieves de la Cordillera Real que forman el Macizo de Yungas.

Villamil de Rada, insigne varón que fundándose en argumentos lingüísticos, geográficos e incluso geológicos, ha hecho, como dijimos atrás, del Illampu, el Olimpo primordial, llegó, de igual suerte, a situar nada menos que el Edén bíblico en el andén illámpico, que sirve de asiento, actualmente a la ciudad de Sorata que hemos nombrado ya varias veces.

La amenidad del lugar, el hecho de estar encajonado entre altas montañas –como lo quieren para el Edén las viejas leyendas-, su aire tibio y suave, sus aguas clarísimas, su cielo radiante y el panorama grandioso que desde allí ofrece el gigante, a manera de una escala –sería la de Jacob- tendida entre la tierra y el cielo, todo esto (sin olvidar tampoco el acendrado amor de Villamil al terruño, ya que había nacido justamente en Sorata) llevaron al políglota a tal concepción.

Por nuestra parte, sin dejarnos arrastrar, ni con mucho, por estas edénicas ideas del incorregible globe-trotter, hallamos que, en verdad, esa zona ofrece lugares paradisiacos, en el mismo cañón donde está Sorata, o en la serie de lujuriosos valles que, en cinta encarrujada, continúan adelante, rodeando las faldas del Illampu.

Por eso mismo, cuando sufrimos el susodicho confinamiento en uno de los pueblecitos perdidos entre los pliegues de esa cinta, decíamos, a quienes nos compadecían, que habíamos sido “desterrados al paraíso”...

Verdad también que en tal paraíso con frecuencia pobres seres, minados por diversos males. Abundan sobre todo los cretinos. Diríase –siguiendo la leyenda bíblica- que allí se muestra, redivivo, el castigo divino contra los hijos del venerable Adán, por haber éste atrevídose a comer un día de la sabrosa fruta del árbol del bien y de mal.

Los indígenas que actualmente pueblan los contrafuertes del Macizo de Yungas pertenecen, casi en su totalidad, a la raza aymara. No es seguramente ya la primitiva, sino una superposición, hace algunos millares de años, de una fuerte raza de tipo mongoloideo sobre otra anterior, que habría sido la constructora de Tihuanacu en la Altiplanicie, y que acabó por ser englobada en la avalancha étnica invasora, no sin haberla hecho adoptar muchos de los usos de su superior cultura. Tales: la técnica de ciertos cultivos altiplánicos o cordilleranos, como los antes nombrados de la quinua, la patata, el maíz, la coca; la cría de animales –llama, alpaca-; diversos ritos religiosos y modalidades sociales, como la de los *collanas*; y, en fin, el idioma, con el cual, muchas veces, el vencido suele imponerse al vencedor, comunicándole, en el curso del tiempo, su propia alma –el alma de la raza- que ha sabido dar a la lengua un especial carácter. Así ha subsistido hasta hoy ese idioma. Y como, a pesar de las tremendas catástrofes geológicas sobrevenidas en el planeta, permanece enhiesta la gran cordillera –la Cordillera Blanca- formando el muro colosal del Macizo de Yungas, asimismo, no obstante otras catástrofes humanas que se han producido en la meseta andina, dando fin con diversos tipos de evolución social, sobrevive el tronco de la lengua original fuente prístina que sirvió de escuela magnífica para enseñar a las generaciones que se iban sucediendo, las virtudes admirable –físicas y morales- que llegaron a poseer los antepasados. Si el viajero, al contemplar los picachos blancos de la Cordillera Real, piensa que ellos fueron ya interrogados, hace muchos miles de años, por hombres que sabían vibrar con las hondas sugerencias que despiertan, -de igual modo al escuchar la extraña parla de un grupo de indios que pasa a su lado, debe pensar que ellos hablan una lengua altísima –una lengua cumbre- con la cual el hombre primitivo expresara sus ideas y sentimientos, y que hoy permanece todavía viva y fuerte, cuando otros idiomas posteriores, como el sánscrito o el latín, ya sólo se cuentan en la lista de las lenguas muertas.

Caminos

Hoy, por desgracia, ocurre que el Macizo de Yungas no da de sí toda la suma de provecho que bien pudiera, conocidas sus grandes posibilidades para la vida y desarrollo humanos.

Y una de las principales causas que median para ello es la falta de buenas vías de comunicación.

La yerma Altiplanicie, que fácilmente podría alimentarse con los productos de los opulentos Yungas que están a su vera, tiene que hacerlo con otros, venidos de países lejanos salvando millares de kilómetros a través del mar.

Tal es el caso de las ciudades de La Paz y Oruro, las mayores de Bolivia, respecto a diversos artículos de uso inmediato, como el azúcar, la harina de trigo, las maderas, el arroz, medicamentos como la cocaína y la quina, cuerpos grasos como la manteca y, en fin, la carne misma de vaca.

Todo esto se podría traer en solo días, y aun en horas, de los Yungas, a contar con los necesarios caminos –ferro-vías y carreteras- los cuales, además, promoverían en aquellos riquísimos territorios una era de verdadera transformación industrial y comercial.

Infortunadamente, la misma Cordillera Blanca, que admirábamos tanto desde la Altiplanicie, tiene en mucho la culpa de semejante situación. Ella es una muralla difícil de perforar. Está cerrando el paso a las zonas ubérrimas que se hallan detrás.

Fue así que fracasaron, en los primeros tiempos de la Conquista hispánica –pronto hará cuatrocientos años-, las temerarias expediciones de Candia y Anzúez que pretendían “romper” la cordillera para llevar su fuerte aliento hasta las tierras del enigmático Mojos, allí donde creían que estaba el áureo país de Enin, El Dorado o Paitití. La rompieron, en verdad, pero a costa de tales trabajos, que pronto debieron volver, vencidos y exhaustos.

De ahí que sin exageración pueda afirmarse que los soldados que, en nuestros días, se descolgaron repetidamente desde la Altiplanicie al Territorio de Colonias, atravesando la Cordillera Blanca junto al Illampu, con ocasión de los conflictos con el Brasil, en el Acre, realizaban un real prodigio de energía física y moral en esas campañas que hoy se conocen en la historia con el nombre de *campañas del Acre*.

Mas, tales ejemplos de indómita audacia desde el punto de vista de una guerra, no significan la solución de un problema gravísimo en la paz. Bolivia necesita vencer ya las montañas de la Cordillera Blanca por medio de la carretera y el riel. Este es un integral de articulación interna, que se debe realizar para poder consolidar la verdadera nacionalidad.

Por suerte, se nota el presente en este orden mayor actividad que en tiempos atrás; bien es verdad que sin una muy segura orientación. Un ferrocarril que, desde hace años, construye el gobierno boliviano de La Paz a los Yungas, ha quedado apenas a unos cincuenta kilómetros de su punto de partida, muy distante aún del eje mismo de la Cordillera Blanca. Los trabajos de una carretera en igual dirección van con más empeño, impulsados sobre todo por la iniciativa particular. La *Sociedad de Propietarios de Yungas* muestra gran tesón para llenar ese objetivo. Hay que esperar que pronto esa carretera, superando las dificultades que opone la Cordillera Real, habrá llegado a uno de los sectores más interesantes de los Yungas de La Paz, allí donde ya alientan con vigorosa vida pueblos como Chulumani, Coroico y otros.⁽¹⁾

Y anotamos igualmente, para ilustración del viajero que tratase de escalar el Macizo Boliviano desde el Pacífico, que también ya existe desde hace años una carretera de La Paz a Sorata, el emplazamiento edénico de Villamil de Rada.

Asciende ella desde la profunda hoya en que palpita la mayor ciudad boliviana, hasta la Altiplanicie. Corre por ésta hacia el norte, por más de cien kilómetros, dentro de un cuadro no precisamente alpestre, como alguien dijera, sino típicamente andino. El viajero que ha llegado desde La Paz al borde altiplánico contemplará el paisaje que ya conocemos. A su frente, la estepa; a su derecha, la estepa; a su izquierda, la estepa. Es la monotonía hecha tierra. Una monotonía que según la complexión del turista, le pesará como una lápida aplastante o lo elevará más bien a ideas altísimas y abiertas. Y más aún ante el cuadro que, en el confín de la Altiplanicie, se va mostrando, hacia el oriente. Allí está la Cordillera Blanca. Nos vamos acercando a su extremo septentrional, donde se alza un coloso, más formidable que el Illimani y que ya hemos nombrado muchas veces: el Illampu. Y prosigue el viajero. A su izquierda se muestra otra nota, ya no blanca sino azul, -una faja azul a flor de tierra-. Es el Titicaca donde algún indio en su barca de totora está

(1) Hace poco que ya es una realidad esa carretera.

pescando la sabrosa *orestias*. Pasan los pueblos lacustres de Pucarani, Laja, Achacachi. Y sigue la estepa. El gigante del sur –el Illimani- se ha empequeñecido. En cambio el del norte –el Illampu- ya está desmesuradamente grande. El viajero se siente como si fuese a volar. El “auto” asciende por una gruesa corrugación de la Altiplanicie. Es *La Cumbre*. Está en borde mismo del zócalo de la meseta, desde el cual la carretera desciende al valle de Sorata. Es un descenso de unos treinta kilómetros. La carretera culebrea trazando enormes *zig-zag*. Desapareció ya el escuadrón de níveos picachos, pero, de momento a momento, en una vuelta del camino, se encuentra el viajero diríamos cara a cara con el supremo capitán: el Illampu. El viajero ya está lleno del Illampu. Pero sus ojos, bajando desde tales alturas miran en el fondo las curvas del camino que se descuelga en líneas mareantes, y siente un poco de miedo. Diríase que está cayendo en un abismo sin fin.

Y sin embargo está descendiendo al paraíso perdido por nuestro padre Adán y encontrado otra vez por el simpático Villamil.

Y si desde Sorata, que está a poco más de 2,600 metros sobre el nivel del mar, seguimos por las vertientes orientales de la Cordillera Blanca, nos hallaremos pronto entre el conjunto laberíntico de sus ramificaciones trasandinas. Un mar de montañas vestidas, hasta sus cumbres, de vegetación lujuriosa estará días ante nuestros ojos. Ya no más la desnudez tremenda del paisaje altiplánico. Estamos al otro lado de la Cordillera Blanca; y sí antes la veíamos bordeando la Altiplanicie, cada vez más próxima, ahora al alejarnos al oriente, la seguimos viendo por sus vertientes atlánticas, cada vez más remotas.

Y henos así en sus postreras estribaciones, desde las cuales veremos abrirse hacia el oriente el océano verde de la Amazonía boliviana que se dilata hasta el Brasil. Nuevo paisaje, pleno de grandeza indescriptible. Ambulando entre las misiones de Tumupasa y San José, ya cerca al Beni, pudimos admirarlo. Habíamos dejado, hacía poco, la ilimitada alti-llanura sin un árbol. Ahora estábamos ante otra llanura inmensa, en que el árbol es el supremo señor. Millones de gigantes embozados en sus clámides verdes se sucedían sin término, hasta cerrar el remoto horizonte. Y allí, emergiendo del piélago esmeráldico, veíamos, en las mañanas límpidas, el disco solar, que se nos antojaba de un tamaño prodigioso. Un globo de fuego infundiendo a la selva dormida frescos hálitos de vida y poder. Dijérase la misma hostia jesucristiana alzada por manos invisibles desde la copa colmada de néctar milagroso, para dar a todos los seres la carne de la vida universal. Un hondo sentimiento, preñado del misticismo de un cenobita, se trasfundía a nuestro organismo joven. Y tornábamos entonces a pensar en los antecesores, aquellos enigmáticos seres que impelidos acaso por ese mismo sentimiento heliolátrico, descendieron desde la Altiplanicie, por las vertientes de la Cordillera Real, hasta las remotas playas amazónicas llevando a ellas su luminosa cultura.

EL MACIZO DE CHARCAS

Hemos dividido la Cordillera Oriental en dos partes –septentrional y austral- comparando el todo a una letra b, cuya parte superior y delgada representaría el Macizo de Yungas, y la inferior y gruesa, el Macizo de Charcas. Vamos ahora a ocuparnos de éste.

Al segmento de la Cordillera Oriental comprendido entre el nudo de Cochabamba y el de Lipes –desde los cuales aquélla emite los ramales Cochabamba y Lipes-Tarija, respectivamente-, siguen otras formaciones orográficas, más o menos paralelas a él, escalonadas en sentido descendente, hacia el levante, hasta encontrar la gran planicie amazónica y platense. En trazos esquemáticos, siguiendo esa dirección, podemos individualizar las cinco cordilleras siguientes: en el borde altiplánico, la de *Lipes* prolongada al norte por los Frailes y Asanaques; luego, la de *Chichas*, con el brazo Chorolque-Tasna-Ubina; la de *Caipa* y *Liqui*, con los de Andacava y Wara-wara; la de *Tacsara*, con los de Tarachaca y Sombreros; y, en fin, la de *Caiza*, con los Aguarañe, Incahuasi, Vallegrande.

Queda así formada una gran montañosa, de seiscientos kilómetros de ancho, con los siguientes contornos: por el norte, el ramal Cochabamba-Vallegrande; por el sur, el de Lipes-Tarija; por el occidente, los eslabones de Asanaques, Frailes, Lipes, Chichas; por el oriente, la Cordillera de Caiza, con los suyos de Aguarañe, Charagua, Vallegrande.

Tal es el edificio orográfico andino al que hemos denominado *Macizo de Charcas*.

Geológicamente, pertenece al sistema que Bonarelli ha propuesto llamar *subandino*. Ya no presenta las formaciones graníticas de la Cordillera Blanca. En su estructura dominan las pizarras paleozoicas (silurianas y los estratos devónicos, levantados por el tectonismo terciario, constituyendo lo que el mismo autor llama *un paisaje juvenil*.

Geográficamente, caracterizan al Macizo de Charcas su posición central en el territorio boliviano y, según ya lo hicimos notar, su enorme ensanchamiento: es el eslabón más grueso entre los demás de la cordillera continental. Basta una ojeada al mapa para advertirlo. Además, en el aspecto hidrográfico, representa una colosal cisterna de donde se distribuye las aguas de los mayores ríos de nuestra América –el Amazonas y el Plata: en su seno nacen casi juntos en los Asanaques y Frailes, respectivamente, el Río Grande que es el mayor de Bolivia y se echa en la hoya amazónica; y el Pilcomayo que va al Río de la Plata.

Pero es, sobre todo, en la topografía que resalta más la significación del Macizo de Charcas. Al ganar él en anchura ha perdido en altitud. En su borde altiplánico no presenta moles como el Illimani o un Illampu que, con las otras intermedias, forman ese “muro blanco” casi infranqueable que decíamos. Las montañas aquí más bien se tienden. A los relieves agudos y rígidos suceden otros, suaves. La línea vertical deja el campo a la curva y horizontal. No hay saltos tan terribles como en el Macizo de Yungas. Por eso, en otros libros, hemos dicho que el Macizo de Charcas es *una escalinata de tramos bajos y tendidos*.

Y de aquí las correspondientes consecuencias en la climatología, producción y sociología.

El clima

Siendo el Macizo de Charcas una sucesión de cordilleras y terrazas que, en forma gradual, se escalonan desde el borde altiplánico, a más de cuatro mil metros de altitud, hasta la hoya platense, a menos de mil, un descenso de más de seiscientos kilómetros. – ya se comprende que a tal configuración debe corresponder una particular gama climatológica.

Así es, efectivamente. Desde el clima de la puna brava, en lo más alto del Macizo, hasta el abrasante del llano que sigue a sus pies, se recorren todas las formas intermediarias. De suerte que existen fajas climatológicas genéricas, correspondientes a las cordilleras que hemos señalado, y a las altiplanicies interpuestas entre ellas. Mas, conviene tener siempre en cuenta las numerosas derivaciones montañosas que a veces contradicen la regla general: los valles profundos fraguados por los ríos, aun en las partes elevadas del Macizo; las grandes alturas de montes y sierras que están en las partes bajas; la orientación de diversos lugares y sus condiciones telúricas, -todo lo cual, dentro de la unidad general de cada faja fundamental, crea la variedad de tipos climáticos.

El clima del Macizo de Charcas, en lo que tiene de genérico, se distingue del correspondiente al Macizo de Yungas, por su sequedad. Elemento que, a su vez, influye en la luminosidad. Lugares hay donde ambos caracteres llegan al extremo, por ejemplo en la ciudad de Sucre, seguramente las más luminosas de Bolivia. Allí las personas no acostumbradas a una luminosidad tan intensa, quedan deslumbradas. Y ella, con la sequedad atmosférica y sus proyecciones en otros órdenes meteorológicos, como el índice eléctrico, repercute en el mismo temperamento de sus habitantes.

Si tomamos como puntos típicos en cada uno de los Macizos de la Cordillera Oriental, las poblaciones de Sorata (Macizo de Yungas) y Sucre (Macizo de Charcas), observaremos que no obstante de estar situados casi a la misma altura (más de 2,600 y 2,800 metros respectivamente), tienen climas diferentes. Sorata es de ambiente más húmedo y cálido que el de Sucre y de atmósfera menos límpida, por consiguiente. Así lo dispone el gigante que se alza a sí vera. Recostado el pueblo justamente en uno de los estribos orientales del Illampu –el Olimpo aymara- y encajonado entre elevadas serranías, ensambla mejor con el concepto paradisiaco de las leyendas edénicas. Sucre, en cambio al pie de sus pequeños cerros Churuquilla y Sicasica, en una cuenca elevada y descubierta, no se presta mucho a tal concepto. Su clima tiene más bien algo de rebelde y satánico. Como que debió de influir no poco en aquel célebre levantamiento del 25 de mayo de 1809, que lanzó a toda la América a una cruenta guerra.

La faja minera

Bordeando la Altiplanicie, con Chayanta al norte, Huanchaca al centro y al sur los Lipes, aparece la faja de la plata, que se ensancha hasta abarcar la siguiente cordillera, la segunda nuestro esquema, donde se yerguen: el legendario Potosí al centro, el macizo argéntico de Colquechaca (*kjollkje-chaka*: puente de plata) al norte, y las ricas minas de Chichas (Portugalete, Chocaya) al sur.

Esta faja fue ya explotada, desde antiguo, por los autóctonos, y atrajo, más que todas las demás, a los conquistadores españoles. Sabido es que los que vinieron por el Atlántico con don Pedro de Mendoza, aun sin conocer estas tierras las llamaron la *sierra de la plata*, pues su deslumbrante fama había llegado hasta los nativos del Brasil y del Paraguay. Y cuando se dio el nombre de *Río de la Plata* al que hasta entonces fuera *río de Solís*, no se hacía sino ampliar el mismo concepto. El instinto de los buscadores del

blanco metal hacía brotar esas denominaciones. No hay sino que fijarse en que a aquel río va a desembocar el Pilcomayo, nacido en el corazón de la Sierra de la Plata (Potosí, Malmisa, Chayanta). En la etapa de la Colonia, esta misma faja dio a España más plata que todo el resto de sus provincias de la América del Sur. Y, en la República, ha significado tanto para Bolivia, que D. Daniel Sánchez Bustamante pudo decir, refiriéndose a Colquechaca, que “salvó a Bolivia en la guerra del Pacífico”.

Junto a la faja de la plata, está la del estaño. El estaño, más aún que la plata, fue buscado por los primitivos para hacer esas aleaciones que asombran a los investigadores. Hoy ha destronado a la plata, como decíamos en las primeras páginas, y constituye el eje económico y político de Bolivia. Y son tan ricos los yacimientos estañíferos del Macizo de Charcas, que el cerro de Uncía y Llallagua, por sí solo, representa más que la gran zona de la península Malaya y los Estrechos. Es la riqueza vertical que triunfa sobre la horizontal. De esta suerte, Bolivia ocupa el segundo lugar en la producción mundial de estaño, lo que es mucho decir tratándose de un país cuya técnica industrial es aún muy deficiente.

Y mencionemos también el oro. Sólo que ese oro no puede ser hasta hoy debidamente explotado, por la carencia de capitales. Acabamos de comprobarlo recorriendo una de las zonas auríferas más ricas del Macizo de Charcas. Cerca al mismo cerro estañífero de Llallagua que acabamos de nombrar están las tierras de Hankjo-laime (*kankjo-laime*: piedra blanca; es una región abundante en rocas cuarzosas auríferas), *Chuqui-uta*: casa de oro), Taconi, desbordantes del amarillo metal. Lugares hay donde puede uno decir que está andando sobre suelos propiamente áureos; y que debe de manantiales áureos, como el de Chacori (*Hanhjo-laime*) cuyo mismo nombre evoca el oro ⁽¹⁾; y que se baña en termas también áureas, pues sus aguas contienen oro en estado químico, invisible. Pues bien: o no existe la explotación aurífera en tales regiones o se halla apenas en estado rudimentario. Ambulando por los cañones de Chuki-uta y Hankjo-laime, apenas solíamos nosotros encontrar algún solitario indígena con su *chúa* (plato hondo de barro), probando fortuna. Sabido es, por otra parte, que el antimonio, que existe en grandes yacimiento en la misma región, contiene también oro en diversas proporciones.

En realidad, pues esta tierra está todavía esperando a los hombres emprendedores y debidamente munidos de recursos que inicien en ella una explotación científica, que daría inesperados provechos.

En el pasado, se explotó allí el oro desde las épocas prehispanicas y aun preincaicas. Hoy, todavía, en diversas partes, por ejemplo, en Taconi, quedan las huellas de esos trabajos; y los mineros suelen encontrar, en veces, laminillas áureas que bien demuestran que la industria del oro llegó a un grado muy alto de progreso entre los primitivos.

Si, como hemos dicho, el cerro más rico de estaño en el mundo es el de Llallagua, hay otro, en las tierras meridionales del Macizo de Charcas que, según algún técnico, es el más rico en bismuto: el Tasna. Bien es verdad que hoy este metal se halla desvalorizado, lo cual ha traído cierta decadencia en su explotación; pero no hay duda de que volverá en el futuro su auge, en atención a sus múltiples aplicaciones, incluso en la medicina.

Pero el Tasna no sólo contiene bismuto. Nosotros, caminando sobre su cumbre, que es a la manera del lomo de un gigantesco paquidermo, bien podíamos notar, aun al ras de la tierra, o mejor entre las fonolitas que resonaban metálicamente bajo nuestras plantas, afloramientos de cobre, de wólfram y otros metales.

⁽¹⁾ *Khori*: oro, en aymara.

El Tasna está, pues, a su vez aguardando su hora, para colmar con sus riquezas a los buscadores de tesoros.

Y lo mismo podemos decir del Chorolque, cuyo nombre quechua está sonando a plata (*ch'uru-hjollkje*: caracol de plata). Un día, hallándose también en su nevada testa, a más de 5,600 metros de altitud, uno de nuestros acompañantes –minero- decíanos entusiasta:

-Este Chorolque al que acabamos de trepar, ha sido estudiado en Londres como ningún otro cerro de Bolivia. No sólo tiene plata. Tiene también estaño, que es lo que hoy se le extrae. Y tiene bismuto, del que nadie hace caso. Y tiene cobre; ya le daré uno charques. Y tiene oro. Y tiene wólfram. Y tiene plomo...

-Y lo que más tiene, según se ve, es nieve –interrumpimos.

No se inmutó el minero; más bien prosiguió, cachazudo:

-Justamente, esta nieve nos va ocultando muchas otras riquezas. El Chorolque es un antiguo volcán; y naturalmente los tesoros que tiene vinieron desde muy adentro.

Y los ojos de nuestro interlocutor chispeaban con fulgor que, usando términos mineros, bien pudiéramos llamar plutónico o volcánico...

La faja agrícola

A la faja minera de nuestro esquema sigue la faja agrícola. Y en ella se van escalonando, sucesivamente, variados productos. No los enumeraremos separadamente. Bástenos citar dos cereales: el trigo y el maíz.

Ya en algún otro escrito hacíamos nota que la zona triguera por excelencia abarca en Bolivia las cordilleras de Liqui y Tacsara, tercera y cuarta de nuestro esquema. Es una faja que se extiende desde Tarija y Potosí por el sur hasta Cochabamba por el norte, teniendo al centro Chuquisaca, la vieja tierra de los charcas.

Cierto que el trigo también se da en otros puntos del Macizo Boliviano, en la misma Altiplanicie, junto al lago Titicaca; pero la tierra realmente propicia para él es la que hemos señalado. Sin contar con sistemas de irrigación y otros recursos técnicos modernos, ni con selecciones de semillas, ofrece, por su altura (dos a tres mil metros) su temperatura, luminosidad y otras características telúricas, condiciones opimas para el caso.

Y resulta de esta suerte que al pie mismo de la faja minera, agria y dura, está la tierra acogedora y suave que ofrece al minero su más caro alimento: el pan.

El maíz, que como decíamos es indígena de Bolivia, se extiende, con el trigo, hasta las vertientes bajas orientales del Macizo. Más allá, queda como único señor, resistente a la fuerte acción solar que ya no puede soportar el otro cereal. Así constituye un arco circundante al del trigo, desde Tarija a Cochabamba, como el del estaño en torno a la plata en la faja minera.

Y por esas mismas características meteorológicas y telúricas del Macizo de Charcas que indicamos hablando del trigo, el maíz adquiere en él una calidad singular, incluso gustativa, desconocida en otras zonas maiceras, enormes, como las de la Argentina.

Así como tratándose de frutas –en variedad notable- hay en esta misma faja del maíz localidades que se distinguen por su producción selecta, sin necesidad de recurrir en ellas procedimientos especiales fructícolas y sí sólo por la bondad del ambiente. Tienen renombre: la *chirimoya* de ciertos valles chuquisaqueñas (Oronkjota, Huañoma), la uva (Cinti, Turuchipa), el durazno y ciruelo de las mismas huertas de Sucre.

La faja petrolífera

Y llegamos a la última faja, de nuestro esquema: la faja petrolífera.

En ella las condiciones agrícolas han adquirido nuevas potencias, apareciendo otros productos, en gran profusión: el ají del Azero, sin igual por sus especiales cualidades; el tabaco, de calidad asimismo óptima; diversas plantas oleosas propias de la región (cebo vegetal); la madera, de admirable contextura, para construcciones y ebanistería; productos de aplicaciones terapéuticas, conocidas desde un remoto pasado y sobre los cuales la ciencia aún no ha hecho las necesarias investigaciones. Sin embargo, para caracterizar mejor esta última faja, asentada sobre las postreras vertientes orientales del Macizo del Charcas, nosotros hemos elegido como elemento típico, por el mismo hecho de su significación mundial, el petróleo.

Allí está, pues, en el mismo punto en que la montaña se continúa con la gran llanura tendida a sus pies, esta zona que tiene unos cien kilómetros de ancho y quinientos de largo, donde el hidrocarburo se fraguó paso desde las entrañas terrestres, ya en épocas inmemoriales, para revelarse al hombre que aún no lo buscaba. Así aprendieron las tribus primitivas indígenas a utilizar el petróleo en formas diversas, recogéndolo de esas fuentes superficiales.

Hoy la mayor parte de la zona petrolífera hállase controlada por la Estándar Oil Company, conforme a concesiones hechas por el gobierno boliviano. Su explotación es todavía escasa; pero constituye un enorme reservorio para el futuro.

De esta manera el Macizo de Charcas, que en sus más altas cumbres es ya un emporio de metales preciosos, sigue mostrando en su base otra riqueza desbordante, que el hombre moderno requiere con más urgencia que el oro y la plata, pues es como la sangre de nuestra civilización.

La fauna

Ya conocemos los ejemplares típicos de la fauna en las partes altas del Macizo. Hablando de la Altiplanicie mencionamos el cóndor, la llama, la chinchilla, la vicuña y la alpaca, cuyo hábitat se extiende también por las cordilleras circundantes.

Más abajo aparecen las especies importadas: el caballo, la vaca, la oveja, la cabra, el cerdo, las aves de corral. Todas se adaptaron muy bien, desde su entrada, a las modalidades climatológicas que ofrece el Macizo de Charcas en su tendimiento paulatino y gradual desde el talud altiplánico –puna brava- hasta sus pies. Recordemos, de paso, que fue del Macizo de Charcas de donde se llevaron al Río de la Plata, en los inicios de la era colonial (siglo XVI), las primeras tropas de ganado vacuno y lanar, que habrían luego originado la gran riqueza ganadera que ha dado a esa parte de América notoriedad en todo el mundo.

Entre las aves representativas de la Altiplanicie y sus contornos, tales como el cóndor y el allkjamari, -sólo el primero prosigue dominando en el cielo del Macizo de Charcas, aun en las zonas relativamente bajas como las cuencas del Río Grande y del Pilcomayo. En cambio el allakjamari ha desaparecido. Y es que esta ave de presa no ama el árbol. No le atrae la exuberancia selvosa que, a medida de descender por la vertiente oriental de los Andes, pone su nota verde sobre la tierra ubérrima. Como ya lo hacía notar d'Orbigny, que estudió los hábitos de estos volátiles-, el allkjamari prefiere el paisaje de la puna. Gusta más encaramarse en la arista pétreo o anidar en el hueco de los peñascos desnudos, que no en la rama acogedora del árbol dominador de los amenos valles.⁽¹⁾

El sach'a-kuntur

Por su parte, el cóndor ha sabido adaptarse de tal manera a las zonas cálidas y boscosas, que hasta se ve en algunas de ellas, como en las provincias Campero de Cochabamba y en el Azero de Chuquisaca, una notable variedad a la que bien podemos llamar el cóndor blanco, o el cóndor de la selva, tal como lo denominan los quechuas (*sach'a*: árbol).⁽¹⁾

Aunque algo menor en tamaño que el otro -cóndor oscuro- el *sach'a-kuntur* tiene su misma prestancia y le supera ciertamente en belleza. Domina en su indumento plúmbeo el tono blanco, sobre el que, con los reflejos de la luz y los movimientos del ave gigantesca, aparecen las más hermosas irisaciones polícromas. Lleva el cuello orlado por una gorguera de plumas rojizas. Parece también más fuerte que el cóndor negro, o, por lo menos, domínalo fácilmente cuando se trata de disputar la presa. O, mejor, ni siquiera hay disputa si ocurre que se encuentran, por ejemplo, un solo cóndor blanco y una bandada de los negros ante la carroña; al presentarse aquél, los otros, que ya estaban sobre el animal muerto, se retiran a respetuosa distancia. El cóndor de las selvas entonces se posa en tierra con dignidad y avanza a paso mesurado, balanceando el cuello, como si hiciera reverencia al corro volátil. Luego, ya ante la presa, con unos certeros picotazos arráncale los ojos de las cuencas y se los come, y lo propio hace con la lengua, y eso le basta. Son sus bocados favoritos. Después, se retira haciendo los mismos gestos que mostró al llegar. Y sólo entonces los demás cóndores se adelantaran a su vez para tomar su parte en el festín.

Desgraciadamente ya muy rara vez se suele ver al *sach'a-kuntur*. Parece elegir como vivienda habitual lugares determinados y en lo posible escondidos. -bosques de Listi, a la altura en que el Río Grande era llamado Chinguri por los indígenas (Cochabamba), o, en los del río Acero (Chuquisaca), ya cerca al Chaco-. Por lo común, vuela solo, pero así y todo se impone a todas las demás aves, incluso a los cóndores comunes, caracarás, buitres, y otras aves de presa, que jamás le hacen frente.

El cóndor blanco, es pues, más indómito que el otro. Los ensayos que algunas veces se han hecho para domesticarlo, han sido inútiles. Siempre acaba por morirse desde que pierde la libertad. D'Orbigny y otros viajeros no conocieron este tipo de cóndor.

(1) D'Orbigny vio al **allkjamari** sólo entre los paralelos 12° y 20° de latitud sur y en alturas que están a cuatro mil metros, más o menos, sobre el mar, como las de la Cordillera Oriental, en los sectores de Cochabamba y Potosí. Hablando de sus costumbres dice: "Elle aime les terrains secs et dépourvus de grands végétaux, qui lui seraient inutiles; car il nous est prouvé qu'elle ne se perche pas sur les branches; au moins ne l'avons jamais vue ailleurs qu'à terre ou perchée soit sur les pics, soit sur les point culminants des rochers".

(1) Quizás el *sach'a-kuntur* constituye un caso de desplazamiento animal desde la Altiplanicie a las tierras cálidas, por influencias climáticas. Porque si aceptamos que la variación del **cingulum climático** de la meseta - según la explicación de Posnansky- obligó a los grupos humanos que ella albergaba, a emigrar a las hoyas, cabe lógicamente, la correspondiente inducción para ciertas especies animales, que, luego, bajo la acción del nuevo medio físico, habrían sufrido alteraciones somáticas verbigracia en el color.

El hombre

Dadas las singulares condiciones del Macizo de Charcas, el hombre prehistórico debió de hallar en él un campo de dispersión variado y propicio. Todavía hoy subsisten, aquí y allá, grupos indígenas que triunfaron de los múltiples factores de extinción que sobre ellos han obrado. Tales los *charcas* y los *chichas*, entre cuales frecuentemente se encuentran tipos antropológicos que se apartan en un todo de los de las descripciones sumarias que, con pretendido carácter general, suelen hacer algunos sabios. Citemos, entre otros, a los indios de Yura en el departamento de Potosí y a los de Tarabuco en Chuquisaca, cuyos rasgos fisonómicos más salientes (corte del rostro, nariz aguileña, ojos rectos) se alejan mucho del tipo mongoloide predominante en la Altiplanicie.

Y ya en tiempos históricos –durante la Conquista- la evolución humana siguió floreciendo y cobrando nuevos impulsos en el Macizo. Aquí los españoles, después de fundar su primera población –Paria- en plena Altiplanicie (1535), fueron alzando, unas tras otras, las demás. Así apareció Chuquisaca, desde 1537, y con el nombre de La Plata en 1539, en el centro del Macizo; y Potosí, sobre la faja minera (1546); y así Cochabamba, hacia el norte faja agrícola y sobre el brazo orográfico Cochabamba-Vallegrande (1574); y en la misma faja surgió Tarija, hacia el sur, en el brazo Lipes-Tarija (1574); y, en fin, Santa Cruz, diríase a la sombra del Macizo de Charcas, ya en la iniciación de la llanura oriental (1590).

Se trata, como se ve, de un conjunto de poblaciones escalonadas a diferentes alturas y por consiguiente con distintos climas y distintos productos, pero todas favorables a la vida humana.

Los caminos

Aquí debemos recordar la fórmula con la que caracterizamos la arquitectura geográfica de los macizos de Yungas y de Charcas: “Macizo de Yungas: gran elevación y poco espesor; Macizo de Charcas: menor elevación y gran espesor”.

Ahora bien: ella claramente, explica al viajero cómo tal configuración debe influir decididamente en la solución del problema caminero, fundamental para Bolivia.

Siendo la Cordillera Blanca de altura mayor, era también más difícil vencerla con el ferrocarril o la carretera. Sus vertientes caen violentamente sobre las llanuras subyacentes. De ahí, pues, las dificultades, a menudo infranqueables, con que su tropieza para la construcción de sistemas viales de tipo moderno. Como que ningún ferrocarril ha podido aún perforarla de parte a parte, de la vertiente occidental a la oriental. El que se construye de La Paz a Yungas, se ha quedado, como decíamos, a cincuenta kilómetros escasos de su punto inicial. Y en cuanto a carreteras ya se ha visto cuán grandes obstáculos – que apenas han podido vencerse- opuso la que se ha labrado también de La Paz hacia las provincias de Sur y Nor Yungas.

En cambio, en el Macizo de Charcas la menor altura de sus eslabones iniciales, así como su caída suave sobre los llanos, ha hecho relativamente fácil la apertura de vías de comunicación. Como que ya son cuatro los ferrocarriles que han dominado hasta hoy la Cordillera de Charcas: en el eslabón de los Asanaques los de Oruro-Cochabamba (paso de Arque) y Oruro-Uncía (kilómetro 60); en el eslabón de los Frailes, la ferrovía Río Mulato-Potosí (paso de El Cóndor); y, en fin, en los Chichas, yendo de Uyuni, por la Altiplanicie austral, a la ciudad de Tupiza, el ferrocarril Atocha-Villazón (paso de Escoriani).

Y cruzan también el Macizo de Charcas diversas carreteras que constituyen auxiliares preciosos de los ferrocarriles aún inconclusos, y excelentes vínculos de enlace entre la Altiplanicie y la vertiente oriental de aquél. Citemos, entre ellas, dos que siguen justamente los flancos septentrional y meridional del Macizo de Charcas. La de Cochabamba a Santa Cruz, en el primero, y la de Villazón-Tarija-Villamontes, en el segundo. De esta suerte el viajero que haya escalado la Altiplanicie desde el Pacífico, y quiera trasmontar la Cordillera Oriental, para ir luego por la vertiente atlántica a las llanuras bajas que se dilatan a sus pies, encontrará que para ello se presta mejor aquella parte –la mitad gruesa de la b de nuestro esquema- en que dicha cordillera ha tomado más cuerpo, ensanchada y diversificada en escalones paulatinos, cual si quisiera ir al encuentro del otro mar.

He ahí un nuevo aspecto de la significación sociogeográfica del Macizo de Charcas.

Imaginemos que el viajero escoge la vía de Arica para ascender a la Altiplanicie. Trasponiendo los Andes occidentales llegará a La Paz, y luego a Oruro –la ciudad del yermo- donde el frío glacial no le hará mucha gracia. Pero siguiendo de Oruro, en el tren que atraviesa los Asanaques (Cordillera Oriental), entre Arque y Tapacarí, descenderá encantado a los risueños valles de Cochabamba. Aquí el ambiente tibio y perfumado, el paisaje ameno, le aliviarán del frío y del viento, rudos, que le azotaban en la bravía Altiplanicie. Y prosiguiendo de Cochabamba –ahora en automóvil- siempre al oriente, el viajero verá desplegar ante sus ojos el cuadro variado y espléndido que ofrece ese trayecto de más de quinientos kilómetros, hasta salir de las montañas a la verdeante llanura –la gran selva oriental- en cuyo comienzo blanquea la ciudad de Santa Cruz, nacida de la noble conjunción de los conquistadores hispánicos, llegados por ambos mares –el Mar del Sur y el Mar del Norte- cuando, hace cuatro centurias se encontraron a orillas del Guanay.

Y si, en las playas del Pacífico, el viajero ha tomado la línea férrea de Antofagasta, el antiguo puerto boliviano, para subir al Altiplano, a Uyuni, y desde esta ciudad, aún más glacial que Oruro, prefiere atravesar la Cordillera Oriental, por el sur, para llegar, siguiendo su vertiente atlántica, a la llanura platense –el Chaco-, asistirá igualmente a otra sucesión de cuadros a cual más opuestos: ya la Altiplanicie, con sus enormes salares y sus horizontes lejanos; ya las corrugaciones de Chichas –un mar de montañas- donde se alza aquel Chorolque de que hablábamos antes; ya las tierras de color rosa encendido de Tupiza, cuyo abrigado asiento ofrece sosiego al cuerpo y al espíritu; ya el ventoso Villazón donde nuevamente se ensombrece el cuadro... Aquí el viajero deja el tren y continúa en automóvil. La naturaleza sigue cambiando de decoraciones. Una nueva altipampa –mucho más pequeña y también más baja que la anterior- se abre de pronto a sus ojos, cubierta con el manto verdiobsuro de los *t'olares*: es el lomo aplanado de la cordillera de Caipa y Liqui. Y luego ascenderá el viajero otra ancha cadena montañosa – la de *Tacsara*- cuyas alturas –un nuevo altiplano: las *pampas de Tacsara*- atravesará bordeando pequeños lagos, para descender a la cuenca de Iscayachi y subir nuevamente (Alto de Sama), y volver a bajar, esta vez a un gran valle circular donde los *churquis* y *molles* dominan en los boscajes abigarrados. Y de pronto se verá ante una pequeña ciudad: Tarija, un plácido jardín, por sus flores y por sus mujeres, que son también flores. –¡Cuidado!- Y de Tarija seguirá el viajero por comarcas cada vez más cálidas, subiendo y bajando y tornando a subir y bajar por sierras ya no desnudas sino cubiertas –hasta la cumbre- de vegetación; y al cabo de algunas horas se verá al pie de los Andes. Allí arrastra el Picomayo lentamente sus ondas. Allí comienza la enmarañada y trágica llanura: el Chaco.

Pero todavía emprendamos un tercer trayecto.

El viajero ha trepado ya a la Altiplanicie, por Antofagasta o Arica, para pasar a Potosí, la Villa Imperial, y Sucre, ciudades ambas que se encuentran en pleno Macizo de Charcas.

Para ello debe seguir la línea férrea que de Río Mulato va a Potosí, perforando la Cordillera de los Frailes. Y aquí, nuevas modalidades en el paisaje. Desde la gran faja altiplánica en que se extiende el lago Poopó y se inician los innumerables salares australes, asciende lentamente el ferrocarril la vertiente occidental de esa cordillera, resoplando, jadeante, a modo de bestia fatigada. Diríase que en las aristas pétreas están asomando sus puntiagudos bonetes aquellos pobres frailes que un día, durante la Expulsión, murieron allí, de frío. Al paso, aparecen los hirsutos mechones de paja brava, prendiéndose a las areniscas fofas. Sin ellos, estaría más desgastada, y hasta habría quizá desaparecido, la cordillera, ya que su constitución geológica es tan deleznable que se presta fácilmente a la acción erosiva de las aguas, del viento y del sol. Las pajas, pues, están aún salvando a la Cordillera de los Frailes.- Luego, ya más adelante, el viajero pasando los cuatro mil metros de altitud, entra al dominio de las yaretas. Sobre las rocas, esparcidas como los restos de viejos monumentos megalíticos, se muestran ellas cual ropajes de un verde tierno que alivia el espíritu ahíto con la aridez del panorama. Y de igual suerte, alegran el trayecto de los claros riachos en que se abreva el tren sediento. Tales, el río Márquez, que, por la vertiente occidental de los Frailes, va a la Altiplanicie; o el San Juan, que, por la oriental, desciende a la hoya del Pilcomayo. Y entre uno y otro, y más alto que ellos, y más caudaloso, está el hermoso Yura, que arrastra sus aguas diáfanas en cuyas márgenes verá el viajero, paciendamente, manadas de llamas, ovejas y vacas, a unos cuatro mil quinientos metros de altitud. Y el tren sigue aun ascendiendo. En El Cóndor habrá alcanzado los cuatro mil setecientos ochenta metros, y desde allí el turista verá amplificarse el paisaje con nuevas perspectivas. El tren ahora apresura la carrera, pues que empieza el descenso, por la otra Cordillera de los Frailes, a la cuenca del San Juan y de Agua del Castilla. Por el sur, en el confín remoto, ha surgido el gran ramal de Chichas, donde culminan el Ubina, cónico, el Tasna, de ancho lomo, como el de un elefante, de cinco mil metros de altura y, sobre todo, el Chorolque, de vértice agudo, (más de cinco mil seiscientos treinta metros), allí donde los mineros cargan el estaño en un andarivel que es el más alto de la tierra (unos cinco mil quinientos metros).

De esta suerte, a todo correr del tren, el viajero estará ya a los pies del legendario Porco⁽¹⁾ que evoca la imagen de un horno, fuego, cenizas, escorias, ya que allí la plata era explotada por los indígenas mucho antes de la llegada de los españoles, y después, prosiguió siéndolo por éstos, y al presente continúa, asimismo, dando, no sólo plata sino también otros metales, como el estaño y el antimonio. Hoy la estación en que el tren recibe esos metales, se llama *Agua de Castillo*, nombre que pusieron los conquistadores, hace cuatro siglos, por la dulzura de sus aguas. El tren, por su parte, también se nutre de ellas y prosigue su marcha hacia Potosí. Y a poco, al ir avanzando a través de un paisaje abrigado por enormes masas montañosas de color sombrío, donde ha aparecido ese árbol de tronco retorcido y rojizo, como contraído por el frío – la *kjeuña*-, el viajero divisará en el límite lejano un bello como de múrice, haciendo contraste con el piélago gris de los demás cerros: es el Potosí. Y a poco estará a sus pies, a más de cuatro mil metros de altura, ambulando por las callejas de la Villa Imperial, copiosa en tesoros artísticos de los días coloniales; o mirando a Matriz cuya fachada pétreo le hará sentir aún más crudo el frío del ambiente; o ante la Casa de la Moneda, a cuyos macizos y sombríos ventanales le parecerá que asoma su cara, contraída en gesto hilarante por la nostalgia y el alcohol, esa figura profundamente patética: el *mitayo*.

Pero como tal vez no plazca al viajero estar mucho tiempo en semejantes alturas y con un tal frío y ante tan tétricas visiones, seguirá su camino, por la ferrovía o la carretera,

(1) Pjurcu: cenizas.

a Sucre. Y en unas cinco o seis horas más habrá cambiado todo: clima, paisaje, gente. Cielo radiante, sol alegre, colinas de curvas ondulantes, huertos, flores –muchas flores-, blancura, luz –mucho luz-. Estamos en Sucre, en el centro mismo del Macizo de Charcas, ameno rincón del mundo donde los bravíos charcas erigieran su población cabecera sobre la cual los conquistadores hispánicos, seducidos por el regalado ambiente, asentaron la ciudad de La Paz, capital que fue desde entonces del Alto Perú y que sería, andando el tiempo, una múltiple sede –económica, jurídica, universitaria, eclesiástica, política, intelectual-.

La ruta diagonal

Y citemos aún, entre las rutas que ligan las partes altas del Macizo de Charcas con las bajas, otra que corre oblicuamente, hacia el sureste, entre las dos laterales, antes descritas (Oruro-Cochabamba-Santa Cruz y Uyuni-Tarija-Villamontes), y que debe llamar la atención del viajero, pues que en unas treinta horas le presentará una visión integral de todo el territorio charquense.

Es la que en otros escritos llamamos *ruta diagonal*.

El turista se embarcará en Oruro, en el pequeño tren a petróleo de la empresa Patiño Mines que hace el servicio a Uncía. Pasará luego por los centros mineros de Machacamarca y Huanuni, este último un opulento emporio estañífero de la vertiente altiplánica de los Asanaques. Cruzado este eslabón, a una altura de más de cuatro mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, descenderá rápidamente, por la vertiente oriental, a Llallagua y Uncía: aquí habrá tocado el más poderoso núcleo industrial del Bolivia, donde el aire mismo huele a estaño y hasta el agua de sus termas oculta en su seno mil otros elementos –wólfam, oro, manganeso, hierro, litio, azufre, calcio-. Y siguiendo de Uncía, en automóvil, siempre a sureste, bordeará las algunas de Chayanta, colmadas de aves acuáticas. Está en plena región aurífera: a la izquierda se extienden las ricas tierras de Amayapampa y a la derecha las de Hankjo-laime y otras, grávidas además de Ilunchis ⁽¹⁾ y yacimientos de antimonio casi siempre asociado al oro. Aquí, el turista enfilará por el cañón de Chuqui-uta donde verá a los indios lavando el metal en sus chúas. Y ha vencido el primer tramo montañoso del Macizo de Charcas, por el eslabón de los Asanaques. Hay que atravesar ahora la segunda cordillera del mismo, por su sector de Chayanta, siempre rico en oro, estaño y plomo; pero sobre todo en plata. A la izquierda se yergue, imponente, el Macizo de Colquechaca, rival del Potosí, y cerca están las viejas y aún no agotadas minas de Lipes-huayco, Ocuri y Maragua, donde otrora se explotó con ardor el argento y hoy se prefiere extraer el estaño. Y así habrá descendido el viajero el segundo peldaño de la gran escalinata charquense; entre ésta y el anterior (Asanaques) corren las tierras más ricas de la faja minera de nuestro esquema. E, insensiblemente, está en la tercera cordillera y en la faja agrícola. Si es la estación propicia sus ojos se recrearán contemplando ese otro oro de los trigales que vale más que el incrustado en el duro cuarzo; o el de los maizales resecos de donde extrae su inapreciable alimento el indio. El paisaje se ha suavizado. La puna con su aridez y su frío ha cedido el campo a más risueñas perspectivas. El cielo luce más azul. El aire es tibio. Llegamos nuevamente a Sucre. Y aquí, de paso por las calles, gozará el turista ante los claveles incomparables asomados a los balcones y podrá tal vez alegrar su mismo estómago gustando las famosas chirimoyas de las haciendas vecinas o los jugosos duraznos de los huertos de la ciudad. Y luego, dejando Sucre, ascenderá al frío Tarabuco, desde donde verá cerros ricos en piedras preciosas; y descenderá a Zudáñez y Tomina y seguirá a Padilla, entre tierras paniegas. En el confín se alzan unas montañas guarnecidas de curiosos farellones que parecen enormes sombreros de piedra: son de la Cordillera de Sombreros. Vamos a

(1) **Lunchi:** arena aurífera.

salvar el cuarto tramo montañoso del Macizo de Charcas, que por el sur se continúa con Tacsara y Tarija. Desde las alturas de Padilla la carretera desciende, en tirabuzón, a la profunda cuenca del río Azero (unos mil metros de descenso). Por ella el viajero sigue hasta el ardiente Monteagudo, en el quinto y último escalón del Macizo que desde aquí aún prosigue hacia el oriente en derivaciones también alineadas en dirección general norte sur.

En Monteagudo el turista puede elegir entre dos vías para descender hasta la llanura.

Sigamos primeramente por la carretera. Después de pasar el empinado Incahuasi y descender a Lagunillas, enfilaremos al sur, entre una sucesión de lujuriantes vergeles – Choretí y Carahuaicho- hasta el río Parapetí en cuya margen izquierda está Camiri. Camiri... Es decir nos encontramos en el centro de la última faja de nuestro esquema –la faja petrolífera-, allí donde mana copioso el oro líquido.

El viajero, así, en una treinta hora útiles ha recorrido todo el cuerpo de Macizo de Charcas, salvando alrededor de setecientos kilómetros, con un promedio de veinticinco por hora, desde Oruro, en la Altiplanicie, hasta Camiri en el Bajo Parapetí, y cruzando sucesivamente las fajas mineras, agrícola y petrolífera.

Pero volvamos aún a Monteagudo. Allí el viajero puede escoger otro camino que el que hemos indicado, para seguir siempre la ruta diagonal, hacia el sureste. Mas, habrá de resignarse a dejar el automóvil por la mula, hasta Cuevo (más de cien kilómetros) donde encontrará nuevamente la carretera que le conduzca al Chaco. Lo cual por lo demás, según cómo sea el turista, bien podrá ser para él una variante de interés. Aquello de estar encajonado en el automóvil no siempre permite contemplar anchamente el paisaje. En cambio, con la mula es otra cosa. (La mula –hay que decirlo de paso- es un elemento de real importancia en la historia de Bolivia. Puede ocupar en ella airoosamente el lugar del buen asno en el antiguo Egipto. ¡Cómo sabe ella elevarse en estas tierras agrestes a alturas que pasan con mucho de los cinco mil metros; y con qué destreza ubica sus patas en el sendero escabroso, bordeando espantosos precipicios y descendiendo a profundidades vertiginosas! Alabemos a la mula).

Bien pues: usando este nuevo medio de locomoción podrá el viajero dirigirse a Cuevo, compensándose el retardo del viaje con el interés del espectáculo. Verá un nuevo Yungas donde si no se da la coca, sobran otros artículos de inmejorable calidad; tales: el tabaco y el ají, reputado este último como el mejor del país por los entendidos. Y verá, en San Juan del Piray, la triple conjunción del Parapetí, Piray y Carballo. Admirará la feracidad indescriptible de las tierras de Huacareta, prolongadas al sur con las del Ingre, Igüembe y Huacay colmadas de ganado. Y enfilando por el cañón de Mandiuti, la tierra del algodón, saldrá finalmente a Cuevo. Y siguiendo, nuevamente en automóvil, unos cuantos kilómetros más, al oriente, llegará a Boyuibi, a la vera de Aguaragüe, la última estribación montañosa andina que se alza sobre la inmensa llanura selvosa tendida hasta el río Paraguay.

Y desde Boyuibi, siempre en automóvil, podrá dirigirse por el sur a Villa Montes, donde hallará temperaturas que suelen acercarse a 50° sobre cero a la sombra, -él que hace apenas unas horas estaba en la Altiplanicie, en sitios, como Uyuni, donde en el invierno el termómetro baja hasta más de 20° bajo cero-. O podrá irse por el norte a Charagua, sobre el camino que va hasta Santa Cruz, y allí refrescarse ampliamente gustando riquísimas limas, naranjas, mandarinas...

Charagua es un pueblecito delicioso situado a una altura de ochocientos metros y pico, al pie la serranía de su nombre. Esta serranía constituye el muro montañoso más avanzado sobre la llanura, entre todos los demás que corren a los pies del Macizo de

Charcas (Aguaragüe, Tacuarendi, Incahuasi). Profundas cortaduras, algunas de las cuales llegan hasta la base, la dividen en bloques colosales que se alzan casi verticalmente. Diríase que un titán, armado de monstruoso cuchillo, se hubiese entretenido en rebanar de parte a parte ese muro. Nosotros, para pasar el rato, llevaremos al turista de paseo por entre una de tantas cortaduras. Y sea ésta la de Ihuirapucuti.

Ihuirapucuti

Unas pocas leguas al norte de Charagua, pasando por los pintorescos lugares de Capihuasuti, Obay (corrupción de *uba-y*) y Piriti se entra a la cañada de Ihuirapucuti. Un riacho de aguas clarísimas salta entre rocas rojizas y blancuzcas, formando remansos que incitan a bañarse en ellos o beber cuando menos de su agua fresca y cristalina. –Lástima que ella tenga fama en el lugar de provocar el cretinismo-. Siguiendo, tierras adentro, entre el bosque de la margen izquierda, se llega a un claro donde existe una gran excavación. Otrora se alzaba allí un montículo artificial de tipo análogo a los de la Altiplanicie (Akapana, en Tiahuanacu). Pues bien; a cierto buscador de tesoros se le ocurrió que allí los había enterrados, por haber oído hablar a los indígenas de “unos llamarones” que se levantaban del montículo durante las noches. Y entonces –según nos lo refería él mismo- se dio arduosamente a derribar esa construcción. Empleó en ello mucha gente. Gastó miles de pesos. Hizo añicos un gran número de objetos de alfarería y “unas figuras de personas y animales” que halló bajo tierra. Y cavó, cavó ancho y hondo, hasta que sus peones se hallaron con un “tubo grueso” que partía del centro de la colina artificial, a modo de *cloaca máxima*. Gran alegría de nuestro amigo, que ya se creía ante el tesoro. Y con mucho tiento, se rompió el tubo... Decepción. Estaba relleno de modestos guijarros.

-¡Ay don Ignacio! -decíamosle nosotros cuando terminó de narrarnos su aventura-. Por buscar esos tesoros ha destruido otros muchos mayores...

Pero volvamos al Ihuirapucuti. En su margen derecha hay otro punto que podrá interesar al turista que no busque precisamente los tesoros vulgares. El cerro, en esa parte, se ha hecho más escabroso. Defiéndelo una enmarañada vegetación espinuda. Imponentes peñascos de arenisca blanca se yerguen, amenazantes, cortados a pico sobre el río. A sus plantas, están esparcidos los bloques caídos desde arriba. A poca altura, sobre el río, se nota un enorme arco excavado en el muro rocoso. Tan regular es, que se diría hecho por manos humanas; pero no es sino una de tantas caprichosas formaciones geológicas frecuentes en esos lugares. Y, en fin, al ir trepando entre los bloques, junto al mismo muro, el turista se encuentra ante una extraña sucesión de figuras grabadas en él. Ya es un guanaco estilizado, que se nos muestra con trazos acanalados, todavía claros a pesar del desgaste de la roca; ya es el *signo escalonado*, repetido con frecuencia; ya es la figura del *lihui*⁽¹⁾ de la cual los primitivos se valían para cazar aves en el agua y animales – y aun hombres- en tierra... Y, de igual suerte, se ven figuras que parecen anclas o puntas de flechas, escudos y pendones. Y también las hay de plantas de pies humanos, representadas con gran realismo: ya pequeñas, como de niños; ya de tamaño natural; y una, de proporciones tan desmesuradas, que parece de un gigante.

¿Qué pretendían significar los primitivos con estas representaciones de pies humanos? Quizá es ése el lenguaje en que los antepasados nos hablan de sus éxodos admirables, desde la Altiplanicie hasta las más diversas latitudes.

Recordemos que, en efecto, se ven también huellas análogas en otros parajes. Tal, en el Incahuasi, que es una de las postreras estribaciones que avanza el Macizo hacia las llanuras chaqueñas, se encuentran, sobre unos bloques de piedra, signos de esta

(1) *Lihui*: boleadora.

clase, junto a otras inscripciones prehistóricas. Desde allí al Ihuirapucuti no hay sino unos sesenta kilómetros de descenso, al oriente. Luego, siguiendo siempre en esa dirección al través del Chaco, se las vuelve a encontrar en el litoral del Alto Paraguay y aun cerca de la Asunción (Mbae Pirungá, Tacumbú). Para los padres jesuitas habrían sido éstas las huellas que dejó Santo Tomás al peregrinar por tierras americanas, predicando la santa doctrina, lo que dio lugar a diversas leyendas, entre ellas la del *Pay Zumé*, tan socorrida entre los guaraníes, y contra la que se alza, indignado, el paciente escrutador de viejos papeles, Enrique de Gandía⁽¹⁾. Para nosotros –que no damos mayor importancia a la patraña tomística de los soldados de Loyola- dicho está que sólo se trata de pictografías y grabados antiquísimos, con los que, acaso, las multitudes trashumantes de entonces querían simbolizar sus largas migraciones en el tiempo y espacio.

(1) De Gandía, en su libro **Historia Crítica de los Mitos de la Conquista Americana**, dice: "Todas las huellas mencionada, según el criterio de los religiosos citados, (jesuitas) forzosamente debían de pertenecer a Santo Tomás, pues éste era el único entre los Apóstoles que tenía por costumbre dejar estampadas las huellas de sus pies en las rocas, conforme hizo también en Ceylán".

LAS HOYAS

Y henos ahora al final de nuestra excursión por el Macizo Boliviano, en la que hemos tratado de mostrar al viajero, siquiera no sea sino meteóricamente, tal cual aspecto de esta magnífica porción del globo.

¿Nos despediremos, pues del turista?

No. Queremos todavía acompañarlo, por unos ratos más, a otras tierras que aun cuando ni integran ya, propiamente, el cuerpo del Macizo, tienen, sin embargo, estrechos nexos con él; se le articulan geográfica y geológicamente, y aun diremos histórica y sociológicamente, y en cierto sentido, vienen a ser sus dependencias en esos campos, como lo son también en el político.

Nos referimos al sistema de tierras bajas que subsigue, por el oriente, a los pies del Macizo, trazando en su redor un arco mayor aún que el formado por la Altiplanicie y sus cordilleras circundantes. Nosotros lo hemos llamado la *Bolivia Posterior*.

Bolivia, en efecto, -repetámoslo ⁽¹⁾- “es un país mixto”. La forma no tan sólo ese bloque montañoso culminante en América, al que los primitivos llamaron *Kollasuyo* y *Alto Perú* los españoles, sino también la gran masa de territorios bajos y calientes que prolonga sus faldas por el norte, oriente y sureste. Allí está la *Bolivia de los Llanos* que completa a la *Bolivia de las montañas*.

Y es así cómo aparecen las dos hoyas de que vamos a hablar.

Esbozo geológico

En los tiempos arcaicos del planeta, frente al plegamiento urónico del período precámbrico, que formó, en el primer esbozo de la América del Sur, el escudo brasiliano, prodújose, asimismo, la poderosa expansión orográfica de la Cordillera Real, a la que nosotros denominamos escudo andino. Y, entre uno y otro, quedó la gran concavidad que diremos *brasilio-andina*, primordial basamento de las dichas hoyas. Era un área de inmersión que, a lo largo de las épocas geológicas posteriores, fue recibiendo las capas sedimentarias que depositaba en ella el mar de esas remotas edades.

Luego, retirado éste, prosiguió el relleno de esa concavidad con los materiales de acarreo provenientes de su marco montañoso; y hoy mismo, todavía se cumple tal fenómeno. De suerte que aquél, sobre todo por el lado Macizo Boliviano, rige, en mucho, la configuración de las hoyas.

Y ahora bien: si recordamos nuestra división de la Cordillera Oriental en mitades – Macizo de Yungas y Macizo de Charcas-, nos encontramos con que cada una de ellas sirve de patrón para la formación de la cuenca que sigue a sus pies.

Así diríamos que el Macizo de Yungas, principalmente, intervino –e interviene- en la constitución de la hoya amazónica; y, de igual suerte, el Macizo de Charcas en la de la hoya platense⁽¹⁾.

(1) Véase *El Factor Geográfico en la Nacionalidad Boliviana*. Sucre, 1926.

(1) En rigor el Macizo de Charcas- y aquí viene el fenómeno que llamaremos una paradoja geográfica- tiene, en este punto, una significación dual, a la vez amazónica y platense, como se verá más adelante.

El brazo Cochabamba-Santa Cruz que, como ya vimos, se dirige al oriente, desprendiéndose de la Cordillera Real en el nudo de Cochabamba, es, por el lado andino, el muro geográfico de separación de las hoyas. Luego, por el lado del sistema brasiliano, vemos que avanza también otro brazo hacia el occidente, cual si viniese al encuentro del anterior. Y es con este relieve que se completa dicha separación.

Este brazo es el *Macizo de Chiquitos*, del que debemos decir algunas palabras.

El macizo de Chiquitos

A unas cincuenta leguas del extremo terminal del brazo Cochabamba-Santa Cruz, se alza el macizo arcaico y ya medio aplanado, que llamaremos de Chiquitos, corriendo hacia el Alto Paraguay para ligarse con el sistema brasiliano de Matto Grosso. Lo constituyen, sobre todo, las serranías de San José, Santiago y Sunsas. En el centro de Suramérica, concurre él a formar el *magna divortia aquarum*, separando las aguas originarias del río Ytenes que van al norte, de las del río Paraguay que van al sur. Y así, en esa parte, ya correspondiente al escudo brasiliano, divide la hoya amazónica de la platense.

El ilustre d'Orbigny, hace unos cien años, estudió este sistema, considerándolo, en su mayor parte, un poderoso bloque de gneis, ya compacto o ya friable, al que cubren las pizarras silurianas, las areniscas devónicas y los terrenos carboníferos (tierras de San José, Santiago, Sunsas), y también los materiales modernos de aluvión, los ferruginosos y los que ese sabio llamó *terreno guaraníano*. El pampeano sólo se presenta en pedazos pequeños (Santo Corazón).

El mismo d'Orbigny, considerando este macizo independiente, geográfico y geológicamente, del sistema andino del brasiliano, propuso llamarlo *sistema chiquitano*. Pero, nosotros, conforme ya los adelantamos en otros escritos, seguimos creyendo que es sólo una dependencia, dentro de Bolivia, del Macizo Brasiliano.

En el aspecto sociogeográfico, el sistema de Chiquitos ha sido siempre de gran significación. Desde la prehistoria fue uno de los puentes principales de paso, para las migraciones humanas entre los Andes y el Brasil. En la etapa hispánica, aquí fue donde vino a dar el famoso Ñuflo de Chávez, haciendo, luego, de Chiquitos la gran avenida para ir de Charcas al Paraguay. Aquí fundó el héroe la infortunada ciudad de Santa Cruz de la Sierra *la Viexa*. Y aquí también, dos siglos después, alumbró, con los misioneros jesuitas, la edad de oro de Chiquitos. O, si se quiere, la edad *del oro*, pues los santos padres, a la vez de catequizar a los aborígenes, sacaban a manos llenas el rubio metal, ya de sus criaderos mismos, o ya de los lavaderos pegmatíticos de esos lugares, a los que siempre daban el nombre de santos: Santa Rosa, San Javier, San Simón...

Una paradoja geográfica

Hemos dicho del brazo Cochabamba-Santa Cruz y del chiquitano, que se extienden, el uno al otro, como si quisieran darse la mano. Pero no se la dan.

Y aquí un curioso fenómeno geográfico.

Estos dos brazos –dicho se está– marcan la línea medianera entre las hoyas amazónica y platense; por el norte de ella corre el plano inclinado de la primera y por el sur, el de la segunda. Pero he aquí que tal divisoria, claramente patentizada por la orografía, se halla contradicha por la hidrografía.

En efecto: por el espacio intermediario entre el brazo andino Cochabamba-Santa Cruz y el chiquitano, se vierten en la hoya amazónica dos grandes ríos, que hasta entonces habían corrido por la platense: el río Grande o Guanay y el Parapití (más allá San Miguel).

Es decir, una hoya se vierte en la otra. Cédela una gruesa parte de sus aguas. El Río Grande, que descendiendo del Macizo de Charcas corre hacia el sureste, llegado a la hoya platense, tuerce su curso, y trazando un gran semicírculo en torno al brazo Cochabamba-Santa Cruz, se dirige al norte y noreste para formar, ya en la hoya amazónica, el río Mamoré, común colector de su intrincada red fluvial; y, de igual suerte, el Parapití, que también baja del Macizo de Charcas a la hoya platense, corriendo por ella unos cien kilómetros al sur del Río Grande, hacia el oriente, tuerce súbitamente al noreste vertiéndose, al pie del Macizo chiquitano, en la laguna Concepción, de donde, ya en plena hoya amazónica, va con los nombres sucesivos de San Miguel e Ytonama a confluir con el Ytenes.

Tal es la paradoja geográfica a que nos referíamos. Y ahora, reservándonos volver aún sobre ella más adelante, hagamos un bosquejo de nuestras dos hoyas.

LA HOYA AMAZÓNICA

Hemos visto que al levantarse sobre el haz del planeta los escudos brasiliano y andino, en el centro de la América del Sur, quedó entre ellos una gran concavidad, ocupada por el mar. Allí estaba el primer esbozo de nuestra hoya amazónica. Sobre los estratos marinos, vinieron a sumarse otros, en los períodos siguientes –el terciario guaraníano de d’Orbigny, el pampeano, que abarcó enorme extensión-; y, sobre éstos, los aluviones modernos, cuya superposición continúa todavía: son los productos de erosión de las formaciones montañosas circundantes. Y, en esa obra milenaria, claro es que el principal papel lo desempeña el sistema andino, representado por el Macizo Boliviano; y, en el caso particular de la cuenca amazónica, por el de Yungas.

Del Macizo de Yungas puede, pues, decirse con verdad, que sigue en la actualidad haciendo a la hoya amazónica boliviana. Él le da sus tierras y sus aguas. Desde los picachos niveos de la Cordillera Blanca, descendiendo los ríos, que arrastran la sustancia de las montañas, para depositarla en la hoya. Los hay que la llevan desde el mismo frente altiplánico, tales como el río de La Paz y el de Sorata o Illampu. De esta suerte, se ha formado, muy pronto, allá una copiosa red fluvial. De las vertientes de Cololo Hankjo-uma caen los innúmeros afluentes del gran Madre de Dios, del Orton, del Abuná, del Acre que van a su común colector, el Madera, tronco principal del Amazonas.

Y, asimismo, del brazo Cochabamba-Santa Cruz, se desprende otra red de grandes ríos, -Isiboro, Chapare, Chimoré, Ichilo, Piray- que afluye al Mamoré; y éste –otro colector céntrico de los ríos de la planicie beniana en el sur de la hoya amazónica- se une, a su vez, con el Bajo Beni, formando el Madera.

Y, en fin, de las sierras de Chiquitos manan otras corrientes –Verde, Paraguá, Baures y sus afluentes-, que, en haz lateral, se vierten en el Ytenes, ya en la frontera de Bolivia con el Brasil.

Y como si esto no fuese bastante, todavía, desde la otra hoya que está al sur –la platense- salen otros ríos importantes –el Guapay o Río Grande y el Parapití o San Miguel- y se echan en la hoya amazónica, cual lo vimos antes.

Tal es el carácter de la cuenca amazónica, que aún parece continuar su historia primordial, de tipo subácueo, por esta abundancia y hasta exceso de sus aguas.

En los años lluviosos, toda ella se convierte en un inmenso mar interior. Sólo las eminencias del terreno quedan a salvo de las aguas, a modo de islas, penínsulas, cabos... hombres y animales deben acogerse allí. Los mismos salvajes salen de las reconditeces selváticas, para buscar refugio entre los civilizados de los pueblos vecinos. Parecen ahogadas grandes cantidades de ganado que no han tenido tiempo de alcanzar las alturas. Desaparece la propiedad. El latifundista, que contaba sus tierras por millares de hectáreas, las ve perderse, en pocos momentos, bajo la capa líquida. Las calles de los pueblos se tornan canales. El tráfico, que hasta entonces había circulado en vehículos de tracción, debe ahora hacerlo en barcos por los caminos que se vuelven ríos.

Y por esto mismo ¡Cuán enorme es la riqueza vegetal de esta hoya! Allí está –sobre todo en las tierras del Madre de Dios, del Orton, del Acre- lo más pujante, lo más bello de las selvas bolivianas. Este es el que con expresión exacta se ha llamado bosque real. Aquí, en verdad, el árbol es un rey; un rey que a la larga se convierte en tirano. Tal decíamos, hace años, en el libro *Páginas Bárbaras*, volviendo de la última campaña del Acre, con la visión de la selva todavía estereotipada en nuestra mente:

“El árbol! He aquí lo que caracteriza y resume esta tierra: es su vida, su gesto, su belleza. El árbol vence a la bestia –el tigre-; es el alcázar de las aves; el déspota de la pampa; el rival de la montaña. Es casa, es abrigo, es alimento, es templo, es lecho, es dosel. Y es una harpa gigantesca que gime, suspira, ríe, canta, pulsada por el bardo errante –el viento-. Todo lo es allí el árbol: la fuerza, la alegría, el esplendor, el poder... Un gran rey. Pero también, ¡son tantos árboles! Rebaños de reyes. Aquel verdor fastuoso aturde, emborracha. Uno se siente aplastado bajo las bóvedas flotantes y entre el mar de pilastres –extraña arquitectura- que cruje y se mueve. Es un laberinto inextricable de donde, a poco que se pierda el rumbo, no se vuelve a salir. Se está en medio de un océano de hojas. Se está como en una orgía fenomenal, una danza loca de troncos y ramas abrazados, apiñados, superpuestos, que interceptan el paso por delante, por los lados, por atrás, llevando la mente al vértigo y aun al terror. El árbol se vuelve aborrecible. Su protección se torna en tiranía”.

Y señalábamos luego, entre esa legión de reyes, al que fuera un tiempo el más opulento, el rey máximo, el imperator: el árbol de la goma, el árbol de oro, como se dijo, que trastornó tantas cabezas y encendió tantos dramas en el fondo de los bosques; que convirtió a los civilizados en salvajes y a los salvajes en civilizados: que hizo correr junto a los ríos de agua, ríos de ajeno, de cerveza, de champaña, de *cachaza*; que armó el velludo brazo del antiguo imperio de Don Pedro contra la “hija predilecta” de Bolívar, y que, en fin, caído de su trono, está hoy poco menos que abandonado, contemplando a sus fanáticos vasallos en la indigencia...

De esta manera al par que, en la gea, tipifica a la hoy amazónica su gran red fluvial, en la flora, la fisonomiza el árbol.

Y sírvanos este simple ejemplo de la goma elástica como una muestra en la inmensa escala de riquezas vegetales de esta zona; pues que el hablar de otras, nos llevaría a interminable descripciones.

Ni tampoco nos entretendremos mayormente en la fauna, que sólo de visu puede ser apreciada en toda su magnificencia y variedad. Tiene ella ciertos ejemplares que, por contraste, nos hacían pensar en las tierras altas e intermediarias: el enorme *tapacaré*, entre los señores del aire, rival del cóndor andino, con sus espolones agudos en las alas, a guisa de puñales, sus ojos sangrientos y sus enormes garras; o, entre los señores de la selva, el jaguar, rival del puma de los contrafuertes andinos. Y no olvidemos a la *sicuri* (*boa constrictor*), que suele alcanzar tamaños increíbles. Cierta vez nos hallámos en una estrada⁽¹⁾, viendo picar⁽²⁾ a un amigo –un siringuero⁽³⁾-, cuando, de pronto, hacia un ángulo, sentimos un extraño rumor entre la hojarasca. Miramos por allí, y nos encontramos ante una cara chata y monstruosa que, a unos treinta pasos, con las quijadas apoyadas en tierra, tenía fija la vista en nosotros. En nuestro espanto, sólo atinamos a sacudir del brazo al siringuero y señalarle el punto de la asquerosa aparición. Y él, al verla, más asustado aún, echó a correr gritando: -¡Sicuri, sicuri... -seguido instantáneamente por nosotros, entre los árboles y bejucos. Cuando, en la barraca, nos limpiábamos el sudor producido por carrera y el miedo, decía el siringuero, ya en tono festivo:

-Ese *gallo* debe tener por lo menos unas treinta varas de largo...

(1) **Estrada**: claro del bosque.

(2) **Picar**: herir los árboles para hacer chorrear la goma.

(3) **Siringuero**: trabajador de la goma elástica.

El clima

Ya se comprende que los caracteres de la gea y la flora que hemos señalado rápidamente, deben conferir al clima de la hoya amazónica cierto grado de humedad, siguiendo, también en esto, al tipo yungueño. Pero, en general, aquél es un clima agradable, ni muy cálido –no azotado por los fuertes vientos, como el simún africano.

El factor sanitario

Y en cuanto a la patología regional, claro es que ella presenta diversas modalidades comunes a los países cálidos. Tal el paludismo, que es la enfermedad más extendida en esta hoya. Nosotros, al visitarla, por la primera impresión, llamámosla “la tierra de los hombres amarillos”, no sólo por la raza –pues abunda en ella el tipo mongólico- sino también a causa de las malaria y otros procesos anemiantes. Veíamos, asimismo, entre los indígenas y blancos, a los geófagos, víctimas del verme minúsculo –el necátor o anquilostoma-, a los disentéricos, a los espundiosos⁽¹⁾, a los micósicos...

Pero, así y todo, de ningún modo puede asimilarse esta zona, respecto de la salubridad, a otras del África o del Asia, en que la patología tropical alcanza tan sombríos caracteres. Por el contrario, entre el común de los países cálidos, puede decirse que ella es uno de los más sanos. En dos años que allí permanecemos, no encontramos entre los indígenas, ni un solo caso de tuberculosis, lepra, sífilis y otras afecciones tan frecuentes en las naciones que van a la cabeza de la civilización.

Y digamos también, a este propósito, que esas mismas tierras amazónicas guardan en su flora gigantesca verdaderos tesoros para el tratamiento de muchas enfermedades, y que aún no conoce la terapéutica moderna. Alguna vez nos tocó ver cómo un curandero *araona* sanó, en pocos días, una espundia de varios años en otro indígena, usando un simple menjurje de yerbas. Sobre este caso hicimos una comunicación en la Revista del Instituto Médico “Sucre”, hace tiempo.

Falta de caminos

Lo lamentable es que esta interesante región, sobre todo en su frontera boreal –Territorio de Colonias-, esté poco menos que desvinculada del Macizo Andino, por falta o deficiencia de vías de comunicación

Así, la travesía de la Cordillera Blanca, para descender de la Altiplanicie a la cuenca beniana, está erizada de dificultades. Ya allí, ni la mula; hay que atenerse a los propios pies. Sólo con ellos se podrá orillar precipicios vertiginosos, deslizarse en los clásicos *jaboncillos*,⁽¹⁾ y vadear torrentes, comiendo mal o sin comer, y pasando noches y noches al raso...

El asunto no es muy alucinante que digamos.

Cierto que para un turista de verdad, las mismas dificultades son otros tantos estímulos. Cuestión de temperamentos... y de pies. Hace años, a poco de publicarse nuestro libro *Páginas Bárbaras*, por el cual desfilan personas y cosas, no precisamente

(1) **Espundia:** término indígena que se aplica a una enfermedad ulcerosa de la piel y mucosas.

(1) **Jaboncillo:** terreno en que predomina la *laterita*, compuesto de alúmina y sílice que, seco, tiene la dureza del ladrillo –donde proviene su nombre- y humedecido se torna en una pasta lodosa que hace los caminos muy resbaladizos.

halagüeñas, del sombrío escenario amazónico, un profesor alemán –el doctor Oscar Tenz- reside en Valparaíso (Chile), a cuyas manos fue a dar dicho libro, inquietado por su lectura quiso regresar a su patria pasando por las tierras que habíamos pintado. Ascendió, pues, de las playas del Pacífico a la Altiplanicie, hasta La Paz; pasó de aquí a Sorata, en mula; luego, a pie, trepó los estribos septentrionales del Illampu; cruzó así la Cordillera Blanca y, a poco, estaba en las playas del Beni y del Madre de Dios, desde donde nos escribió entusiasta, antes de proseguir a Europa, por el Amazonas, hablándonos de su interesante viaje. En su carta fechada en Riberalta –el vistoso puerto asentado en los ribazos que dominan la conjunción imponente del Beni con el Madre de Dios- está hablando, más que el profesor el turista. Y un turista de la *cabeza* a los *pies*. Hay que recalcarlo: no basta tener de turista sólo la cabeza; ni basta tener de tal sólo los pies. Hay que tener de turista la cabeza y los pies.

Hace treinta años fuimos desde la Altiplanicie al Acre, en la frontera noreste de la hoya amazónica, con algunos centenares de turistas. Eran éstos, soldados. Formaban un bravo batallón –el Batallón “Murillo”-. E iban con él varias mujeres y aun niños ⁽¹⁾. Atravesamos el Macizo de Yungas en un mes, haciendo gran parte del camino a pies; en otro mes, por agua, metidos en batelones, canoas y pequeñas lanchas a vapor, llegamos al teatro de operaciones. Al desembarcar, después de la pesada navegación, un soldado aymara, decía a otro, en su idioma:

-Por fin volveré ahora a manejar mis pies...

Eran también aquéllos los pies de un turista de verdad. Y con tales palabras, el indio andino –admirable andarín- mostraba toda su psicología. Aquello de ir acoquinado, durante semanas enteras, en los rústicos batelones, habíale causado empacho. Despertaba en él la nostalgia de sus montañas. Y hablaba la voz de su raza. Pensamos nosotros en el hombre primitivo. Vímoslo realizando –hace millares de años- sus éxodos prodigiosos, desde las altitudes del Macizo Boliviano, hacia los cuatro puntos cardinales: ya un día cruzando la Cordillera Occidental, rumbo a las costas del Pacífico, donde han quedado muestras de su inteligencia y su poder: ya siguiendo –por el norte y el sur- la gran hilera de los Andes, hasta sus más remotos extremos; o ya, en fin perforando, por el oriente, la gran Cordillera y descendiendo a las cuencas subyacentes, para dejar también en ellas las inconfundibles huellas de su paso. Ellas subsisten, hoy mismo, en diversos puntos de la hoya amazónica, ya no tan sólo en Bolivia, sino en el Brasil. Diríase que esas migraciones humanas marcharon por los mismos rumbos de los ríos desprendidos del Macizo Boliviano. Justamente a lo largo de ellos, ya en las corrientes superficiales –como el Kaka yungueño-, ya en el Beni, ya en el Madera, ya en las mismas bocas del Amazonas (isla Marajo), subsisten las inscripciones rupestres que fundamentan esa inducción. Y en este último sector, se han hallado también restos humanos cuyas características antropológicas son similares a las de los primitivos pobladores de la Altiplanicie boliviana. De éstos aún subsisten grupos asilados –como los uros y chipayas-. Y por ello algunos investigadores suponen que ese tipo humano se dirigió desde las orillas del Atlántico hacia el Macizo Andino. Para nosotros, acaeció justamente al revés; fue más bien el hombre del Macizo que emigró de occidente a oriente, desde los Andes a la llanura tropical, ya bajo la presión de violentos cambios en el ambiente físico –según Posnansky-, o ya por la concurrencia de factores humanos –invasión a la Altiplanicie de otras razas.

En una etapa más próxima a nosotros, es muy sabido que la dominación quechua –incásica- se irradió en la hoya amazónica, sobre todo en las tierras del Mamoré (Mojos).

Quedan así trazados algunos rasgos de las tierras amazónicas bolivianas. El tema –como ellas mismas- es fascinante y gigantesco. Nosotros, dada la intención que anima

(1) Véase *Los Héroes Anónimos*, del autor. Cochabamba, 1929.

las presentes líneas, apenas lo hemos rozado: no pretendemos sino despertar la curiosidad del lector, interesarlo por el estudio de un asunto cuya importancia para Bolivia –desde cualesquier punto de vista- no necesita ser encarecida.

Para finalizar este párrafo dedicado a la hoya amazónica, y puesto que hace luengos años tocónos tomar cierta parte en uno de los aspectos de su tragedia –o, si se quiere, la tragedia del soldado y del *siringuero*- acerca de la cual escribimos los libros *Páginas Bárbaras*, *Los Héroe Anónimos* y, últimamente, *El Acre* –aún inédita-, ofrezcamos al viajero, siquiera no sea sino para variar el tema, un trozo folklórico musical que, a guisa de romance o canción, nos inspiró un joven soldado. Se llama *En las Playas del Acre*:

*Allá en las selvas del Acre,
al pie de la selva umbría,
oí cantar a un soldado
su elegía;
una elegía en que sólo
estas palabras había:
¡Madre mía, madre mía!...*

*El pobre soldado, acaso,
así llamando estaría
a su madre que, de lejos,
no le oía...*

*Y sólo el eco distante
de la selva, repetía:
¡Madre mía, madre mía!...*

*Y triste soplaba el viento
y triste el río corría;
y triste el bosque sus frondas
sacudía...
Y triste también, muy triste,
mi corazón repetía:
¡Madre mía, madre mía!...*

*En mi mente está grabado
el recuerdo de ese día.
Y hoy, a pesar de los años,
todavía
me parece estar oyendo
al soldado que decía:
¡Madre mía, madre mía!...*

Y vamos a la cuenca platense.

LA HOYA PLATENSE

La hoy platense boliviana es, con mucho, menor que la amazónica. Nos detendremos, sin embargo, más en ella, por su significación misma en la guerra del Chaco.

Vimos la gran importancia del papel desempeñado por el Macizo de Yungas en la formación de la hoya amazónica. Del Macizo de Charcas bien podemos decir lo mismo, tratándose de la hoya platense. Es el padre de ella. La hizo y la sigue haciendo. Una breve excursión geográfico-geológica explicará al viajero nuestro aserto.

Livichucu.- El magna divisoria aquarum

En el mismo borde de la Altiplanicie, entre los eslabones de Asanaques y Frailes, se inicia la formación de un notabilísimo relieve montañoso, resto de pliegues de la era terciaria: es el de Livichucu, con más sus aledaños. Determina él una triple dispersión de aguas fluviales: unas, continentales, corren al occidente, por el río de Tkjahua y se echan lago Poopó; otras, se dirigen al noreste –ríos de Ayoma, y Pocoata- y constituyen las fuentes originales del Río Grande, tributario como sabemos de la hoya amazónica; y, en fin, otras –ríos de Culpa y *Tolapampa*- corren al sureste: son las nacientes del Pilcomayo, perteneciente a la hoy platense.

Y ahora bien: desde este notable núcleo fluvial centrífugo, el indicado relieve montañoso avanza hacia el oriente y sureste, a la manera de empinado lomo, pasa por la ciudad de Sucre y desciende hasta las vertientes atlánticas del Macizo de Charcas, ceñido en sus costados por los ríos Pilcomayo y Grande, haciéndose cada vez más ancho, de suerte que sí, entre los ríos de Culpa y Ayoma, no tenía sino unos diez kilómetros, a la altura de Sucre, entre el Pilcomayo y el Río Grande, pasa ya de ciento, y, junto a la llanura oriental, de cuatrocientos. Y en cuanto a sus ríos marginales, que habían corrido paralelos en una gran parte de su curso, al dejar las montañas toman direcciones opuestas, pues el Río Grande tuerce al norte, en tanto que el Pilcomayo prosigue al sureste; y así se convierte el lomo que decíamos en un gran espacio abierto que se dilata hasta el río Paraguay.

El indicado relieve es, pues, una cuna incrustada en el cuerpo del Macizo de Charcas, con sus vértice en las alturas de éste y su base en la llanura (Chaco). Es decir que el Chaco Boreal no viene a ser sino una expansión o prolongación, por el oriente y sureste, del relieve de Livichucu que acabamos de describir.

Y para mejor comprensión del viajero, individualicemos rápidamente los dos grandes ríos arriba nombrados y presentémosle un tercero, de gran significación en este mismo asunto.

El Pilcomayo

Nacido, como hemos dicho, en Cuba y *T'olapampa* (Cordillera de los Frailes), tras la Altiplanicie, desciende en el Macizo, trazando una línea de orientación general sureste. De paso recibe las aguas del Potosí y Chuquisaca, por ambas márgenes, y ya cerca del Chaco, las del caudaloso Pilaya; y saltando por el estrecho de Pirapó (salto del pez, en guaraní), sale a la planicie chaqueña, donde prosigue su curso ya rectamente al sureste, separando el Chaco Boreal del Central, hasta reunirse con el río Paraguay, frente a Asunción.

Es pues, un río de cepa genuinamente andina; y que, en gran manera, ha contribuido a formar el Chaco. Es por esto que nosotros, en La Tesis Andinista, refiriéndonos a ese territorio, decimos:

“El Pilcomayo lo hizo, desde hace milenios; y sigue todavía haciéndolo.

“El fue el gran vehículo que, bajando desde las nevadas cumbre del Macizo hasta la oquedad que dejaron a sus plantas en descubierto los mares silurianos al retirarse en remotas épocas geológicas, la fue rellenando con los múltiples materiales que arrastra a su paso.

“Y fue –y es hoy mismo- mensajero entre la nieve polar que corona la testa del Macizo y las tierras candentes que cabrillean a sus plantas; entre la morada del cóndor y la del puma; entre la yareta que cubre las rocas a cinco mil metros de altura y el quebracho que, apenas a un centenar, hunde sus fuertes raíces en la arena chaqueña.

“Impetuoso o sereno, furibundo o manso, el noble río ha hecho esa obra como un verdadero artista: arrancó, desde las canteras andinas, las duras rocas; las quebrantó impertérrito y paciente; las redujo a menudo granza y, por fin, transformó ésta en la fina arena que cubre la mayor parte del Chaco.

“Y prosigue hoy su obra milenaria.

“Por eso decimos que el Chaco fue hecho por el Pilcomayo.

“Y puesto que el Pilcomayo es uno de los grandes ríos que desde el Macizo Boliviano descienden al Chaco, se puede decir igualmente que el Chaco es hijo de los Andes”.

Y, en el campo histórico, el Pilcomayo aparece también llenando un trascendente papel. El guió y sostuvo al hombre altiplánico en su travesías del Macizo hacia el Paraguay; así como fue uno de los trayectos principales que escogieron los invasores tupis y guaraníes para abordar desde el Paraguay el Macizo de Charcas; hoy mismo, como señal viva de su paso queda en el sector de los Esteros de Patiño (parte meridional del Pilcomayo) el clavo étnico de los *tapietis*, de origen guaraní, entre otras tribus diferentes (tobas, chorotis). Y ya se sabe cómo en la era hispánica hicieron los conquistadores ensayos infructuosos para remontar el Pilcomayo en busca de la Sierra de la Plata –Charcas-. Tales, los de Ñuflo de Chávez en el siglo XVI, y los del jesuita Patiño en el XVIII; por allí, también, en opuesto sentido, condujo el bravo Armenta su hueste, desde Tarija hasta las proximidades de la Asunción. Y son asimismo conocidos los grandes esfuerzos hechos en la República por los bolivianos para salvar el Pilcomayo y llegar al Paraguay: Magariños, Van Nyvel, Rivas, Giannelli... Una mención especial merece, en este punto, la expedición Campos de 1883 que, partiendo de Tarija, fue por una y otra orilla del Pilcomayo, entre las más crueles penalidades, hasta salir al río Paraguay y luego a la Asunción.

El Río Grande

Nace muy cerca al Pilcomayo, en Livichucu, y guardando con él cierto paralelismo, desciende el Macizo de Charcas. Llegado a tierras atlánticas, se produce el curioso fenómeno de su vuelta al norte, y su ingreso en la hoya amazónica, según vimos atrás. Es decir, ya en la llanura, el Río Grande traza un arco en torno a las tierras donde se alza la ciudad de Santa Cruz, para ir a formar, en la cuenca beniana, el soberbio Mamoré, que se

vierte en el Madera. Tiene, pues, el Río Grande un triple carácter fluvial: andino, platense y amazónico.

El Macizo de Charcas viene a ser, de esta suerte, un acuario común para ambas hoyas. Por su flanco septentrional (brazo Cochabamba-Santa Cruz), da a la amazónica un profuso haz de ríos; y por su vertiente platense, con el Río Grande, le envía las aguas de su propio corazón.

Los primitivos indígenas andinos llamaron *Chinguri* a este río. Los invasores guaraníes que llegaron –como al Pilcomayo- hasta él, le dieron el nombre de *Guapay* (*río que abarca a los demás*). Y, por su parte, los conquistadores españoles le nombraron *Río Grande*, haciendo extensiva esta denominación al Mamoré y aun al Madera amazónico.

Fue en sus orillas que, en los inicios de la Conquista, sobrevino el famoso encuentro de Andrés Manso y Ñuflo de Chávez y la subsiguiente disputa. Allí apareció La Barranca de Manso, en tierras de Güelgorigotá, asiento actual de Santa Cruz de la Sierra.

El Parapití

Pero más todavía a propósito de las relaciones hidrográficas que ligan el Macizo de Charcas con las hoyas amazónica y platense. He aquí otro río que presenta un caso análogo al anterior, o acaso aún más notable: el Parapití.

El Parapití, nacido en las postreras estribaciones orientales del Macizo de Charcas –serranía de Pomabamba⁽¹⁾- se dirige entre los ríos Grande y Pilcomayo, al sureste en su curso andino y después de correr en la llanura primeramente al este, dobla lentamente al norte. Y aquí empieza sus peripecias. Vacila. Corre con dificultad, como si estuviese *subiendo*. Diríase que duda. Por eso lo llamamos alguna vez *río ambiguo*. Y es así cómo en el Isosog se forman esos grandes bañados que los lugareños llaman *las madres*. Allí el agua se estanca. Y aún resulta que en veces corre al revés, si le falta el impulso trasero. Otras, en la estación seca, acaba por desaparecer en gran parte de su recorrido, sumiéndose entre los arenales. Y sucede también que varía con frecuencia de cauce. Y en fin existe la presunción –y nosotros participamos de ella- de que en la zona de los bañados desprende uno o más brazos, superficiales o subterráneos, dirigidos al sureste, que formarían el misterioso Timanes y otras cañadas de las profundidades del Chaco, terminando por desaguar en el río Paraguay por intermedio del Salado que a él afluye en las proximidades del Puerto Sastre. El río Salado sería así primitivamente el propio Parapití, convertido luego en el Timanes y otras corrientes ocasionales.

Y sucede además que de las madres por el norte se desprende otro brazo –el Quimone- que se vierte en la laguna Concepción (Chiquitos), para salir de la misma con el nombre de San Miguel o Ytonama y echarse, después de cruzar la hoya amazónica boliviana, en el Ytenes.

Así resulta que el Parapití es un río de las dos hoyas, amazónica y platense, y afluente de sus ríos marginales por el oriente: el Ytenes y el Paraguay.

Parapití significa en guaraní *aguas matadoras*: es que el río, con sus pantanos de barro pegajoso, que mata a la manera de un pulpo, continuamente está haciendo numerosas víctimas.

(1) De **Puma-pampa**: llanura del puma.

Con todo, sus orillas son más densamente pobladas que las del Pilcomayo chaqueño. Se asientan en ellas las haciendas muy bien establecidas. La ganadería ha tomado allí gran incremento. Abundan los caseríos de indígenas. A unos veinte kilómetros del río, en su curso meridional, junto a la serranía de Charagua, está el pueblo del mismo nombre, uno de los rincones más atrayentes de la región por la bondad de su clima y la calidad de sus productos.

El Parapití, además, es un río de ilustre abolengo histórico. En sus aledaños, las hordas guaraníicas que viniendo desde el Brasil y el Paraguay embestían el Macizo de Charcas, hallaron la dura resistencia de los autóctonos. Y, durante la Conquista, en las tierras de su margen izquierda ya convergentes a las montañas, se encontraron, como en las del Río Grande, los españoles de los Andes y del Paraguay: cuando, en 1548, desde la Asunción, llegó a ellas Irala, con arrestos de escalar “la tierra”, los naturales, expresándose en la lengua de Castilla, le enteraron de que esa zona estaba ya comprendida en la jurisdicción de La Plata. Y años más tarde, en la misma orilla del río, asentó el capitán Manso su infortunada fundación de Santo Domingo de la Nueva Rioja, que destruyeron los Chiriguano en una noche.

Hoy, como por predestinación funesta, el Parapití es también escenario de una lucha sangrienta entre bolivianos y paraguayos. El *río de aguas matadoras* sigue cumpliendo su sino...

Trazos geológicos

He ahí, sumariamente señalados, los tres grandes ríos andinos que concurren a formar la hoya platense, descendiendo por la vertiente oriental del Macizo de Charcas; y dos de los cuales dan lugar a esa que hemos llamado “una paradoja geológica”. Sólo el Pilcomayo, corriendo siempre al sureste, se muestra típicamente chaqueño. En cambio, el Río Grande y el Parapití, platense en la primera parte de su curso, tuercen después al norte, penetrando en la otra hoya, y se convierten en ríos amazónicos. Diríase que niegan sus aguas al sediento Chaco, siendo ese uno de los factores que determinan la extrema sequedad de tal territorio.

Y así también se habrá explicado mejor el viajero la formación original de la hoya que consideramos. En realidad, esta circunscripción geográfica más propiamente que una hoya es –repetámoslo- simplemente la prolongación de aquel pliegue de Livichucu, que estrecho, como vimos, en su comienzo, va tomando en su descenso, paulatinamente, un ensanche tal que acaba por abarcar el Chaco Boreal y zonas adyacentes (Chiquitos) en la llanura. Y esta misma, si bien se examina, se verá que no es tampoco el plano perfectamente regular, que suele decirse, tendido entre los Andes y el río Paraguay. Es más bien un terreno desigual, arrugado en partes, llano en otras, con depresiones aquí y allá (cañadas) y con eminencias –restos de antigua montañas ya casi destruidas por la erosión-. Lugares hay –zona septentrional- en que aún subsisten cerros aislados: tales los de Chueri al sur del Parapití; el Cortado, Tamané, Aguaragua, Urundaití, en su margen oriental; los de Warani, Colorado, San Miguel y las lomadas llamadas antes Murillo y hoy Aroma, hacia el río Paraguay. En suma, este territorio vendría a ser lo que en lenguaje geológico se llama un peniplano. En las primeras edades del planeta, llegaba allí el mar siluriano; y al retirarse, las oquedades producidas por los movimientos epirógenos se fueron llenando con las tierras de acarreo llevadas de Chiquitos por el norte y, sobre todo, de los Andes por el occidente. Así se formó el talud que, desde las faldas del Macizo de Charcas, sigue degradándose, poco a poco, hasta el litoral paraguayo, de suerte que si hoy, en la zona septentrional, al pie de los Andes, tiene cerca de mil metros de altura, pasa apenas de cien sobre el río Paraguay.

Al presente, continúa aún ese trabajo de acarreo. Las hoyas se van elevando con los despojos de las montañas vecinas. El granito, el pórfido la traquita, las rocas metamórficas llegan allí ya reducida a polvo. Así, cuando el viajero corre de Villa Montes a Ballivián y ve que su automóvil se sumerge en los *pozos* de finísima arena, que con molesta frecuencia cortan la carretera, no estará descaminado si piensa que aquélla es la sustancia de las mismas crestas rocosas que veía, por ejemplo, al pasar por las alturas de El Cóndor, en la Cordillera de los Frailes. Recuérdese que de ellas se descuelgan diversos ríos, como el hermoso Yura, que por el Tumusla y el San Juan va hasta el Pilaya y Pilcomayo, transportando al Chaco los detritus de aquella cadena montañosa tan deleznable, que no es desacertado decir que se *la está llevando el viento*.

El clima

La sequedad caracteriza el clima de la hoya platense, particularmente en el Chaco. Él se distingue, pues, del de la hoya amazónica en este primer rasgo que, por lo demás, no es sino continuación –exagerada- del tipo climatológico predominante en el Macizo de Charcas. Así como la humedad del Macizo de Yungas repercute –también muy acrecentada- en la hoya amazónica, pasa igual con la sequedad del Macizo de Charcas en el Chaco. De manera que, en este orden, se puede decir que ambas hoyas siguen siempre la pauta marcada por sus correspondientes macizos.

Y tal sequedad, en el Chaco, es un obstáculo que tiene aún en jaque al esfuerzo humano civilizatorio. Ella fue el muro infranqueable para las expediciones bolivianas que se internaron, reiteradamente, en las selvas chaquenses. La hueste de Campos y Thouar, hace cincuenta años, consiguió romperlo; pero por poco perece de sed. La sed... El *innema* fatídico de los indígenas del Chaco; el *ch'aquí* de los quechuas andinos; la sed que en la misma guerra pasada ha sido una de las visiones más trágicas.

Y hasta en las faldas montañosas bordeantes de este territorio suele desaparecer el agua de los ríos, en los años de seca. Lo cual es una catástrofe para sus pobladores –hombres y animales-. La ganadería, allí la industria más avanzada, retrocede. Millares de vacunos mueren por falta de agua.

Aún más: las perforaciones que en diversos parajes se han hecho –y se siguen haciendo- para extraer el agua del subsuelo, frecuentemente dan mal resultado: el agua que se encuentra –si se la encuentra- no siempre es potable; diversas sales, como el cloruro de sodio, la invalidan.

El paisaje

De esta suerte, como el aire, el suelo en esta zona es extremadamente seco. Ya aquí no se ve la red fluvial, copiosísima, de la hoya amazónica. Nada por ejemplo de un Mamoré o de un Beni con sus incontables afluentes. En las profundidades chaquenses no corre, propiamente, más río que el estacional y pequeño Timanes. Y en cuanto a los riachos que descienden de las montañas vecinas, -Tarairí, Tihuipa, Macharetí, Charagua, Ihuirapucuti- apenas si llegan a correr un corto trecho en sus faldas siendo pronto tragados por el sedimento arenal. Sólo en las épocas lluviosas se humedece esa tierra, y aún se producen inundaciones y grandes estancamientos pluviales (*curichis*) que, pasadas aquéllas, desaparecen.

La vegetación, en consecuencia, adquiere un tipo mezquino. Ya no más la selva real. Manchas de bosque bajo alternan, en general con praderas y lomadas vestidas de pajonales o de una maraña espinuda y rastrera (*aballoy*). Acaso podría decirse que el

quebracho es aquí el rey: o el panzudo *toboroche*; o la palmera *carandaya*. Mas ninguno de ellos alcanza, ni con mucho, la magnificencia de aquellos gigantes que se espejan en las ondas del Madre de Dios, del Beni, del Acre...

La falta de agua quita, pues, al paisaje sus mejores atractivos, particularmente en el Chaco. Todo parece allí estar sediento. Lo están hasta las polícromas mariposas que en enjambres innúmeros, se apiñan sobre las gotas de agua que dejó escapar el chofer al refrescar el motor del automóvil; lo está el pobre arbusto que se acurruca, achicharrado, bajo el sol de plomo: lo está la arena misma que en napas rojizas cubre el suelo. Y, justamente, ese color rojo es como el certificado que acredita la sequedad telúrica de ese territorio, causada por la acción del sol, que acaso hará en el futuro de él un nuevo Sahara.

Cierto es también que en medio de ese mismo cuadro de ardentía y de sed, podrá el turista que se aventure en estas hurañas selvas, hallar gratas sorpresas ante ciertas plantas que bien pudiéramos llamar providenciales. Tal, una humilde primulácea: el *sipoy*. El sipoy tiene tallo grácil y hojas menudas que evocan la figura de la cruz; pero su raíz es un descomunal tubérculo de forma ovoide que pesa en veces más de una arroba y suele contener hasta varios litros de agua. He ahí un milagroso reservorio del precioso líquido, enterrado en las arenas de esa tierra seca y salobre. El mismo *caraguatá-guasú* que, en el fascículo de sus carnosas hojas, conserva las gotas del rocío mezquino, ¡cuántas veces ha salvado la vida al sediento!

La fauna

Con lo que llevamos dicho se explica que la fauna de la hoya platense sea mucho menos variada y abundante que la de la amazónica. Por ejemplo, el jaguar, la fiera totémica —el *yaguareté* que, según la leyenda chiriguana, se quería comer a la luna-, aquí apenas se está para comerse a la tímida *urina*; y más bien se halla a punto de emigrar del Chaco, ante la presencia del hombre civilizado.

En cambio, más difundido, más numeroso y sociable es ese otro ejemplar, de fama mundial, muy frecuente también en el Macizo Boliviano: el zorro. El viajero lo verá a menudo, aun en las noches, lanzado a carreras desenfrenadas delante de su automóvil. Hállanse, alguna vez, zorros blancos. El hombre de Aguaragüe de una de las cordilleras bordeantes de la hoya platense por el occidente, significaría, en guaraní, *madriguera de zorros* (*aguará*: zorro).

Ni olvidemos tampoco al guanaco. De él decíamos, hablando de la fauna altiplánica, que ya ha desaparecido, casi del todo, de las alturas andinas, probablemente su tierra de origen. Pues, subsiste aún en la hoya platense. Lo hemos encontrado en el corazón del territorio adonde se internó quizá huyendo del hombre. La zona ribereña del Parapití, hoy llamada Isosog, palabra derivada del Chiriguano, se llamó anteriormente *Huanacu-pampa*, nombre quechua que significa *llanura de los huanacos* y que todavía subsiste en mapas antiguos. Sería este otro hecho demostrativo de que también en esos parajes solían realizarse, en remoto pasado, las famosas cacerías, de origen andino, cuyo nombre quechua dio origen a la palabra Chaco (*chajkjo*: lugar desbrozado, abierto). El cronista Lozano y últimamente Enrique de Gandía escriben incorrectamente *Chacú*.

Por último, como otra muestra notable de cosmopolitismo, citemos un pequeño roedor equímido, similar del llamado tojo o *tuju* de la Altiplanicie. Apenas más grande que un ratón, tiene los ojos de éste, las barbas de gato, la piel de vizcacha, los dientes de castor, las manos de *quirquincho* (armadillo): una miscelánea viva. Viendo el animalito al hombre se encoleriza. Gruñe. Muestra los incisivos, incurvados y recios de color rojizo. Y de esta guisa muchas veces embiste. Pero aun cuando retrocede, lo hace sin volver las

espaldas; puesto sobre sus patitas traseras se desliza hacia atrás dando siempre la cara al enemigo. Como en las alturas del Macizo, este animalito también fragua enormes oquedades en el subsuelo del Chaco. Es un arquitecto enano, una especie de gnomo, que si abre sus galerías bajo las carreteras da lugar a la formación de aquellos *pozos* que son la pesadilla de los chóferes.

Entre las aves grandes solíamos ver con frecuencia el ñandú (avestruz), igual al que habíamos hallado antes en las praderas de Trinidad, en la otra hoya. En cambio, nunca encontramos el corpulento tapararé, rival del cóndor andino, que en escuadrillas estridentes y hostiles nos persiguió más de una vez en los bosques del Madre de Dios y del Orton.

Tampoco son precisamente numerosas las multicolores y bulliciosas *parabas* que dan un típico carácter al paisaje amazónico, ya en el mundo del color, pintando flores ambulantes en su cielo, en sus ríos, en sus selvas; o ya en el sinfónico, con la sonoridad y destemplanza de sus gritos. Quizás en tiempos lejanos, cuando el régimen climático en el Chaco era mejor que el presente, abundaban mucho más esas aves. Así se explicaría el nombre mismo del río Paraguay, que según investigadores autorizados en excursiones etimológicas y etnográficas, quiere decir *río de los loros (paraba-y)*.

Y para dar fin a esta remembranza del mundo volátil hablemos también al viajero de cierto avechicho noctívago que en cierta ocasión nos dio algo que hacer.

El cuyabo

Viajábamos una noche de otoño en lo más hondo de la selva platense, en la pésima carretera que, por Ingavi, se dirige al río Paraguay, ocupando junto al chófer la cabina de un destartado camión. A poca distancia seguíamos, en otro de no mejor aspecto, un compañero de andanzas. Las altas horas de la noche pesaban en nuestro cerebro sobrecargado con los apremios de la guerra en esos días. La selva negra nos rodeaba. A la luz de uno solo de los focos del camión –el otro estaba roto– apenas podíamos discernir por delante de faja blanquecina de la carretera perdiéndose entre los árboles. Por detrás, rato a rato, veíamos el otro camión como un monstruo de ojos centelleantes, dando apariencias fantásticas al paisaje. Pero lo que sobre todo nos atraía eran unos *cuyabos* que revoloteaban junto al coche con molesta instancia, dando a ratos sus aletazos sobre la capota del motor y rozándonos casi en la frente soñolienta. Otras veces iban a posarse sobre las mismas huellas de la carretera, cual si quisieran oponerse al paso, remontándose sólo cuando ya la rueda iba a tocarles. De lejos no se los veía; pero en cambio se mostraban entre las sombras, sembrados por el suelo, unos puntos rojos y brillantes, como ascuas de fuego.

-¿Son tal vez troncos encendidos? -preguntamos al chófer.

-Son los ojos de los cuyabos –contestó él.

Así avanzábamos, cada vez más intrigados con estos pajarracos nocherniegos. Pero en esto debimos hacer alto. El camión trasero no parecía. Ya sus ojos no brillaban a la zaga, como los de los cuyabos delante. Esperábamosle por un buen rato y como no llegaba, echamos pie a tierra para ir en busca del compañero. Pistola en mano desandamos, por varios kilómetros, el camino recorrido, bajo la tenue claridad de la luna oculta tras una capa de nubes que se dilataba por todo el firmamento. A momentos encontrábamos a la vera del camino troncos derribados de *toboroques*. Panzudos y deformes, semejaban cadáveres hinchados y putrefactos. Y en todo una profunda soledad. Ni un soplo de viento en las frondas negras. El bosque parecía petrificado. Y en

medio del silencio sepulcral, apenas resonaban tácitamente nuestras botas hollando, a grandes trancos, la arena del camino.

Pero ha aquí que de pronto hirió nuestras oídos una voz lastimera. Venía de la selva. Era como si una mujer se estuviese quejando allí. Pero, ¿cómo podía ser tal si estábamos en pleno desierto? Pensamos que acaso se tratase de alguna mujer *siracua*, pues ya sabíamos que en las proximidades de Ingavi suelen vagar salvajes de esa tribu. Detuvimos fijando más la atención. La voz tornó a sonar y hasta nos pareció distinguir, vagamente modulada en ella, una palabra quechua:

-¡Kjuuahuai...⁽¹⁾

La cosa, como se ve, adquiriría mayor interés. Pero pronto un vuelo de ave que pasó cerca a nosotros, volvióse a la realidad. Era un cuyabo que al entonar su canto a la noche iba articulando su mismo nombre, que como verá el turista no dista mucho de *kjuyahuay*.

Productos

El petróleo del cual ya hablamos, más corresponde al último tramo montañoso del Macizo que no propiamente al Chaco. E igual cosa puede decirse de ciertos recursos agrícolas como la *cumanda* y el maíz, principal alimento este último del indígena. Y también su mejor diversión. Con el maíz fabrica en efecto, el Chiriguano el *cangüi* (chicha) que según el decir de cierto misionero, es "su dicha, su ideal, su dios, su todo".

La ganadería se desarrolla sólo a lo largo de los ríos marginales. Para poderla incrementar en el interior del Chaco habrá primeramente que vencer el grave obstáculo que significa la falta de agua.

En el sector norte de esta hoya, existen enormes yacimientos de cloruro de sodio, ya explotados desde un remoto pasado aun por los bárbaros: son las Salinas de Santiago y San José, que en el futuro darán seguramente lugar al establecimiento de diversas industrias. Créese que, además, ellas contienen grandes cantidades de petróleo.

La riqueza forestal es también otra explotación del porvenir, que dará resultados que ni siquiera se pueden calcular.

Caminos.- Pueblos.

Cuanto a vialidad, esta hoya está ciertamente en mejor situación que la otra. Hablamos ya de las diversas carreteras que desde el Macizo de Charcas se descuelga al chaco. Ligada a ellas se extiende por este territorio una profusa red caminera que penetra hasta su mismo corazón: Ingavi, Picuiba, Camacho, Muñoz... El camino de Villa Montes a Muñoz está conectado con la gran ruta diagonal que nos ocupó páginas atrás.

Pero es distinto el caso tratándose de "los camino que andan". El Pilcomayo es todavía impracticable en este orden.

Junto a los más importantes caminos de acceso a la hoya platense por el flanco andino, se alzan algunas poblaciones importantes como Villa Montes, sobre el Pilcomayo,

(1) ¡Compadéceme!"

y Charagua, cerca al Parapití. Hace poco tiempo, nosotros, en el Parlamento, propusimos la fundación de una ciudad a orillas de este último río.

En el borde oriental de la hoya, frontero al río Paraguay, está, sobre la laguna Cáceres, Puerto Suárez.

Salubridad

También en este punto superaba, hasta hace unos años, la hoya platense a la amazónica. Así, el paludismo estaba circunscripto a muy limitados focos. El anofelo, existe es verdad en diversas zonas, estaba aún incontaminado. Pero las miríadas humanas que llevó la guerra al Chaco infectaron el mosquito y esta es la hora en que el paludismo ha abarcado allí una enorme extensión.

Y algo análogo pasa con otras afecciones: disentería, uncinariasis, micosis. Ello sin contar con los flagelos generales como la tuberculosis, las enfermedades venéreas, etc.

Una mención especial merece la fiebre amarilla. Habíamos opinado nosotros, hace años, que ella existe, desde lejanas épocas, en ciertas zonas de la hoy platense, como la comprendida entre el Río Grande y el Parapití, aunque revistiendo formas muy atenuadas y susceptibles de confusión con otras enfermedades. La epidemia que hace cincuenta años caracterizaron muy bien en el Isosog los doctores Ortíz y Camó, médicos de la expedición Thouar (1887, no era sino el despertar del proceso amarillíco latente en esa zona. Y lo propio ha vuelto a pasar hace pocos años. Existe, pues allí el flagelo aunque muy disimulado. Confírmalo también la Misión Rockefeller. Más aún: hoy se tiende a creer que puede presentarse el mal aun sin la concurrencia del huésped intermediario conocido (*œdes œgypti*). En este sentido el Chaco ya podría también contarse entre las regiones azotadas por el cuarteto sombrío, "los cuatro grandes problemas de los trópicos" al decir de cierto médico: el paludismo, disentería, la uncinariasis y la fiebre amarilla.

El hombre

Teniendo la hoya platense los defectos que acabamos de señalar, muy especialmente la falta de agua en su mayor parte, no debió de ofrecer mayores ventajas para el desarrollo del hombre primitivo.

Pero sucede también que ella está enclavada en pleno corazón de Suramérica, con los dos grandes sectores del Pacífico y Atlántico a los lados, constituyendo así un punto de paso obligado para las corrientes humanas dirigidas en uno y otro sentido.

El hombre andino

De nuestra parte, creemos firmemente que en tiempos remotísimos, muy anteriores por cierto a la etapa incásica, la civilización de Tihuanacu, que por el norte irradió hasta Colombia, a la Argentina y Chile por el sur y a las costas del Pacífico por el Occidente, llegó también por el oriente a las tierras que son hoy el Brasil y el Paraguay. Y el avance hubo de verificarse por la hoya indicada. Todavía podemos nosotros considerar las diversas huellas que dejó en su marcha. Tales serían los restos arqueológicos de tipo altiplánico que se encuentran en Zudáñez a unos cien kilómetros al sureste de Sucre, los de Incahuasi a cuatrocientos y los de Charagua (recuérdese la referencia que hicimos a

las inscripciones de Ihuirapucuti) a seiscientos, ya al pie del Macizo de Charcas. Y asimismo sabemos de los hallazgos hechos en el litoral del río Paraguay: los de Fuerte Olimpo, comunicados por Juan de Cominges, y los del Mutún, citados por diversos viajeros, al norte de aquéllos. En este último punto la imagen del sol, grabada repentinamente en la piedra, nos dice claramente de la raza heliolátrica que desde la Altiplanicie llevó su culto por los cuatro puntos cardinales. Acaso se tratase de una emigración blanca: la de los *yuraj-kjaris* (hombres blancos), cuyo nombre subsistía hasta hace poco en el gran brazo orográfico Cochabamba-Santa Cruz (Cordillera de los Yuracarés).

Los chaneses

Se cree, por otra parte, muy fundadamente, que en tiempos posteriores aportó a América una invasión amarilla llegada por el estrecho de Behring: sería la de los *chanes* o *chaneses*, de origen asiático. Los advenedizos avanzarían, luego a lo largo del borde occidental de las Américas, hasta el Perú, dejando de paso, en Centroamérica, la fracción de los mayas, en la cual aparece también el nombre de *chanes* (serpientes). En el Perú es muy conocida la región de Chanchan que en lenguaje quechua significaría *región donde abundan los chanes* aunque es más socorrida su traducción por *muy antiguo*, que no se opone precisamente al concepto anterior. Y ahora bien: nosotros pensamos que estos chanes, gente eminentemente prolífica y trashumante, pasaron del Pacífico al Atlántico, al través de los Andes, esparciéndose así sobre las dos hoyas, amazónica y platense. Hoy mismo subsisten en ellas tipos claramente afines del chino o japonés. Nosotros frecuentemente los hemos visto entre lo *araonas* y otras tribus que pueblan las márgenes del Beni, Madre de Dios, Orton, en el noroeste de Bolivia (hoya amazónica). Y hemos vuelto a encontrar ejemplares del mismo corte al pie del Macizo de Charcas, sobre todo en las tierras del Parapití (hoya platense), en Copere e Iboperenda. Son los mismo chaneses frecuentemente nombrados por los antiguos cronistas españoles. Al advenir la Conquista, estaban subyugados por los Chiriguanos, bárbaros de ascendencia guaraní. Hoy se extienden aún sobre una extensa área del Chaco Boreal.

Los guaraníes

Los guaraníes, como se sabe, ocupan una gran parte de las costas orientales de Suramérica. Antropológicamente, serían de remotas ascendencia negra. Venidos sus antecesores en tiempos prehistóricos desde el África, habríanse cruzado con los indígenas de la América tropical, en parte de origen andino, generando el tipo étnico llamado tupi o guaraní.

Y bien: estos guaraníes realizaron un movimiento migratorio de sentido opuesto al de las corrientes andina y amarilla. Estas fueron de los Andes al Brasil y Paraguay; aquéllos dirigiéndose al Brasil y Paraguay a los Andes. Varias de sus irrupciones tuvieron lugar en tiempos ya propiamente históricos por lo cual son mejores conocidas que las anteriores.

¿Y qué buscaban los guaraníes?

Buscaban el Macizo Andino. La fama de éste, revestida de deslumbrantes tintes, llegó seguramente a sus oídos por boca de los descendientes de las mismas gentes –los chaneses, por ejemplo– que emigraron de allá al trópico: en las montañas que habían dejado sus antecesores, estaba el paraíso, (aquí el Edén de Villamil de Rada); estaba la morada de la felicidad, la tierra prometida; allí, al alcance de la mano, el *manioc* y todo lo demás en que la mentalidad balbuciente del bárbaro hacía consistir la dicha. Levantó, pues, el guaraní sus aduares y ya remotando el río Paraguay, ya subiendo el Pilcomayo o

ya cruzando la región actual de Chiquitos entre el primero de los ríos nombrados y el Parapití, llegó a los pies del Macizo y trató de escalarlo. Los naturales opusieron brava resistencia al intruso. Pero éste se había embarcado en la aventura sin ánimo de regresar. Así se incrustó en aquellas tierras y aun se mezcló con los pobladores nativos. El resultado fue el Chiriguano, que subyugando a la pacífica y nutrida nación de los chaneses, se extendió a todo lo largo de las últimas serranías del Macizo de Charcas en inició sus arremetidas contra la barrera montañosa para subir a la meseta. En los postreros tiempos del imperio incaico, el *problema Chiriguano* asumía ya muy graves caracteres. Como que los españoles, sojuzgados los Hijos del Sol, se apercibieron muy luego de él: en 1534 hubo un acuerdo entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, según el cual este último debía ir a reducir a aquel pueblo indómito. Y es muy sabido cómo después el Chiriguano tuvo en jaque al poderío español por cerca de tres siglos.

Tenemos, pues, que la hoya platense, comprensiva del Chaco Boreal, formó parte obligada del itinerario seguido por diversos éxodos humanos: uno de procedencia andina, probablemente blanco y blancoide; otro amarillo, mongoloide; y en fin el de los tupis y guaraníes, negroide ⁽¹⁾. Ello sin contar otras tribus que con frecuencia solían replegarse a ese territorio, no obstante los tremendos contrastes que debían arrostrar en él, empujadas por factores cuyo análisis no es de este lugar.

Y digamos algo del éxodo blanco o español.

Los españoles

Hemos insistido repetidamente, en otras obras, sobre los móviles que determinaron las penetraciones al Chaco, durante el siglo XVI, de los conquistadores hispánicos llegados por el Atlántico. “Ellos no buscaban el Chaco” –decíamos-. Aquel territorio sin agua debía parecerles algo como una dependencia terrestre del infierno bíblico. Querían, sí, llegar al Macizo de Charcas, la Sierra de la Plata. Ese era su ideal supremo. Y sólo por cumplirlo hubieron de habérselas con las malditas tierras chaquenses. De suerte que, en este punto, llegaban a coincidir exactamente el invasor castellano con el antiguo invasor tupi-guaraní. El mismo establecimiento de la Asunción – hoy capital del Paraguay- obedeció ante todo a ese concepto. *Para estar más cerca de la sierra de la plata* –habían dicho los españoles, al erigir, en 1536, el reducto que fue más tarde aquella ciudad.

Así ellos también envueltos en la vieja tragedia de un territorio que tenía el triste sino de no interesar a nadie, pero que debía atraer a todos, puesto que era el puente que conducía a Charcas.

Charcas... He ahí el irresistible señuelo de los castellanos venidos por “la Mar del Norte”, la mágica palabra que nos aclara su tenacidad fatal. Ahí está la patética legión: el infeliz gentilhomme don Pedro de Mendoza, Adelantado del Río de la Plata, que se quedó sin plata y se murió contemplando sus propias llagas en vez de las “perlas e joyas” que con reiteración lastimera pedíale a su segundo Ayolas que se lanzó en medio de las profundidades chaquenses, rumbo a Charcas y no volvió ya: y luego, un Irala, un Núñez Cabeza de Vaca, un Ñuflo de Chávez y tantos otros más, poseídos todos por la fiebre dorada y por la fiebre blanca, por el ansia inenarrable de llegar a la Tierra rica cruzando el Chaco misérrimo...

(1) Véase Ensayo de Prehistoria Americana, de B. Díaz Romero.

Si el viajero, pues, al ir excursionando con nosotros por los campos del Chaco, penetra también en estos otros campos de su historia, no siempre bien estudiada, pronto echará de ver que los conquistadores del Paraguay al meterse en las selvas chaquenses, tenían su pensamiento muy lejos del Chaco, hincado en la deslumbrante Sierra de la Plata...

La irrupción actual

Y hoy, vemos que a la vuelta de cuatro centurias se está reproduciendo el mismo fenómeno migratorio humano. Una nueva irrupción va avanzando por el lado del mismo Río de la Plata, en dirección a Charcas, la Bolivia actual.

Los descendientes de aquellos guaraníes prehistóricos y de los castellanos del siglo XVI, buscadores de tesoros, emprenden una vez más el viejo camino. Han atravesado el Chaco y ahora embisten los primeros tramos de la gran escalinata que conducen al hogar boliviano.

Y los hijos de Charcas, por su lado, descienden de sus montañas a la trágica hoya para cerrar el paso a los invasores. Y es a esto que se llama *la guerra del Chaco*...

El hombre, ciertamente, no es exacto. Ya lo habíamos recordado: "la historia se repite". El drama de los tiempos pretéritos, hoy se reproduce bajo nuevas formas. El Chaco es sólo el teatro de la lucha multiseular, no por el Chaco mismo, sino por algo que está más allá, en la Bolivia del presente, en la Charcas de antaño.

Aquí está el petróleo, manando, a los pies del Macizo Boliviano, de sus faldas montañosas que convergen al Chaco. ¡A tomar el petróleo! – ha dicho el invasor.

Y ahí están, más arriba, escalonándose en el Macizo, las otras riquezas, tan variadas, de su suelo apenas removido. Esto es aquella Sierra de la Plata tan buscada otrora y hoy desbordando también su estaño.

Sí: "la historia se repite".

Habrán variado los trajes, las armas, los métodos; mas el móvil es el mismo.

Si en edades lejanas fue el bárbaro semidesnudo que, en las selvas guaranianas, se alzó hispanizado por Charcas, en nuestro siglo es el civilizado que viste frac y sombrero hongo, empujado por idéntico señuelo.

Tal es la llamada *guerra del Chaco*, de la que nosotros, años antes de producirse, ya dijimos: "guerra estúpida".

He aquí las palabras con que, en 1927, cerrábamos el libro *La Ruta Atlántica*; una vez más, debemos anotarlas:

Nosotros lo hemos dicho ya y lo repetimos: los dos pueblos, bolivianos y paraguayos, unidos por la tradición, por la geografía y por sus comunes intereses, deben ser buenos amigos. El río Paraguay no debe dividirnos, sino más bien unirnos. Y el Chaco, en lugar de ser en el futuro el teatro de una guerra estúpida, deber ser el nexo áureo entre Bolivia y Paraguay".

Y he nos ahora ante la dura realidad.

Digresión

Pero dicho se está que no entra en los fines de este libro hablar de la guerra boliviano-paraguaya.

Limitémonos, ya que en la hoya platense apareció el Chaco y con el Chaco la guerra, a ofrecer al viajero, en el término de nuestra excursión, un breve relato anecdótico referente a un joven soldado que nos impresionó vivamente, como aquel otro que, treinta años atrás, en la otra hoya –la amazónica- y en otra guerra –la del Acre-, desde “la selva umbría” alzaba una canción nostálgica a su madre.

Noche. Hace una pausa la voz del cañón y las ametralladoras. La batalla había durado todo el día en una línea ondulada de más de cuarenta kilómetros entre Guachalla y Ballivián. Ahora el autor, junto con el Dr. Aranibar Orosco, Director del hospital militar de este último punto, está en un puesto sanitario de socorro, viendo sacar a los heridos y muertos que quedaron esparcidos en el *monte*. El bravo regimiento Chuquisaca los había tenido muchos en una embestida imprudente al enemigo.

-No tengo, pues, cadenas para sujetar a esos muchachos –decía el mayor Cuéllar, comandante de esa unidad-. Se han lanzado en descubierto y ya no hemos podido recoger nuestros muertos y heridos...

Pero ahora se va ensayando hacerlo.

A la luz de unos mecheros de kerosén, mira el autor discurrir la macabra procesión.

Entre los heridos hay uno, muy grave. Tiene ambos muslos tomados por proyectiles de ametralladoras. De entre los vendajes, puesto de prisa, escapa la sangre en gotas continuas y rutilantes. La región genital, también herida, está al descubierto; y allí se ve el miembro viril, descarnado y erecto. Sólo le falta la vaina escrotal. Ni un hábil prosector habría hecho aquella obra notable de disección. El proyectil respetando el esqueleto membranoso, destruyó sólo la cubierta. Rojo, túrgido, tenso, diríase del órgano una herramienta punzante después de hundirse en la herida sangrienta...

-¿Cómo te llamas?

-Pedro Manjón...

La voz flébil del soldadito apenas se oye. Sus dientes castañetean. En su rostro polvoriento parece ya asomar la facies hipócrita. Es la hemorragia. El Dr. Orihuela, médico del puesto de socorro, procede a poner al herido una inyección hipodérmica estimulantes. Y cuando así lo hacía, el autor ha visto fulgir, bajo la luz del mechero, en el dedo anular de su mano derecha, un anillo de bodas.

Y nada más... El autor regresa a Ballivián. Ya no brillan los mecheros de kerosén. En el paisaje, los árboles, envueltos en la sombra, parecen gigantes agazapados. La luna, todavía alta, difunde una claridad opaca. Todo es silencio y paz.

Poco después, el autor está acurrucado en su lecho campaña. Las horas nocturnas se van deslizando por su mente de negrura y de sangre. El autor, a los largo de su inquieta vida, ha presenciado horrores de toda guisa. Más el cuadro que ofrecía el soldado Manjón, hace unas horas, se halla todavía estereotipado en sus retinas insomnes...

Pero en esto, a lo lejos, comienza a sonar una música deleitosa. Es un violín. Unas hábiles manos arrancan de él chorros de notas saltarinas, como perlas cayendo en un tazón de cristal.

-¿Será eso un gramófono? –ha preguntado el autor a un compañero, recogido en otro rincón del *pahuichi* y también en estado vigil.

-No –responde él-. Es Montenegro, el telefonista, quien está tocando.

¡Qué diafanidad, qué dulzura, qué limpidez de esas notas!

Y entonces el autor vuelve a pensar en el herido. ¿Se habrá muerto ya? ¿Se estará muriendo, tal vez, en el hospital? ¿Llegarán, en sus postreros instantes, hasta sus oídos, aquellas divinas armonías?

Nada aquí de cantos fúnebres, de *misereres*, de plegarias lamentables para ayudar a bien morir; nada tampoco, de marchas guerreras, de fanfarrias detonantes mostrando al soldado esa que llaman *la senda de la gloria y del deber*. ¿No es mejor morir suavemente, perdiendo poco a poco la sangre, envuelto por las miradas de la luna y escuchando el aire dulce que modula el violín?

*Es la noche profunda.
En el confín
del bosque negro,
la luna en un ríela meditabunda.
Y en un pahuichi
–como en un armonioso camarín-
tintinea el allegro
de las cuerdas de plata de un violín.*

*Es un aire español
de Sarasate,
pleno de arrullos,
de azul, de sol.*

* * *

*Soldado que caíste en el combate;
soldado de cuya herida
ha visto cómo se vierte,
gota a gota, el raudal de la vida
yendo al mar sin orillas de la muerte;
soldado –juventud,
esperanza, energía-,
no caigas todavía...
¡Salud, salud!
Ahora, tras del festín
macabro de la brega
hay que ir hasta el fin
oyendo el son alado
de las cuerdas de plata del violín.*

*Soldado,
bendice tu fortuna.
Ahí tienes la luna
en el confín
del bosque negro
para darte su amor
al cerrarse tus ojos adormecidos
en el postrer sopor.
Y para tus oídos
–en lugar del clarín
que lleva al duelo trágico-
ahí tienes ese allegro*

*que al golpe de su arco -plecto mágico-
arranca Montenegro
de las cuerdas de plata del violín.*

Meses después, el autor, ya en Sucre, encontró al soldado Manjón, sano y bueno; o, como dirían sus camaradas, “vivito y coleando”.

Y en cambio supo que el Dr. Orihuela, que atendió al herido aquella noche, había muerto en El Algodonal, a manos del enemigo. Un tiro de fusil atravesó el cuello, cuando se hallaba curando a algunos heridos, bolivianos y paraguayos. Ellos también perecieron. Y todos juntos fueron enterrados en la misma fosa. Así se hallaron los restos del joven médico, cuando se dispuso su traslación a Sucre. Ya no llevaba –se dice- el anillo de bodas...

CONCLUSIÓN

Y es ya tiempo de cerrar este libro.

El autor debe despedirse del viajero.

Estamos en Villa Montes, a los pies del Macizo, soportando un calor africano; hay que subir algo para refrescarse. Pero ya no será por la carretera Villa Montes-Tarija. Ahí está, a la mano, en la pista de aterrizaje de este pueblo, un Junkers del Lloyd Aéreo Boliviano. El autor invita al turista a embarcarse con él, para subir a la ciudad de Luis de Fuentes.

La mañana está blanca.

Blanca, porque debajo del trimotor que asciende suavemente sobre los Andes, se ha inmovilizado una gruesa capazón de nubes, ocultando la tierra. Diríase una inmensa llanura nevada, un paisaje polar.

En el barco aéreo va una veintena de jefes paraguayos prisioneros que son conducidos a Tarija. Bajo las minúsculas alas de sus sombreros de trapo, destacan – desencajados- sus rostros de líneas angulosas. Sentados sobre el pavimento, unos a la manera turca, otros de cuclillas, varios de pies, forman un semicírculo prieto a un féretro de tablas mal trabadas que está en el centro. Allí van los restos de un oficial muerto en esos días y que ahora son trasladados a Oruro. Cubren el féretro la bandera boliviana y un guiñapo negro.

El autor, que se había vuelto desde su sillón de preferencia, detrás del piloto, a ver el grupo y el féretro, no los encuentra muy atrayentes que digamos. Prefiere, entonces, continuar mirando por la ventanilla el paisaje exterior.

¡Cuánta blancura!

Abajo, las nubes siguen inmovilizadas. Arriba, el cielo fulge azul. El avión, a ratos, se descuelga en los pozos de aire, para ascender nuevamente. ¡Qué distintos ellos de los otros de fina arena del camino a Ballivián, donde se hundía el camión, arrancando blasfemias soldadescas a los chóferes!

Para una hora. Y ya estamos sobre Tarija. La capa de gasas blanquísimas se rompe en pedazos y aparecen bajo las risueñas campiñas tarijeñas. Unos minutos más y el avión está sobre la pista. Aterrizamos.

Un grupo de curiosos rodea el trimotor. Entre ellos, ve el autor una pareja juvenil, que se le aproxima. Ella es una joven campesina de admirables ojos; él, un *chapaco* ⁽¹⁾ vestido de soldado. Se ha fijado con mucha atención en las hombreras de la casaca militar del autor y ha dicho a su compañera:

- *Este ha'y* ser el coronel.

Ella ha contestado, incrédula:

-No ha'y ser,

(1) Habitante de la campiña de Tarija.

De todos modos, el joven recluta se cuadra militarmente ante el autor, chocando los tacos de sus *chocolateras* ⁽¹⁾, lleva la mano derecha, con los dedos rígidos a la visera de su quepis, y pregunta:

-Con permiso mi coronel... ¿es usted el coronel Bilbao?

-No.

Nuevo saludo militar, nuevo choque de tacos y media vuelta, mientras su voz adolescente repite:

-Con permiso, mi coronel...

Pues ahora el autor, a su vez, sin hacer precisamente las mismas piruetas del joven soldado, se despide del viajero con un sencillo y cordial (*shake-hands*).

APENDICE

(1) Botas de caña corta.

BOLIVIA ⁽¹⁾

Potosí, antaño, era nombre de fábula, -Cólquida, Eldorado, Ofir-, de la fábula estupenda que impregna de su luz maravillosa todo el Ciclo de Oro. Fue en una tierra de entrañas de oro donde Manco Capac iniciara una civilización; donde las gentes de España destruyeran el imperio incásico e implantaran su dominio en su alto y bajo Perú; donde Sucre consagrara a Bolívar el país nuevo que formara después de la victoria de Ayacucho.

Es hoy tan sólo un recuerdo Potosí; mas Bolivia sigue siendo uno de los países más llenos de riquezas de todo el continente nuestro. País, como todos los hispanoamericanos, ardido tantas veces por revoluciones y luchas entre hermanos del propio territorio y de su vecindad, ha sufrido las inevitables fiebres del crecimiento.

“Bolivia –decíame un boliviano de talento y carácter- es el país de los contrastes”. Y agregaba a tal afirmación: “Su topografía, su clima, sus producciones, sus monumentos y sus habitantes, constituyen un conjunto de elementos tan heterogéneos que no parece que formaran parte de una sola nación. Quien ha viajado, no sólo por una región de Bolivia, sino por todo su territorio, no puede menos que quedar pasmado ante la multiplicidad de cuadros, a cual más inconexos y curiosos, que le presenta este país. Ya se le aplanado por enormes mesetas que cansan los ojos con su perpetua monotonía y que ejercen en sus moradores una acción achatante que les singulariza por modo muy particular; ya está erizada por complicadas serranías y cordilleras; cuyos colosales picachos guarnecidos de eterna nieve, parecen gigantes embozados en túnicas imperiales de armiño, que contemplan en actitud monolítica la sucesión de los siglos; ya está horadada de valles profundos y sinuosas quebradas, donde se ven mil accidentes del terreno, como las proyecciones de un cinematógrafo; ya bordado de praderas y selvas inmensurables, en cuyo seno bulle una vida activa y desbordante; ya está bañado por ríos larguísimos y misteriosos lagos como el Poopó y el legendario Titicaca que guarda la poética tradición de los Hijos del Sol. La primera vez que recorrí Bolivia de extremo a extremo, me pareció ir por un país de ensueño. Viéndome en la árida región que mira al Pacífico y ascendiendo a la Altiplanicie andina, sentíame hastiado por la uniformidad del panorama que se desarrollaba ante mis ojos. Aquella sabana terrosa, con su aspecto sepulcral, su frío, sus brumas, sus espejismos, sus pajonales y su silencio se me antojaba detestable. Como el navegante que en alta mar no ve más que agua y cielo, yo, perdido en aquel océano de tierra, no veía más que la inmensa bóveda azul volcada sobre la inmensa llanura sin color. No se divisaba ni un arbusto. Yo deseaba ver cuadros más variados. Tenía la nostalgia de los árboles. La desnudez de la pampa, su serenidad, su quietud, su mutismo, infiltraban en mi espíritu un sentimiento mortal de desaliento. Aquella era una región exánime, maldita. Era la tristeza hecha tierra. Era la petrificación de la inercia y de la austeridad. Y bien. Poco después me hallaba en el otro extremo de Bolivia. Estaba, según mis deseos, en la región de los árboles. ¡Qué árboles! Ahora eran gigantesco vegetales sembrados por el suelo como soldados en ejército sin fin, los que formaban sobre mi cabeza una bóveda verde y fresca, bajo la cual caminaba días, semanas, meses. Ahora ya no más perspectivas ilimitadas y aburridoras. Yo habitaba en palacios plétóricos de verdor y de perfumes. Y ya no me deprimía el ambiente de la pampa agria y silente. Los árboles, el suelo, el agua y el aire eran hervideros de seres; laboratorios de energía, campos de una batalla fenomenal. Y de los árboles, del suelo, del agua y del aire, brotaba sin descanso la sinfonía intraducible de una vida fastuosa y triunfante. Pero, al cabo, esto también me cansó. El árbol dominador, desmesurado, omnipotente, llegó a causarme empacho. Me hallaba como en una suntuosa prisión. Deseaba que mi vista se explayase en horizontes más amplios, como los del Altiplano. Y tuve la nostalgia de la pampa. Y si antes ésta me había hastiado con su aire de tierra

(1) Artículo escrito por Rubén Darío. Ver: "Prosa Política", pág.113 y siguiente. Edición "Mundo Latino", Madrid.

muerta, veía en mi redor. Pero ¿cómo escapar? Este mar de verdura se extiende hasta el otro mar, hasta el Atlántico.

“Después visité otros puntos de Bolivia. Navegué durante temporadas largas por sus interminables ríos, descendí a sus hondos valles y trepé a sus vertiginosas cordilleras, y en todas partes continué admirando lo variado y caprichoso de esa tierra extraordinaria. Todo se opone en Bolivia: las ubérrimas tierras calientes al desolado Altiplano, el frío al calor, lo bello a lo deforme, lo miserable a lo rico. Sus mismos habitantes. El bravo y feroz aymara es distinto del quechua apacible; y ninguno de ellos es asimilable al bárbaro del Noroeste o del Oriente boliviano. Y aun prescindiendo de los tipos autóctonos, en el mismo elemento criollo se notan profundas diferencias, como si en él estuviesen marcadas las anfractuosidades y relieves de su suelo desigual. Las poblaciones constituyen verdaderos extremos. Santa Cruz, ciudad tropical situada apenas a algunos cientos de metros sobre el nivel del mar, con su calor de zona tórrida, rodeada de vegetación lujuriosa y poblada de gente de tipo marcadamente español, es muy diferente de Oruro, población de clima siberiana, construida en medio de un desierto, a miles de metros de altura y con habitantes en los que predomina el tipo indígena. Escalonemos entre esos dos extremos las demás poblaciones bolivianas y ni así se tendrá una idea neta de su variedad. Potosí es un pueblo encaramado sobre una gran serranía y parece estar trepando hacia el cono gigantesco de plata y estaño, que fue asombro del mundo. La Paz, al contrario, está hundida en una hoya y al verla del borde del Altiplano, hace la impresión de una ciudad acarreada en masa por inmenso aluvión al fondo de un precipicio; y el viajero se admira de que a nuestros antecesores se les hubiese ocurrido ir a edificar esa ciudad –hoy la más populosa de Bolivia- en aquel estupendo agujero. A veces, hasta en un mismo sitio, hay aglomeración de elementos incongruentes, superposiciones extravagantes. Lo prehistórico se junta a lo actual. Las edades se dan la mano. Lo gigantesco e imponente se codea con lo pequeño y vulgar. En Tihuanacu, la humilde choza del indio está adosada a monumentos colosales, extraños e inmemoriales, obra de una civilización desaparecida. Todo, pues, contribuye a hacer de Bolivia un país lleno de curiosidades y rarezas. Hasta en su historia se ve la desproporción y la incongruencia. Su advenimiento a la vida nacional fue extraordinaria. La misma guerra de la Independencia que le precedió, se caracteriza por el desconcierto con que obraban sus caudillos. Nadie se subordinaba a un plan regular y fijo. Todos obraban por su cuenta y riesgo. Y sin embargo, con elementos tan variados se ha formado esta nacionalidad. He aquí la razón de que Bolivia se ha formado esta nacionalidad. He aquí la razón de que Bolivia sufra mayores dificultades que otros países para llegar a su definitiva constitución. El trabajo de integración de sus diversos componentes está aún por hacerse. La unificación en Bolivia, empezando por lo físico, es más difícil que en otros pueblos de estructura más homogénea y sencilla. Esos países con amplia salida al mar y que constituyen agregados a los cuales es fácil el acceso de la ola inmigratoria, de la industria y del comercio, es lógico que se adelanten a este pueblo mediterráneo que metido entre sus montañas, pampas y selvas de corte gigantesco, tiene que desarrollar una suma de esfuerzo mayor, proporcionalmente, que aquéllos para ir por el mismo camino. En realidad, es más bien sorprendente que este país, hecho con elementos telúricos y humanos tan contradictorios, aún se mantenga en pie. Quiere decir que acaso posee energías latentes, aunque dispersas, que le sostienen. Hace falta que esas energías se fundan y formen un solo bloque, capaz de ejercer acción virtual fija. Hasta entonces la nación no habrá aparecido. Porque, al presente, valga la verdad, ella no existe en forma categórica y definitiva, como no existe en otros países que no son sino conglomerados informes de cosas y de hombres que se rechazan o no se conocen. Bolivia sufre las consecuencias de la disparidad de sus factores étnicos y de la complejidad de sus condiciones geológicas. Es un pueblo aún no acabado de formar; y sólo el día en que se haya realizado un trabajo de aproximación efectiva, de simpatía honda entre sus componentes, habrá cumplídose el ideal de los que la erigieron nación, una libre y soberana. Hay que decir que para eso se requieren varias condiciones. Desde luego un buen vínculo de hierro que junte el árbol con el yermo, la cordillera con la pampa, al aymara con el guarayo. Ese día se acerca”.

Tales conceptos y de quien conoce a palmo su tierra, concluyen con una voz de esperanza. La opinión del doctor Mendoza está confirmada por la realidad actual. Bolivia progresa y se vigoriza y satrapías famosas. Hombres de empresas prácticas y trabajadores de cultura se preocupan en la suerte de libro cauterizante de Alcides Arguedas, libro aplicable no solamente a Bolivia sino a la América hispano-parlante y en muchos de sus capítulos a todas partes, a la decadencia, digo, ha sucedido una actividad salvadora, una reacción de vida. “Hoy dice el mismo Arguedas, una nueva generación forjada al calor de generosos ideales, decepcionada del poder de las revoluciones, escépticas del prestigio popular de los caudillos, llena de brío, generosa, preparada, idealista, soñadora, surge. “Así se cumplirán mejor las palabras del acta de independencia que dicen que “los departamentos del Alto Perú protestan a la faz de la tierra que su resolución irrevocable es gobernarse por sí mismos”. Tal ha sido el espíritu de adelanto en paz y libertad que ha animado a los últimos gobernantes de Bolivia.

La mentalidad boliviana ha tenido siempre brillos, y varones de saber y de armonía han descollado desde los tiempos de la docta y pretérita Chuquisaca. Como en los tiempos de España brillaron Calancha, Escalona, Acevedo y tantos más, han animado luego las patrias letras, los Bustamante, Sanjinés, Terrazas, Blanco, Cortés, Vaca Guzmán, Ramallo, Mujía muchos más. Conocida es la notoriedad de los Aspiazu, los Ballivián, Baptista, René Moreno, Diez de Medina, Pinilla y más que formarían una larga lista. Yo he tenido oportunidad de conocer a bolivianos de tanto valer, como Julio L. Jaimes, caballero de antaño, ingenio de pura cepa clásica y colonial; a su hijo Ricardo Jaimes Freire, mi brillante amigo en las primeras luchas de renovación literaria en Buenos Aires, noble poeta y rico de saberes amenos; a Francisco Iraizós lleno de discreción y cultura; a Moisés Ascarrunz, diplomático, cuyos mejores amigos fueron en España los poetas; a Franz Tamayo cuya viril juventud está llena de sapiencia; a Arguedas, que va por el camino de los triunfos; a Joaquín de Lemoine soñador y práctico, buen servidor de su país; al doctor Jaime Mendoza en quien quizá pronto se revele en nuestro continente un nuevo y distinto Gorki.

La Paz, capital de la república boliviana, adquiere animación. El ferrocarril conquista el territorio nacional. Europa se acerca. El progreso entra por el Pacífico y por Buenos Aires. Pronto una vía férrea unirá La Paz y Puerto Pando. Se cuida de los bosques. Se hace oro. Se rehace patria. Se va a buen paso al encuentro del porvenir.

LAS GRANDES VIAS CONTINENTALES

Como bien se sabe, la cordillera andina, contorneante del borde occidental de Suramérica, constituye una barrera que opone dificultades sin cuento a las comunicaciones terrestres entre los océanos Pacífico y Atlántico.

Y es ésta una de las razones que nos explican por qué las naciones de este continente no han construido hasta hoy múltiples ferrovías y carreteras que crucen de parte a parte esa gran cordillera. Así, tratándose de ferrocarriles, no se puede mencionar sino el de Uspallata, que vincula las repúblicas de Chile y la Argentina. En los demás países pertenecientes, total o parcialmente, al sistema del Pacífico –Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia- los ferrocarriles llegados desde ese mar a sus regiones interiores, se han quedado apenas entre los contrafuertes andinos occidentales u orientales, sin poder seguir hasta el Atlántico.

Y parece que esta dificultad se acrecienta aún más si se considera la América del Sur en sus partes céntrica y septentrional, donde la masa del continente alcanza máximo ensanchamiento; por ejemplo, sólo como un mito se puede al presente imaginar un ferrocarril que atravesase transversalmente la América, desde Lima a Pernambuco.

Pero precisamente en este punto debemos anotar un hecho, que aunque parezca paradójico es evidente.

Una breve rememoración geográfica nos lo explicará mejor.

Hacia el sur del nudo de Cuzco, todavía en territorio peruano, la cordillera de los Andes se bifurca: un brazo –Cordillera de la Costa u Occidental- continúa hacia el sur, bordeando el Pacífico; el otro –Cordillera Oriental- penetra en Bolivia y atravesándola de norte a sur, va a unirse nuevamente con el anterior, en la frontera chileno-argentina. Entre ambos se extiende la famosa meseta boliviana –la Altiplanicie-.

He ahí el Macizo Boliviano. Su fórmula geográfica, como se ve, es harto simple: una meseta central y dos cordilleras circundantes.

Allí, pues, donde acuden a encontrarse los Andes peruanos, boliviano, chilenos y argentinos, adquiere la cordillera sus mayores proporciones en altitud y espesor: en el núcleo mismo de esta convergencia orográfica multinacional está el Macizo Boliviano.

Pues bien: esta enorme expansión montañosa –nosotros la denominamos *eslabón andino central*- que por su elevación y anchura parece enteramente inapropiada para las comunicaciones entre el oriente y occidente americanos, es más bien la porción cordillerana andina que mejor se presta para tal fin.

Lo cual se explica por su propia morfología.

La Cordillera Occidental comienza, desde el paralelo 19° más o menos, a deprimirse formando ramificaciones que se degradan paulatinamente hacia el mar –Sillillica, Huatacondo, Atacama-, ofreciendo por lo mismo pasos adecuados para los medios modernos de comunicación. Como que en esa sección hay ya dos ferrocarriles –el de Antofagasta y el de Arica- que ascienden del Pacífico a la Altiplanicie.

Pero es aún más notable, en este sentido, la configuración de la Cordillera Oriental boliviana. Ella había penetrado a Bolivia formando los colosales eslabones de Cololo, Hankjo-uma y Quimsa-cruz, que ostentan picos como un Sorata, un Huayna-potosí, un

Illimani, un Monte Blanco; eslabones que por su enorme altitud ofrecen dificultades por hoy insalvables para ciertas formas de vialidad. Pero desde el nudo de Cochabamba, hacia el paralelo 18°, esta cordillera se deprime, como la Occidental: sus eslabones altiplánicos –Asanaques, Frailes, Chichas- en una longitud de unos cuatro grados geográficos, emiten otros secundarios y paralelos dirigidos de norte a sur y seriados de occidente a oriente.

Es decir, la Cordillera Oriental además de disminuir en altura en este sector, aumenta en espesor, merced a las ramificaciones indicadas, que van decreciendo a medida de avanzar hacia el oriente, hasta morir en las llanuras del Chaco.

A esta interesantísima porción de los Andes hemos denominado nosotros Macizo de Charcas, el cual no es sino el mismo Macizo Boliviano tomado en su parte meridional. Tiene, entre los nudos de Cochabamba y Lipes, sus puntos extremos por el norte y sur respectivamente, una longitud de cinco grados geográficos, o sea unos seiscientos kilómetros; y otros tantos de anchura, desde su borde altiplánico al chaquense.

Pues el Macizo de Charcas es quien, justamente en la parte central de los Andes suramericanos, se presta para facilitar, por singular manera, las comunicaciones humanas; porque si aquéllos han perdido acá en altitud y ganado en latitud, gracias a sus ramificaciones decrecientes, es claro que por tal hecho ofrecen reales ventajas para la vialidad.

De suerte que, por el lado del Pacífico, se asciende la Cordillera Occidental por la sucesión de tramos relativamente fáciles de dominar que decíamos atrás, hasta la meseta; y luego de cruzar todo lo ancho de ésta, de horizontalidad casi perfecta, se desciende la vertiente oriental por el Macizo de Charcas, otra sucesión de tramos aún más bajos y extensos. Diríase de la Altiplanicie una gran plataforma a la que se llega por dos amplias y suaves escalinatas tendidas a ambos costados.

Y de este hecho deriva también una curva gradual de climas, desde el nivel del mar, en la zona templada, hasta las llanuras orientales, de clima cálido. El viajero asciende lentamente la escalinata occidental, es decir la Cordillera correspondiente, llega a la Altiplanicie, a una altura de 3.800 metros, la corta transversalmente, y al través de la Cordillera Oriental emprende el descenso por una línea tendida en unos seiscientos kilómetros, hasta el plano chaquense. Ha recorrido así toda una gama paulatina de temperaturas y altitudes, por razón de la morfología peculiar del terreno. No hay aquí los saltos bruscos y transiciones violentas de otros trayectos que cruzan la cordillera andina. Ni se ve, como en el trasandino de Uspallata, el peligro de la nieve que interrumpe el tráfico por meses enteros.

Tal es la significación de la estructura orográfica del Macizo Boliviano en las comunicaciones, la cual en un futuro, la convergencia allí de grandes rutas interoceánicas y continentales. Hoy mismo han llegado ya hasta este notable edificio andino dos ferrocarriles del Pacífico: el de Antofagasta que viene del antiguo litoral marítimo boliviano hoy poseído por Chile; y el de Arica que también está bajo la soberanía de ese país. Y de igual suerte, por su flanco atlántico, cuenta con el ferrocarril de Chichas, prolongado por el central norte argentino, que unido así a la línea del Pacífico, constituye un lazo férreo entre el Río de la Plata y el Gran Océano, vale decir entre ambos mares. Y esta misma línea férrea después de atravesar de sur a norte la gran Altiplanicie boliviana, una vez empalmado con la que viene del Cuzco, formará el mayor tramo ya construido del gran ferrocarril longitudinal panamericano que se proyecta para el porvenir.

Desgraciadamente no se ha podido hasta hoy tender una línea directa entre ambos océanos, al través del Macizo de Charcas, no obstante las ventajas topográficas que acabamos de señalar. Bolivia sólo ha desprendido desde la línea altiplánica, dos

ramales hacia el oriente: el de Oruro a Cochabamba que hoy se trata de prolongar hasta Santa Cruz, en la hora amazónica; y el de Potosí a que se aproxima a la hoya platense. El Brasil, de su lado, ha construido un ferrocarril de Río Janeiro a Puerto Esperanza, sobre el río Paraguay, en la provincia de Matto Grosso. De manera que queda aún por hacerse el tramo intermediario, largo de unos mil kilómetros, del cual ya sólo una pequeña parte corresponde al Brasil y lo restante a Bolivia.

De desear es, pues, por las proyecciones así nacionales como internacionales de tal vía, un acuerdo entre Bolivia y el Brasil para concluirla, por una parte, y estudiar, por otra, la construcción de una carretera, en la misma dirección de la ferrovía, que facilite ciertas formas de transporte hacia el Atlántico, carretera que mediante otra convención entre Bolivia, y sus vecinos Perú y Chile, podría llevarse hasta el Pacífico.

Así se llenaría el fin trascendental que atribuimos al Macizo de Charcas, punto el más favorable en la inmensa barrera de los Andes, para el paso de las corrientes humanas entre uno y otro mar.

LA RUTA DIAGONAL SURAMERICANA

Hemos visto la gran importancia que tiene el eslabón andino central con relación a las rutas continentales e inter-oceánicas en América Meridional.

Vamos ahora a describir –esquemáticamente- una de ellas, carretera, a la cual denominamos por su dirección predominante, ruta diagonal suramericana. Están sus puntos extremos en Lima (Pacífico) y Río Janeiro (Atlántico), y en el comedio, Sucre, la mediterránea capital de Bolivia.

Desde Lima la vía toma los Andes occidentales de costado, y pasando por los territorios de Huancavelica, Ayacucho y Apurímac, llega al Cuzco la ciudad monumental; de aquí prosigue paralela al ferrocarril Cuzco-Puno, bordea por el occidente el lago Titicaca, cruza la frontera con Bolivia y colocándose junto al ferrocarril transaltiplánico, continúa a Oruro desde donde, próxima al ferrocarril Machacamarcá-Uncía, tocando las minas de Uncía y Llallagua, colosales yacimientos de estaño, atraviesa los Asanaques – primera fila orográfica del Macizo de Charcas- desciende gradualmente las demás hasta Sucre, y de Sucre, siempre al sureste, sigue a Cuevo, al pie de los Andes.

Como se puede comprobar en el mapa, desde el Pacífico hasta Cuevo, la ruta ha seguido una línea estrictamente diagonal en la travesía de los Andes centrales.

Luego, desde Cuevo, cruzando transversalmente la llanura chaquense sigue la carretera hasta el río Paraguay, frente a Puerto Esperanza; y ya en territorio brasileño, acompañando el ferrocarril que desde aquella ciudad va al Atlántico, atraviesa la sierra de Coyapó, penetra en la amplia cuenca del Paraná, continúa por sus campos al oriente, pasa las postreras mesetas del Macizo Brasileño, y perforando las sierras de Mantiqueira y do Mar, remata por fin en Río de Janeiro, sobre el Atlántico.

La forma oblicua en que esta carretera cruza el Continente, entre el Pacífico y el Atlántico, aumenta su desarrollo, pero a la vez rodea de otras condiciones sumamente favorables dentro del concepto de una comunicación estable y segura.

Se comprende, en efecto, que siguiendo ese trazo diagonal, la travesía de los Andes tiene que ser mucho más fácil que no atacándolos perpendicularmente a su eje, así en la línea troncal como en sus vastas ramificaciones, dirigidas, como se sabe, de norte a sur.

Eso en lo topográfico.

Y de ellos mismo resultan otras ventajas en el orden climatológico: la sucesión de climas correspondientes a esta vía, es gradual. Desde Lima, en el paralelo 12° austral hasta Río de Janeiro en el 24°, a través de cuatro mil kilómetros, se desarrolla una línea de ondulaciones suaves, sin los saltos bruscos que se notan, por ejemplo, en el ferrocarril transandino de Valparaíso a Buenos Aires, tendido directamente de oeste a este, el cual para cruzar los Andes asciende violentamente la cordillera hasta más de 4,600 metros y la descienden luego por sus vertientes, con igual violencia. En nuestra ruta diagonal hay también alturas que se aproximan a la anterior; pero si se tiene en cuenta su mayor alejamiento del círculo polar antártico, resulta que ellas son mucho menores que las del ferrocarril de Uspallata. (Recuérdese que cada grado de aproximación al polo equivale a un aumento de ciento veinte metros de altura). Además no tiene ella el gravísimo inconveniente de la nieve que interrumpe el tráfico de la línea chileno-argentina por largos meses. En suma, ascendiendo el viajero los Andes, en forma oblicua, llega a sus mayores

alturas casi insensiblemente –sierras peruanas y Altiplanicie boliviana-; recórrelas en una longitud de más de mil kilómetros, descende por la vertiente oriental o atlántica, siempre diagonalmente, por más de seiscientos kilómetros, pasando por climas dispuestos en escala paulatina, hasta las tierras bajas del corazón de Suramérica (Chaco Boreal, cuencas superiores del Paraguay y Paraná), de donde continúa, ya sin encontrar grandes alturas, por el territorio generalmente bajo y uniforme del Brasil.

Préstase también esta carretera como ruta troncal, por sus múltiples conexiones internacionales fuera de los tres países nombrados, Perú, Bolivia y Brasil.

Así, por el norte de Lima, a lo largo de la costa del Paraguay, yendo hasta Piura y Tumbes puede empalmar fácilmente con las vías terrestres del Ecuador. En la Altiplanicie boliviana son harto fáciles las conexiones con Chile (Arica, Iquique). Más al sur pueden señalarse otras ramificaciones hacia la Argentina, ya desde el Macizo de Charcas –carretera de Sucre a Villazón- o ya desde la zona baja chaqueña –carretera de Cuevo a Embarcación-.

Pero en este mismo aspecto de las conexiones, queremos destacar una que puede establecerse desde Cuevo hacia las repúblicas del Paraguay y Uruguay. Vimos que en aquel punto, la ruta, que había seguido una dirección general sureste en la travesía de los Andes, tuerce al oriente para cruzar transversalmente el Chaco. Bien pues. En el mismo Cuevo cabe una interesantísima bifurcación: mientras iba aquel brazo oeste-este al Brasil, continuaría la diagonal al sureste, tomando la margen izquierda del Pilcomayo, hasta su confluencia con el Paraguay frente a la Asunción, para seguir desde esta capital, por Villa Rica, al Paraná, cruzar el territorio argentino de Misiones hasta el río Uruguay, pasar luego por territorio brasileño a Porto Alegre, y entrando en la república del Uruguay rematar en su capital Montevideo, sobre el Río de la Plata.

De esta manera, nuestra ruta vendría a abarcar en el campo de su influencia directa, ocho países suramericanos: Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay.

Y todavía, si ha de contarse con la futura realización de la gran carretera panamericana con la cual se proyecta ligar las tres Américas, la ruta diagonal que indicamos constituiría el complemento indispensable para llenar cumplidamente tal desiderátum, ya que irradiando ella desde el Macizo de Charcas hace los países del Atlántico que hemos nombrado -Brasil, Paraguay y Uruguay- los pondrá cómodamente en contacto con la gigantesca vía troncal que correrá a lo largo de los Andes.

Nada diremos de la significación comercial de la ruta ya que ello demandaría largas consideraciones y en el presente artículo de revistas, sólo damos trazos esquemáticos sobre algunas características de ella. Pero desde luego, esa significación es fácil de columbrar. Basta recordar los más importantes productos de las zonas extremas de la carretera: la zona andina, con sus cerros cuajados de metales, con su Altiplanicie que tiene inmensos depósitos de sal, con la coca de sus Yungas, el petróleo de sus vertientes orientales, etc.; y las opulentas tierras del Brasil austral con su café, su yerba, sus maderas, su ganado...

Y asimismo, teniendo en cuenta los demás países que entran en la órbita de influencia de esta carretera, salta igualmente a la vista su importancia para un intercambio activísimo una vez abierta y en condiciones de servir ampliamente a un tráfico intensivo y continuo.

Ni es necesario extenderse mayormente sobre su trascendencia mundial. También ella se explica de suyo, pues que siendo una vía interoceánica y atravesando la masa

continental en su parte céntrica, vale por una canal de paso para las corrientes humanas de todo el orbe.

Para el turista, es claro que no puede menos que ser esta carretera de excepcional interés. Desde Lima, a medida de ir ascendiendo la Cordillera de los Andes, surgen ante sus ojos los cuadros imponentes que desparramó la Naturaleza. Por allí va el viejo camino de los conquistadores españoles del siglo XVI, cuando sobre el lomo de sus fuertes corceles treparon, en diminuta falange, la estupenda barrera para rendir la urbe sagrada del imperio incaico –el Cuzco, gran centro estratégico, defendido más aún que por el colosal Sajsahuaman por las montañas y ríos que lo guarnecen. Luego, desde el Cuzco pasa, cruzando el nudo de Vilcanota, a la Altiplanicie, donde centellea el lado Titicaca, de los más altos del mundo y cuna de inmemoriales civilizaciones, y se alza el enigmático Tihuanacu, obra monumental extraordinaria del hombre prehistórico. El paisaje, majestuoso; dijérase aplastante. A uno y otro lado –negros y blancos- los Andes gigantescos: el Sajama, el Parinakjota, el Huallatiri; en torno, la meseta formidable donde la esbelta llama muerde en el pasto escaso y está inmóvil, de cuclillas, el monolítico aymara; los vagos cendales que flotan sobre el río Desaguadero y el misterioso Poopó; la ciudad del yermo –Oruro-. Y cesa la visión de la Altiplanicie. El viajero perfora los Asanaques y empieza el enorme descenso de los Andes. Nuevos cuadros ante sus ojos. Surgen al paso Uncía y Llallagua, el bloque estañífero más poderoso del mundo, al cual siguen tierras colmadas de oro, antimonio, cobre, plomo, wólfram, plata, bismuto... Después, el paisaje se ablanda. El picacho glacial, la planicie torva, el viento cortante van tornándose en la colina suave, la vega placentera, el ambiente tibio. Ríe el verde. El cielo, radiante. Perfumado el aire. Al pie de dos pequeños cerros –roja y blanca- aparece una diminuta ciudad: Sucre.

Y desde Sucre prosigue el turista siempre al sureste descendiendo, como sobre un torso ciclópeo, la línea del *magna divortia aquarum*, avizorando a ambos lados las enormes depresiones montañosas por donde corren los dos ríos mayores de Bolivia: el Pilcomayo y el Río Grande. Así llega a Cuevo, al pie de los Andes. Está en el centro de una riquísima zona petrolífera, llamada a incalculable porvenir. Al oriente se dilata la enorme sabana verde y reverberante del Chaco. La cruza el viajero. Llega a las márgenes del Paraguay, el histórico río que remontaron los conquistadores venidos por el Atlántico, tratando de hallar un paso hacia la Sierra de la Plata (hoy Bolivia) que acaba el turista de pisar.

Y siguiendo la pista de uno de ellos –aquél mítico Alejo García- que hace cuatrocientos años, desde las costas del Brasil, llegó hasta el Macizo de Charcas buscando tesoros, continúa el viajero, ante cuadros muy distintos de los que poco antes contemplaba en la zona andina. La vegetación abrumba. El aire es cálido; pero lo refresca el pampero del Sur. Se suceden –suavemente- las mesetas sureñas del Macizo Brasileño. Pronto espejean ante el viajero las linfas del Paraná. Estamos en la tierra del café que da la vida al Brasil. Y siguen los paisajes sonrientes, la vegetación herbácea, los bosques, las *fazendas*... Un hálito de vida desbordante se esparce por el ambiente. Comienza a sentirse –más cerca- Europa.

Y, en fin, el turista prosigue alegremente la última etapa de su carrera interoceánica. Y ya tocando la espléndida ciudad de Sao Paulo, o ya directamente, trasmona la Sierra do Mar y desciende su automóvil en la metrópoli brasileña que a la vera de su maravillosa bahía fulge bajo el sol tropical.

Así ha ido el viajero de uno a otro mar, a través del gran Macizo Boliviano, plataforma continental donde desde un remoto pasado se cumplieron vigorosas evoluciones sociales y seguirán cumpliéndose en el porvenir.

NUESTRA LUZ

En el número anterior de esta revista, al hablar de la meteorología boliviana, señalábamos en ella la importancia singular del elemento luz como el que tipifica, mejor que ningún otro, la fórmula climática del gran ensanchamiento orográfico de los Andes llamado Macizo Boliviano.

Hoy vamos a insistir sobre este tema.

Que en Bolivia la luz astral, y muy especialmente la solar, tenga las excepcionales características que la distinguen, nada tiene de raro, ya que, según lo hacíamos notar antes, contribuye a ellos, tanto la situación geográfica del país como su enorme elevación sobre el nivel del mar.

En efecto, estando situado el Macizo Boliviano entre los 13° y 23° de latitud austral, corresponde al grupo de países de la zona tórrida y, por consiguiente, debería participar de los rasgos climáticos que los peculiariza. Pero, he aquí que, para modificar y aun destruir en parte ese tipo común, viene otro elemento de significación capital en este caso: la altitud.

En consecuencia, el Macizo Boliviano, por razón de su altitud, pierde su carácter de país de la zona tórrida, que le daba su situación geográfica exclusiva, y se alinea más bien entre los de clima templado y hasta frío en la mayor parte de su extensión. Es decir, la altitud lo aproxima al polo antártico, alejándolo del ecuador, ya que, como es sabido, cada 120 metros de elevación sobre el mar, equivalen a un grado de avance hacia el círculo polar.

Eso, en cuanto a la temperatura.

Pero, en cuanto a la luz, subsiste para Bolivia la ventaja que le da su situación geográfica, en la zona tórrida, que se beneficia, más directamente que las otras, de la luz solar. Y además, en esto viene a figurar nuevamente el mismo factor que tanta significación tiene en la temperatura; el factor altitud.

La Altiplanicie boliviana, es una grandiosa plataforma a la que circundan sus dos gigantes cordilleras, formando el conjunto el Macizo Boliviano.

Diríamos un castillo inmenso cuyas columnas se hallan figuradas por sus picos nevados, muchos de los que se aproximan a los siete mil metros de altitud.

Es, pues, muy natural que esta gruesa masa continental ofrezca ventajas singulares para disfrutar de la luz cósmica en proporciones correspondientes a tal altitud. Y así como ésta la había alejado de la línea equinoccial, hacia la zona glacial, transformando su tipo tropical en cuanto a la temperatura, tratándose ahora de la luz, vuelve a llevarlo hacia el ecuador.

Pero, aún más: en este punto, queremos también señalar otro factor derivado de la misma situación geográfica, de la altitud y de la especial morfología arquitectónica del Macizo y que contribuye también, en gran manera, a dar nuevos matices a nuestra luminosidad. Nos referimos a régimen de lluvias, nieblas y vientos predominante en el Macizo.

Situado éste justamente en el centro de los Andes suramericano, allí donde ellos forman un gran ángulo, a la altura de Arica, sobre el Pacífico, e internándose por sus derivaciones hacia el oriente constituyen la masa orográfica del Macizo de Charcas, expansión oriental del mismo Macizo Boliviano, dan lugar así también a notables

modificaciones en el régimen de lluvias común a otros países. Los vientos alisios venidos del Atlántico, después de su enorme recorrido al través de la masa continental, han quedado ya atenuantes y chocan contra la barrera que les ofrece la estupenda Cordillera Oriental. Y de otro lado, por el occidente, los vientos del Pacífico encuentran igualmente la barrera de la Cordillera Occidental.

El resultado lógico de todo ello, es una modificación notable en el índice local de la evaporación y de las lluvias. Acaso en él, más que el aliento poderoso de los océanos, interviene de especial manera la acción de los depósitos lacustres de la Altiplanicie —el Titicaca y Poopó cuya evaporación es muy grande, pero no alcanza a dar al régimen de lluvias la suficiencia y regularidad que tiene en otros países.

Dicho régimen es, en efecto, muy pobres (unos 600 milímetros); y solamente a medida de ir descendiendo en los contrafuertes orientales de la Cordillera Real se nota su acrecentamiento paulatino, el cual tampoco llega al formidable tipo diluvial de otras tierras, como las de la India en las faldas meridionales del Himalaya.

De ese mismo modo nos explicamos la escasez de la nebulosidad en las altitudes del Macizo Boliviano. No es esta una tierra nebulosa. Las nieblas aquí son raras, breves y tenues. No perjudican precisamente la luz. Aun en los cortos lapsos en que el cielo está encapotado, la luz solar difundida en el ambiente es todavía tan intensa, que maravilla. Y más bien en muchos casos, siendo excesiva la luz, nieblas y nubes no hacen sino atenuarlas sin llegar a destruir sus efectos beneficiosos.

En consecuencia, como otra característica meteorológica propicia de la Altiplanicie y, sus derivaciones cordilleranas charquenses, podemos anotar esta: la sequedad. Una sequedad que, en veces, se hace hasta dañosa, pero que en lo referente a la luz constituye otro factor que facilita su paso y difusión con más amplitud y libertad que en las tierras donde el tipo de lluvias, nieblas, vientos, es distinto.

De manera que sobre este trípode, situación geográfica, altitud y sequedad, descansa la excelencia de nuestra luz. Somos un país bien soleado. No se puede hablar aquí de carencia solar estacional. Directa o indirectamente el sol siempre está operando aquí. Y por ello, así como algunas vez dijimos que, orográficamente, Bolivia es el país más alto en Suramérica,, podemos añadir que, en cuanto al orden meteorológico, es el más luminoso.

Bien pues: refiriéndonos a estos hechos insinuábamos también en el escrito referido nuestro pensamiento acerca del influjo de la luz sobre el morador del Macizo, como uno de los factores primordiales en la constitución de la raza aborígena. A este propósito no hemos temido usar ciertas expresiones como la de irradiación ancestral, por ejemplo.

Y, por último, aplicando estas mismas ideas al orden patológico, hemos planteado además la proposición de que ese mismo elemento —luz- tan personal aquí, no puede menos de obrar en forma trascendente, y en veces decisiva, tocante al desarrollo y marcha de diversas enfermedades.

Así, entre esas enfermedades, citábamos, aunque muy de paso, pero categóricamente, el raquitismo, tan común en otros países y tan raro en Bolivia, sobre todo en sus zonas altas.

El año pasado se dirigió una encuesta por el Círculo Médico de La Paz al Instituto Médico “Sucre”, acerca de este asunto. No ha contestado aún el Instituto Médico, pero de nuestro lado, personalmente, juzgamos que la explicación de la rareza, o ausencia completa, del raquitismo en Bolivia, es sencilla.

Se trata –lo repetimos- de un hecho relacionado con el agente que vamos estudiando, o sea el de la luz.

Que la luz obra sobre el raquitismo, es cosa que ya no se discute. Sea como elemento profiláctico o curativo, está suficientemente demostrado que ella realiza verdaderas maravillas en este orden. Hoy se ha llegado a establecer que la marcha del mal en los países por él azotados, sigue un ritmo especial, directamente relacionado con este elemento. En el invierno, a medida de acentuar la carencia solar en los europeos, aparece también el raquitismo con rigor casi matemático; y al retornar el buen tiempo, decrece en proporción la curva en la mortalidad por esta afección. Aquí está obrando la luz con más eficacia que otros elementos meteorológicos, como la temperatura, o los factores relativos a la higiene, como alimentación, alojamiento, abrigo. Así, el niño rico rodeado de cuidados pero, por un error de concepto, alejado de la luz, como ocurre en ciertas familias, será con más seguridad víctima del raquitismo que no el gamín semidesnudo que pasa hambriento y tiritando por la calle.

Las mismas observaciones de laboratorio son por demás elocuente al respecto. Los animales privados de la luz se desnutren y acaban por sucumbir por buenas que sean sus otras condiciones de vida v.gr. la alimentación, mientras que los testigos sometidos a las mismas, pero en plena luz, se mantienen normalmente.

Y aun tratándose de la alimentación hay que tener siempre en cuenta la luz. Las investigaciones que se van haciendo actualmente nos enseñan cómo ella produce en nuestros alimentos cambios fisicoquímicos que les confieren nuevas propiedades, desarrollan diversas vitaminas, destruyen ciertos microbios y acaso favorecen el incremento de otros que son útiles para la vida.

El agua igualmente –así lo entendemos- para llenar con largueza sus funciones en nuestro organismo, debe estar debidamente influida por la luz; debe ser tanto un agua bien irradiada, como un agua bien aireada.

Y, por extensión, decimos lo propio del aire. El aire, ese otro alimento indispensable para la economía humana, debe también estar accionado por la luz. La ciencia, en este orden, no ha hecho aún las investigaciones correspondientes, pero la inducción es justa: el aire, como el agua, para llegar al punto óptimo en su adecuación a la vida, tiene que estar previamente adaptado por la luz; debe ser también un *aire irradiado*.

Y así, la ciencia del porvenir nos irá enseñando otras propiedades, aún desconocida, pero no por ello menos evidentes, de esa gran fuerza cósmica cuya grandeza ya se empieza a columbrar modulando la frase bíblica *Fiat Luz*.

De manera que, según todo lo dicho hasta aquí, la explicación del proceso del raquitismo, que no es sino una desviación en las condiciones nutritivas del organismo, se hace harta sencilla.

Es, ante todo, la carencia o escasez de la luz el factor que lo produce, en tanto que los demás elemento etiológicos, que desde antaño se invocan, tales como los desórdenes digestivos, del destete prematuro del niño, la alimentación precoz con farináceas, la carencia fosforada, el confinamiento del aire, diversas infecciones: tuberculosis, sífilis hereditarias, sarampión, coqueluche, bronconeumonías, son únicamente elementos raquitígenos de ocasión.

Y así también se explican los admirables resultados de la luz artificial emisora de rayos ultravioletas como agente preventivo o curativo del raquitismo, por la especial acción fotoquímica de sus ondas. Por todo esto ya se habla de una helioterapia y de una helioprofilaxia antirraquíticas, basadas sobre observaciones científicas concluyentes. Y

hasta se ha llegado a anunciar que a este paso, el raquitismo habrá de desaparecer completamente.

Si, pues, la luz tiene, una influencia específica contra el proceso raquítico, y si, como acabamos de verlo, el Macizo Boliviano disfruta de excepcionales ventajas lumínicas tenemos entonces que la rareza del raquitismo entre nosotros queda fácilmente explicada.

Y en este sentido, aun las otras condiciones favorables a la producción del azote, como por ejemplo la mala alimentación, han quedado anuladas por la acción compensatriz de la luz.

Una muestra notable de ello nos la está dando el indio, elemento étnico que forma más de la mitad de la población boliviana. El indio, verbigracia el aymara de la Altiplanicie, yace en condiciones realmente miserable. Así, tratándose de su alimentación, bástenos recordar que en ella faltan ciertos hidrocarbonados (azúcar) y que las grasas están reducidas a su mínimo. Otras veces se ve obligado a abstinencias forzadas. Y en no pocas, debe usar de alimentos en mal estado, como los cereales "picados", o el *ch'arqui* putrefacto. Pues bien, no por ello se enseñorea el raquitismo en esa raza que yace incrustada desde hace miles de años en la Altiplanicie.

Y es que ella está bajo el amparo de su gran protector, el sol. El indio vive a plena luz. Y tratándose de su alimentación, puede decirse que come la luz. La papa, el chuño, la quinua, el maíz que forman la base de aquélla, están ampliamente accionados por la luz. Son alimentos irradiados. Así como está irradiada el agua que bebe y así como está irradiado el aire sutil que respira el pobre indio en las estupendas alturas en que habita.

Y todavía, a todo esto debemos añadir otro factor que ya antes señalábamos: el factor hereditario, la *herencia irradiada*. La raza misma en el indio, está hecha en esas condiciones. Habiendo obrado el padre *Inti*, desde épocas inmemoriales en sus antepasados, por diversas vías, verbigracia la acción de la ergosterina, u otros mecanismos condicionados por la luz, debía necesariamente producir a la larga un tipo antropológico especialmente dotado contra ciertas enfermedades que, tal las que hemos mencionado, están influenciadas, directa o indirectamente, por ese elemento.

Otro mal que ya consideramos anteriormente, a propósito de sus relaciones con la luz, es la tuberculosis.

Hoy, no haremos sino pasar sobre este punto. Hallámonos aún en el período de la búsqueda de datos en el país, tomados de diversas fuentes, que nos ayuden a formular conclusiones en lo posible aproximadas a la realidad. Y como ello es harto difícil en Bolivia, ya por la escasez de observaciones meteorológicas aun en centros de importancia o ya por la deficiencia o falta completa de estadísticas tocantes a la indicada enfermedad, nuestro empeño se hace no poco embarazoso.

De todos modos, ya en nuestros escritos anteriores hemos avanzado ciertas presunciones respecto a la acción de la luz sobre la marcha del proceso tuberculoso en Bolivia, y bien que algunas de ellas, sean todavía hechas *a priori*, valen por lo menos como una opinión personal. Nos referimos, pues, por el momento a ellas.

Mientras tanto, creemos de oportunidad recomendar a quienes se interesan por esta clase de asuntos, un importante artículo del Dr. P. Woringer, intitulado *El valor profiláctico de la luz*, aparecido en el *Journal de Medicine* de París (Noviembre, 21 de 1929). Es una comunicación dirigida por su autor al Congreso de Actinología, celebrado hace poco en París. En ella, el Dr. Woringer, aborda el tema de la influencia de la luz en la patología humana, refiriéndose sobre todo a los centros europeos, en los que, naturalmente, sus observaciones tuvieron ancho campo, y trayendo a este propósito razonamiento coincidentes desde ciertos puntos de vista con los que nosotros nos

habíamos permitido proponer para Bolivia. Precisamente, cita con particularidad el raquitismo y la tuberculosis, como las enfermedades en que más claramente aparece la influencia lumínica, en tesis general; y siendo también de ellas que nosotros habíamos hecho ciertas apreciaciones con referencias a nuestro país, he aquí otra consideración que nos estimula a divulgar ese trabajo.

El autor nos dice cómo, en las zonas templadas de Europa, el raquitismo, o el proceso raquíptico-espasmofílico, la tuberculosis y otras infecciones se presentan en curvas estacionales, bajo el compás que les marca la luz. Menciona a este propósito casos notables que tienen, como dice él mismo, el valor de una experiencia de laboratorio. Y, entre varias de sus afirmaciones, al ir hablando de ellos, sienta categóricamente esta conclusión: *“La luz ejerce una acción preventiva absoluta sobre el raquitismo y la espasmofilia; confiere una inmunidad relativa muy apreciable respecto de las afecciones heliofobas: tuberculosis, pneumococcias, estafilococcias, meningococcias, etc.”*

Respecto de las estreptococcias en Bolivia, nosotros, ya hace mucho tiempo, habíamos avanzado la opinión de que ellas, merced a las ventajas lumínicas ambientes, se hallan muy atenuadas en ciertos puntos de la Altiplanicie, donde nos tocó actuar de paso. Como un ejemplo citamos Uyuni, la población boliviana de tan singulares condiciones meteorológicas, tanto por su altura (3,600 metros), como por su conexión con los enormes yacimientos de cloruro de sodio adyacentes, que, seguramente, desecando aún más su atmósfera contribuyen a dar mayor difusión a la luz. Por ello mismo, en esos tiempos, propiciábamos la idea de instalar en Uyuni un buen servicio meteorológico, recomendando este punto a nuestro distinguido colega, el doctor S. Ferreira que al retirarnos nos substituyó en el servicio médico del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, entidad que aun a falta de una acción pronta y efectiva del gobierno boliviano, podía fácilmente encargarse de llenar cumplidamente tal desiderátum.

Como se ve, reviste especial interés para Bolivia, por las condiciones naturales tan propias de este país, el estudio de los procesos patológicos subordinados a los factores cósmicos que hasta aquí hemos venido señalando.

Y por ello mismo, encontramos que el Círculo Médico de La Paz, al proponer al Instituto Médico de Sucre el tema del raquitismo en nuestro país, procedió con muy buen sentido, tanto por la importancia de la materia para la ciencia en general, como por la utilización de sus resultados en Bolivia.

Será entonces de desear que una y otra institución, haciendo sus investigaciones desde las dos zonas distintas en que actúan, establezcan lo que hay de positivo en el asunto, averiguando por ejemplo, si en ambas es igualmente raro el raquitismo, y su correspondencia con la luz, que, seguramente, varía según las localidades.

Y lo propio hay que decir de la tuberculosis. Si entre ella y nuestra luz hay la relación que nosotros creemos, he ahí otro asunto digno de ser estudiado por las entidades científicas del país, como el Instituto Médico Sucre y el Círculo Médico de La Paz, que aunando sus esfuerzos pueden hacer mucho más que no aisladamente.

Y todavía, además de las enfermedades señaladas, tenemos esa otra serie a que el autor francés antes citado si refiere –estreptococcias, estafilococcias, meningococcias- hablando de Europa y cuyo estudio entre nosotros, ligado a una especial meteorología, en que la altitud y la luz tienen un sello tan notable, puede que en el porvenir nos reserve muchas sorpresas.

REPARICIÓN DE UNA NACIONALIDAD

I

La aparición de Bolivia en el concierto de los Estados libres de América causó seguramente una gran sorpresa internacional. Nadie podía imaginarse, fuera del Alto Perú, que en este rincón alejado y recóndito del Continente pudiese surgir una nueva república autónoma.

El Alto Perú, en efecto, había estado fusionando más de dos siglos al Virreinato de Lima, y en últimos cuarenta años al de Buenos Aires. Parecía pues, lógico que al finalizar la guerra siguiese la suerte de una de esas entidades, ya constituídas en naciones independientes. Pero he aquí que al alborear el año 1825, todo el gran Macizo Andino vibró intensamente a los ecos de la batalla de Ayacucho, y sus principales centros – Cochabamba, La Paz, Chuquisaca, Potosí, Tarija, Vallegrande y hasta la lejana Santa Cruz- se alzaron proclamando la patria libre.

Y aunque el Alto Perú se hallaba a la sazón dominado por Olañeta y en la capitulación de Ayacucho no se habían comprendido sus cuatro provincias, prosiguiendo, por consiguiente, en ellas el estado de guerra, los altoperuanos quisieron aprovecharse del triunfo de Sucre, al cual indirectamente habían contribuido, pues que no concurrió a esa batalla el general Olañeta obligado a sostener la causa peninsular en el Alto Perú.

El jefe español corría de uno a otro punto, impaciente y colérico ante estas manifestaciones subversivas. El, que durante los últimos años había hecho del Alto Perú algo así como su feudo, veía ahora escapársele la presa de entre las manos. Los mismos “letrados” que hasta entonces le fueran adictos le abandonaban. Su antiguo asesor D. José María Urcullo iba pronto a figurar entre los fundadores de la nueva república. Y, de igual suerte, su sobrino D. Casimiro Olañeta, el tribuno de verbo cálido y de alma pérfida.

El movimiento era, pues, incontenible en el Alto Perú. En las clases ilustradas ya hacía tiempo que se había hincado –rotunda- la idea de constituir una república independiente. Y el sentimiento de las masas seguía el mismo rumbo, si no concreto en fórmula precisa, por lo menos como impulso ciego salido de las profundidades de la raza. Todos comprendían que al fin iba a aclararse la situación. Iba a cesar la sucesión de los cuadros trágicos de aquel crepúsculo larguísimo. Los últimos combates por la libertad de América se iban a dar en el Alto Perú, como los primeros. Era la hora de la suprema crisis.

II

Y mientras tanto, Bolívar, dictador del Bajo Perú, miraba con inquietud por este lado. Olañeta y el sesgo que tomaban los acontecimientos en las provincias altas constituían, sin duda, un grave peligro para la libertad del Perú y aun para la tranquilidad continental.

Por eso ordenó a Sucre pasar lo más pronto el Desaguadero. Y aprestóse él mismo a escalar la meseta altoperuana, una vez que recibiese las respectivas órdenes del Congreso peruano y el permiso que había pedido a Colombia, haciendo notar la importancia de la empresa a realizarse: “Yo no pretendía marchar al Alto Perú si los intereses que allí se ventilan no fueran de una alta magnitud. El Potosí es en el día el eje de una inmensa esfera. Toda la América meridional tienen una parte de su suerte comprometida en aquel territorio, que puede venir a ser la hoguera que enciende nuevamente la guerra y la anarquía”. Palabras que bien demuestran la trascendencia que el Libertador atribuía al Alto Perú en esos momentos.

Sucre, en consecuencia, se puso en marcha hacia el Desaguadero y pidió instrucciones a Bolívar acerca de la conducta que debía observar en las provincias altoperuanas; pero como aquél no se las diese, aquí comenzaron sus embarazos e incertidumbres. Y entre tanto llegaban hasta él las voces urgentes del Alto Perú reclamando su emancipación. El vencedor de Ayacucho, entonces, creyó salvar la dificultad obrando de acuerdo con las demandas altoperuanas. Quiso “correr –son sus palabras- con las opinión pública”. Aquel era un país “que no quería ser sino de sí mismo”. Apenas, pues, llegado al Alto Perú expidió su decreto de 9 de Febrero de 1825, que tantos sinsabores debía ocasionarle con la desaprobación de Bolívar.

Ese decreto, como se sabe, estatúa en su parte fundamental que el ejército libertador tenía “el solo objeto de redimir las provincias del Alto Perú de la opresión española y dejarlas en posesión de su derechos”; que la suerte de ellas sería “el resultado de la deliberación de las mismas provincias y de un convenio entre los congresos del Perú y el que se forme en el Río de la Plata”; y que de acuerdo con ello debía convocarse una asamblea de diputados de dichas provincias para “sancionar un régimen provisional” y decidir sus destinos “como fuese más conveniente a sus intereses y felicidad”, dejando en el interin “dependientes de la autoridad del ejército libertador”.

Gabriel René Moreno dice, irónicamente, a este propósito: “Tenemos en un mismo campo tres soberanías: primera, la del Alto Perú llamado a decidir de su suerte; segunda y tercera soberanía, las del Congreso peruano y Congreso argentino, llamados a resolver en definitiva, de común acuerdo, las decisiones del Alto Perú acerca de su destino”. Y aún se podría añadir una cuarta: la del ejército colombiano-peruano comandado por Sucre, bajo cuya autoridad quedaba provisionalmente el país.

Pero no obstante estas limitaciones, el fondo liberal del decreto salta a la vista. Causó magnífica impresión en los más de los altoperuanos y, desde luego, se produjo en todas partes una inusitada actividad a fin de constituir la Asamblea general convocada que sería el primer acto democrático de esta clase realizado en el Alto Perú.

En cuanto al objetivo militar de la misión de Sucre no tuvo la realización que él se prometiera, pues, como se sabe, Olañeta fue muerto y destruido su ejército, en el combate de Tumusla, por el altoperuano Medinaceli, marcando este hecho el punto final de la guerra de la Independencia en el Alto Perú (Abril 2 de 1825).

De suerte que, en la práctica, el ejército peruano-colombiano no hubo de “quemar ni un cartucho por Altoperuanía”, aunque con su sola presencia influyese considerablemente en el fin de la guerra y marcha ulterior del país.

Sucre recibió en Potosí la noticia de Tumusla y considerando que su misión ya no tenía objeto dispúsose a retirarse con sus tropas. Pero todo el pueblo de aquella ciudad hizo una representación pidiéndole permanecer aún en el país, por lo menos hasta la reunión de la Asamblea por el mismo convocada. Y como al propio tiempo recibiese comunicaciones de Bolívar en igual sentido, tuvo que quedarse en el Alto Perú.

El decreto de 9 de Febrero no fue bien acogido por Bolívar, quien halló que Sucre habíase salido de sus atribuciones, pues que no se le confirió la misión política de invitar a los altoperuanos a decidir de su destino y darse gobierno y leyes. Él le había enviado tan sólo “a ocupar el país militarmente y esperar órdenes del gobierno peruano”.

Sucre, pues, había errado según el Libertador.

Tal se desprende de sus mismas palabras:

Llamando Ud. estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata. Desde luego Ud. logrará con dicha medida la desaprobación del Río de la Plata, del Perú y de Colombia misma que no puede ver ni con indiferencia siquiera que Ud. rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del antiguo Virreinato. Por supuesto Buenos Aires tendrá mucha justicia y al Perú no le puede ser agradable que con sus tropas se haga una operación política sin consultorio siquiera". (Carta de Bolívar a Sucre, Lima 21 de Febrero de 1825).

III

Pero no hubo tal desaprobación. Por el contrario, a poco llegaba al Alto Perú la misión argentina del general Arenales, cuyas instrucciones recalcan que dicho enviado debía obrar sobre la base de que las cuatro provincias altas habían de quedar en la más completa libertad para acordar lo que mejor conviniera a sus intereses.

Y en cuanto al Perú, el decreto de 23 de Febrero, expedido por el Congreso, bajo las indicaciones de Bolívar, fijando a éste su papel en la campaña del Alto Perú, decía en el primer artículo: "Que el ejército Unido marche contra el enemigo hasta destruir a juicio del libertador el último peligro de que la libertad del Perú sea nuevamente invadida o perturbada, estableciendo en las Provincias el régimen más análogo a sus circunstancias".

Como se ve por estas palabras, al enviar el Perú su ejército a "las provincias altas" no lo hacía precisamente por generosidad, sino por su propia conveniencia, por quitarse de encima la amenaza de Olañeta, por destruir "el último peligro" que amenazaba su libertad. Pero, como vimos atrás, ni siquiera tuvo necesidad es "ejército unido" de luchar. Olañeta fue destruido por los altoperuanos. Y no es exacto, por tanto, que el Bajo Perú sea libertador del Alto Perú, como dijera Bolívar y lo han repetido otros. Pero suponiéndolo así, ¿era acaso esa una razón para restringir la "soberanía popular" altoperuana. Según tal criterio resultaba el curioso caso de que al antiguo señor español se había substituído el mismo que se decía "libertador"...

IV

Sucre ante el mal gesto de Bolívar quedó amargado. Pues ¿por qué no se le enviaron oportunamente las instrucciones que con tanto ahínco reclamara antes de penetrar en el Alto Perú? En su mortificación escribíale: "Mil veces he pedido instrucciones a Ud. respecto del Alto Perú y se me han negado, dejándome en abandono". "¿Soy yo adivino para penetrar qué es lo que se quiere después de haberse mostrado otra cosa?". "Después de estar aquí y no sabiendo qué hacer sin presentarme con aire aborrecible al pueblo, tomé el camino más noble y generoso, que fue convocar la asamblea general de las provincias". (Potosí, 4 de Abril de 1825).

Y por su parte, Bolívar contestaba: "Convenga Ud. conmigo, aunque le duela su amor propio, que la moderación de Ud. le ha dictado un paso que jamás pudo ser bastante lento. Lo que a mí hacía dudar y por lo mismo no resolver lo juzgó Ud. muy sencillo y lo hizo sin necesidad, primero porque el país no se había libertado; segundo, porque un militar no tiene virtualmente que meterse sino en el ministerio de sus armas, y tercero, porque no tenía órdenes para ello". (Nasca, 26 de Abril de 1825). Y concluía recomendándole que, mientras se dilucidase la situación, quedase ocupando el país militarmente como general en jefe de las fuerzas unidas. "El general en jefe es Ud. -decíale enfáticamente- debe ser Ud. y no puede ser otro sino Ud."

Pero Sucre vista la actitud adversa de Bolívar dudó la bondad de su obra y aun quiso huir. "Supongo -escribíale a Bolívar- que Ud. no querrá que yo quede tan mal con estos pueblos; en consecuencia no me exigirá que me quede aquí mientras suceden

cosas que por una parte chocan a mi conciencia y por otra parte comprometen mi palabra". E. insistía nuevamente en retirarse.

Con todo, Bolívar no accedió a sus deseos. Por el contrario, insistió en que permaneciese en el Alto Perú. Y como Sucre tenía un respeto casi religioso por su jefe, no tuvo más remedio que obedecer.

Y entonces fueron para él nuevas dudas y recelo. En medio de ellos creyó que tal vez lo mejor era suspender la reunión de la Asamblea; pero como los altoperuanos y el mismo enviado argentino Arenales reclamaban tal reunión, acudió al expediente de aplazarla del 19 de Abril al 25 de Mayo, "para cuyo tiempo –escribía a Bolívar- estará Ud. aquí y le dará el giro que Ud. quiera al negocio" (4 de Abril). Y algunos días más tarde: "Lo que, sí, nunca diré a estos pueblos es que esta reunión no se hará porque como la desean perderíamos toda la opinión que tenemos en ellos si les quitamos esta esperanza" (27 de Abril).

Tales eran los tristes azares a los que se hallaba librado el Alto Perú en aquellos momentos críticos. Las pocas frases copiadas anteriormente de la correspondencia de Bolívar y Sucre, pintan, mejor que pudieran hacerlo largos comentarios, uno de los aspectos más interesantes en este singular proceso que dio por resultado la aparición de Bolivia en América del Sur.

V

Mientras tanto los altoperuanos, ignorantes de estas contradicciones entre Bolívar y Sucre, proseguían afanosos en sus trabajos para la proyectada Asamblea.

Tres eran las fórmulas que desde luego se perfilaron en el horizonte político:

La primera planteaba la agregación del Alto Perú al Río de la Plata, a cuyo virreinato pertenecía en el momento de estallar la guerra. Esto era lo que el general Arenales anhelaba de todas veras, bien que las instrucciones de que estaba provisto por el gobierno argentino restringiesen su acción, limitándose por tanto a hacer valer discretamente su influencia personal entre algunos altoperuanos amigos. Sucre trataba por su parte de favorecer el buen éxito de esos deseos, animado más aún por las admoniciones de Bolívar.

La segunda fórmula proponía la agregación de las "provincias altas" al Perú. La proclamación "los hombres de juicio" según decía Sucre a Bolívar. Esos *hombres de juicio*, al opinar del tal guisa, pensaban que el Alto Perú no estaba aún en el estado de ir solo por el mundo "porque carecía de virtudes políticas, de espíritu público, de elementos de seguridad y no tenía puerto ni marina".

La tercera fórmula, en fin, estaba sostenida por el grupo de los temerarios, como lo llamaremos nosotros, grupo audaz que quería a toda costa, aun por el camino de las armas, llegar a la absoluta libertad y constituir "un Estado soberano e independiente de todas las Naciones, tanto del nuevo como del viejo Continente".

VI

Así las cosas, a principios de Junio, llegó a Chuquisaca un decreto de Bolívar, de Mayo, con las siguientes disposiciones:

"1.- Las provincias del Alto Perú, antes españolas se reunirán conforme al decreto del gran mariscal de Ayacucho en una asamblea general para expresar libremente en ella su voluntad sobre sus intereses y gobierno conforme al deseo del poder ejecutivo de las

provincias unidas del Río de la Plata y de las mismas dichas provincias. 2.- La deliberación de esta asamblea no recibirá ninguna sanción hasta la instalación del nuevo congreso del Perú en el año próximo. 3.- Las provincias del Alto Perú quedarán entre tanto sujetas a la autoridad inmediata del gran mariscal de Ayacucho general en jefe del ejército libertador.- 4.- La resolución de soberano congreso del Perú de 23 de febrero será cumplida en todas sus partes sin la menor alteración. 5.- Las provincias del Alto Perú no reconocerán otro centro de autoridad por ahora y hasta la instalación del nuevo congreso peruano sino la del gobierno supremo de esa república.

No llegó Sucre a promulgar esta disposición, pero la enseñó a muchos personajes altoperuanos que, naturalmente, quedaron pesimamente impresionados con ella.

“¿Qué derecho tenía Bolívar –dice el historiador peruano Paz Soldán- para coartar o restringir la voluntad de provincias que no le debían su libertad? Por el contrario ellas dieron el primer grito de la independencia y los sostuvieron en mil combates derramando su sangre en ellos. Las provincias argentinas pudieron con más motivo reclamar derechos y no lo hicieron”...

Pero después de los primeros momentos de estupor el grupo de los temerarios siguió adelante con sus propósitos. Y por suerte, y haciendo singular contraste con el decreto de 16 de Mayo, llegó también a Chuquisaca la ley argentina de 9 del mismo mes, declarando que aunque las cuatro provincias del Alto Perú habían pertenecido al Río de la Plata, era la voluntad del Congreso Federal Constituyente que ellas quedasen en plena libertad para disponer de su suerte “según creyesen mejor a sus intereses y su felicidad”.

Era que por aquellos mismos días habíamos impuesto en Buenos Aires las ideas “particularistas” de Rivadavia y otros personajes argentinos: la gran provincia metropolitana del Plata bien podía valerse sola. Doctrina que produjo primeramente el “desasimiento” del Uruguay y, luego, no hizo sino favorecer los propósitos de los altoperuanos en bien de la independencia de su país.

VII

Y llegó el día -10 de Julio de 1825- de la instalación de la Asamblea que debía interpretar el destino del Alto Perú.

Sucre tomó todas las disposiciones necesarias para que ella se desarrollase con la más completa independencia.

Chuquisaca fue elegida para asiento de esta reunión trascendental. Retiráronse todos los cuerpos de ejército a veinte leguas a la redonda formándose así una circunferencia de cuarenta leguas de diámetro en cuyo centro venía a estar situada la Asamblea. El mismo Sucre se alejó de Chuquisaca.

Leyéronse en las primeras sesiones los mensajes político y administrativo de Sucre. Luego se planteó la cuestión fundamental: la independencia del Alto Perú. Todos los diputados expresaron su pensamiento en el curso de varias sesiones; y por último, cerrados los debates, el presidente presentó éstas tres proposiciones a votarse: primera, ¿se unirán al Perú?; tercera, ¿se constituirán en Estado autónomo?

La primera proposición fue rechazada por unanimidad; la segunda obtuvo dos votos en su favor; la tercera fue aprobada por la gran mayoría restante.

En consecuencia se suscribió por cuarenta y ocho diputados el acta respectiva que, según se dice, constituye “la piedra básica” de la nacionalidad altoperuana.

Estaba, pues, dado el primer paso. *El grupo de los temerarios* había triunfado. Un nuevo Estado surgía en el concierto internacional americano, protestando “que su voluntad irrevocable era gobernarse por sí mismo y ser regido por la constitución, leyes y autoridades que él mismo se diese y creyese más conducentes a su futura felicidad en clases de nación”. Gesto realmente audaz, con el que el Alto Perú se desvinculaba no sólo de la vieja España sino también de sus hermanas mayores, y aun se alzaba contra los designios del Libertador, cuya figura en esos días resplandecía en América del Sur con la aureola de la omnipotencia. Pero al dar tal paso el grupo de los temerarios contaba seguramente con la grandeza de Bolívar. La fama de éste había llegado hasta aquí fascinando todos los corazones y todas las cabezas. Mirábasele como un demiurgo sembrador de lauros y de luz. Los altooperuanos tenían fe en su alma extraordinaria, que aunque en ciertos momentos, bajo la férula de factores diversos, incurriese en errores, pronto tornaba a alzarse íntegra; y esa fe los llevaba a pensar que, al cabo, el Libertador concluiría por reconocer la justicia de la “causa altooperuana” y consagrar con su enorme autoridad la decisión de la Asamblea.

Y así, al siguiente día de la declaración de la independencia, votóse una ley de glorificación a Bolívar rindiéndole grandes homenajes, entre ellos el de dar su nombre a la nueva república.

Lo cual es acremente censurado por Gabriel René Moreno. Para él la asamblea al rendir tales homenajes a Bolívar lo hacía sobre todo por miedo.

¿Y qué?

Que hubo allí miedo es evidente; mas ¿por qué limitar a ese sentimiento más o menos bajo, y por otra parte muy natural, el gesto de la Asamblea? ¿No significaba además él una muestra de simpatía y admiración hacia Bolívar, de esa simpatía y admiración que inspiran en todas partes, aquellos seres que se alzan sobre el común con los relampagueos del genio?

Si, ciertamente. A juicio nuestro, al preceder el Alto Perú en esa forma por intermedio de sus representaciones, procedía también con altura y nobleza.

El propio Bolívar lo reconoció al manifestar su gratitud “sin límites para el pueblo generoso que había querido llamarse Bolívar y que había dado a su nombre una inmortalidad a que no tenía derecho”. (7 de Septiembre de 1825)

“Ni lo tendrá jamás” –protesta el inexorable Moreno.

Terrible afirmación; pero quizá exagerada.

Bolívar al oponer reparos a la Asamblea, lo hacía movido más por escrúpulos formalistas. En el fondo, desde que pisó el suelo altooperuano se convenció él de que decisión de éste para proclamar su libertad era radical. El propio Moreno dice en algún otro libro suyo que “Bolívar llegó a Chuquisaca enemigo de la libertad y salió jurándola”.

Pero quería además dar a las cosas todos los visos de legalidad que según él faltaban. Y por eso pedía a los delegados de la Asamblea que fueron a entrevistarle en La Paz que “tuvieran paciencia y confianza” hasta el año siguiente en que debía reunirse el Congreso peruano para sancionar los sucesos políticos del Alto Perú. Muy conocidas son a este propósito sus palabras, dirigidas tanto a aquellos enviados como a todo el país en proclama de 1º de Enero de 1826 al retirarse del Alto Perú: “El Mariscal de Ayacucho quedará a la cabeza de vuestros destinos y el 25 de Mayo próximo será el día en que Bolivia sea”.

VIII

Pero Bolivia ya era.

De un estado inmanente, no hizo sin pasar al objetivo. Y por mucho que el Libertador aún se resistiese a aceptar este hecho, él estaba definitivamente consumado, sin necesidad de la aprobación del Congreso peruano del año siguiente, el cual por otra parte ni siquiera llegó a reunirse.

IX

Así nació Bolivia

Ella, como se ha visto, no fue obra de Bolívar ni de Sucre, bien que uno y otro hubiesen contribuido en gran manera a su advenimiento.

Bolivia nació por obra de sus propios hijos, los altoperuanos.

Sólo que ellos no estaban capacitados para sostenerla. Sus audaces gestos no emparejaban con el espíritu práctico que lleva a otros pueblos a destinos mejores. El pueblo altoperuano fue el niño que realiza una travesura descomunal. Pero lo hizo obedeciendo fuerzas recónditas e irreprimibles. ¿Quién puede fijar la raíz –biológica, histórica- de tales *travesuras* en la vida de los niños y de los pueblos; y cómo rehuir la impostergable necesidad de su cumplimiento? La renaciente nacionalidad necesitaba, sí, ser guiada por alguien. Y entonces intervinieron Bolívar y Sucre. Bolívar causó no pocos sustos; pero al cabo, debía ceder. Sucre, en cambio, desde los primeros momentos se constituyó en un admirable tutor. O más propiamente: Sucre fue como el médico sabio y bueno que interviene en un parto laborioso. Bolivia aún no había nacido pero ya existía. La nación estaba en potencia y le había llegado la hora de salir a la evidencia. El parto era precoz quizá; pero, imposible ponerle atajo cual quería Bolívar. Y entonces Sucre, arrojando el enojo del Libertador, obró en aquella crisis con entusiasmo, abnegación y fe.

X

Tales fueron los antecedentes sociológicos inmediatos a la aparición de Bolivia en la familia internacional de Suramérica.

Y decimos inmediatos pues dada la índole de este estudio no hemos querido ocuparnos de otros más distantes y complejos: el régimen colonial hispánico al cual el momento histórico había hecho ya inadecuado; el ejemplo de las revoluciones norteamericana y francesa; el aspecto económico-comercial, decisivamente influido por Inglaterra; y, en fin, el intelectual representado sobre todo por la Universidad de Charcas, donde la agitación espiritual llegó a tener inusitado vuelo.

Pero, si debemos detenernos aún en un factor cuyo papel en el proceso de nuestra nacionalidad creemos que es de capital significación; un factor ni siquiera humano, pero grande, rudo, incontrastable, que vela callado y grave detrás de las acciones humanas, que parece extraño a ellas y no obstante las dirige; un factor, en fin, en el cual está la clave de muchas cosas que nos parecen enigmáticas: el medio físico.

“El medio hace al hombre”. O de otro modo: el hombre no es sino su propio medio plasmado en forma de personalidad humana. El agua que bebemos, el aire que respiramos, la luz que nos alumbramos, los alimentos que nutren nuestro organismo, se están

haciendo cada día en nosotros pensamiento, emoción, voluntad, acción. Creemos obrar por propia iniciativa, y estamos obedeciendo a las imposiciones de nuestro medio. El marca el ritmo a nuestra vida. Una montaña, un río, un bosque, nos dictan normas. Y ni la estrella lejana que vemos en el cielo ni la humilde yerba que pisamos son ajenas a nuestro dinamismo vital. ¿Qué es la misma herencia considerada por muchos como característica intrínseca al individuo? No es sino la transmisión por los antecesores a sus descendientes de las influencias del medio.

Así también el medio es forjador de razas, creador de naciones. Forma los lazos que atan, unos con otros, los grupos humanos, les da el aire de familia que tienen, crea sus tradiciones, hace su historia. De ahí que los pueblos que se han hecho conforme a las inspiraciones de su medio sean los dotados de vida más vigorosa. No así aquellas otras formaciones aparecidas por meros convencionalismos, por la conquista, por la diplomacia, formaciones artificiosas que cuando perduran, arrastran una vida pobre, carente de espontaneidad. Sólo la Naturaleza realiza obras grandes y definitivas. Ella fija los moldes primordiales, talla los territorios, construye lo que podemos llamar las naciones naturales. El hombre hace el resto.

Es, pues, de trascendencia para un pueblo haberse hecho sobre un sólido basamento. Una isla, verbigracia, ya forma un marco apropiado para albergar un solo pueblo. Y dentro de los continentes existen también formaciones especiales, relieves territoriales que parecen estar llamando a la constitución de otros tantos pueblos claramente definidos. Bolivia está dentro de ese concepto. No hay más sino fijarse en su peculiar estructura, su singular topografía, sus grandes delineamientos que hacen de él un gran todo, no obstante la disparidad y multiplicidad de sus elementos físicos constitutivos.

Un macizo montañoso culminando a manera de gigantesco torreón en el Continente: he ahí lo que desde luego caracteriza este suelo. La cordillera de los Andes se bifurca aquí en un ramal que contornea al Pacífico y otro que se interna en el corazón del territorio. Y entre ambas corre la inmensa meseta llamada Altiplanicie. Tal es el Macizo Boliviano: una sola montaña, vamos al decir. Y ese es el núcleo fundamental, el substracto físico de la nacionalidad altoperuana.

Las tierras circundantes – zonas bajas del norte, oriente y sureste- no son sino rebalses aluvionales de dicho núcleo. Bolivia es, pues, un país ante todo montañoso. Una nación propiamente andina. Por tal razón los españoles la denominaron Alto Perú. Y por ella misma es hoy llamada el *país del Altiplano*.

Y ahora bien ¿podría en buena lógica considerarse esta singular formación del suelo boliviano ajena a la aparición de su nacionalidad?

No, ciertamente.

Por el contrario, creemos nosotros que ha obrado decisivamente en ella. Creemos que este factor determinó las demás fuerzas que concurrieron en la aparición de Bolivia. Fue el factor director.

Y lo había sido ya muchísimo antes. Desde los tiempos prehistóricos, había ya originado diversos procesos humanos en este territorio.

Los monumentos de Tihuanacu nos dicen categóricamente que en épocas inmemoriales alentó aquí un gran pueblo. Sucre este alto pedestal se edificó la más alta metrópoli del mundo. Para tal marco tales figuras. Esta meseta, como la de Anahuac o el Irán, fue el vivero de una poderosa civilización. Y el Illimani, el Illampu, el Sajama, los hieráticos testigos e inspiradores de ella.

Y a través de los subsiguientes milenios, ¡cuántas otras evoluciones sociológicas vigorosas habránse sucedido sobre el gran Macizo Andino! ¿No son una muestra viva y patente de ello los restos étnicos quechua y aymara que aún subsisten?

El mismo Imperio de los Hijos del Sol fue simplemente uno de tantos ciclos cuya fuente matriz estuvo en el Altiplano. Desde allí, como desde titánico atalaya, los Incas fueron plantando los recios jalones de su dominación a lo largo de los Andes.

Y cuando, después de la destrucción del imperio incásico, forjaron los españoles sus diversas entidades coloniales americanas, el formidable bloque andino continuó llenando una singular misión, destacándose con ruda personalidad. Aquí empezaron los trágicos levantamientos, no sólo de los nativos esclavizados, sino de los mismos españoles contra su rey: la sangrienta insurrección de *El Magnífico*, las legendarias correrías de el Demonio de los Andes, los disturbios de La Plata... (Diríase que este medio erizado de relieves estupendos tenía la virtud de infiltrar en sus moradores un espíritu incontenible de rebelión). La Audiencia Real de Charcas. Los españoles también no pudieron menos de seguir las sugerencias del medio.

Y en la guerra de la Independencia es ya muy sabido el papel que le cupo desempeñar al Alto Perú. El fue quien inició la conflagración general de las colonias españolas por su emancipación. Aquí los famosos *guerrilleros* sostuvieron durante diez y siete años; y aquí vinieron a asegurar el porvenir de sus pueblos, guerreros de las más alejadas latitudes: vinieron del sur los argentinos, del norte los peruanos y colombianos. El Alto Perú fue un palenque universal. Fue por sus condiciones topográficas y por su situación especial en el medio continente, el punto estratégico que se disputaron hasta el último momento patriotas y realistas. Y ya hemos visto cómo se hizo al fin aquí carne la idea de la liberación. Fenómeno extraordinario, hazaña aventurada de sus hijos, pero que por lo mismo acusa las inquietas propensiones de una raza que acaso obedecía a impulsos ancestrales, al influjo irresistible del medio.

Se trata en el fondo de un proceso que era a la vez de regresión, de repetición y de renovación. Tihuanacu, Kollasuyu, Imperio Incaico, Audiencia de Charcas, Alto Perú, Bolivia: he ahí tantos otros momentos en el milenario palpitar del gran Macizo.

El Alto Perú, pues, sin darse cuenta tendía a verificar una obra de construcción, o mejor, de renacimiento nacional sobre el mismo bloque montañoso que antaño sirviera de plataforma a otras razas que llenaron aquí grandes misiones.

Y en este sentido, la nación de hoy es la misma nación de ayer, como será la nación del porvenir.

MANDEPO

NOTAS DE VIAJE

Estamos ante Mandepo, el Chiriguano. Frente amplia, bien curvada; nariz aquilina, algo protuberante; labios delgados, siempre prontos a la risa; ojos que ríen igualmente, en sus profundas cuencas; cabellos, en fin, grises y juguetones, que al ser agitados por el viento diríase que ríen también.

Mandepo, a la vera, de su choza habla alegremente con el padre Nazario, el misionero de Macharetí. Yo no les entiendo puesto que no sé el guaraní; pero oyendo las sonoras carcajadas con que Mandepo salpica su charla, suponga que están diciendo cosas muy graciosas.

Póngame entonces de lado, para trazar rápidamente el perfil de esa cara que empieza a interesarme. Mi lápiz ha corrido furtivamente sobre un guiñapo de papel rayado, que encuentro en una faltriquera de mi uniforme militar.

Me gusta ese semblante de viejo septuagenario que tiene todo el vigor de los cuarenta años. Ni pizca en él del tipo mongoloide, tan frecuente entre los Chiriguanos. Paréceme más de un festivo *lord* inglés, o de un burgués americano o siquiera de un piel roja.

Y, en tanto, ríe el bárbaro. Ríe con risa franca, tonante, contagiosa, que a mí me hace reír también. ¡Qué lejos está este indígena de aquellos guaraníes tristes, agobiados, sin voz, casi sin vida, que tan gráficamente pintaba Azara en el siglo XVIII!

Es que Mandepo, seguramente, no es guaraní puro. Por su frente, por su nariz, por sus ojos, por su risa y sus gestos, me trae más el recuerdo del antiguo charca, aquel risueño morador de las vegas chuquisaqueñas, tan aficionado a la danza (la *chjarkja*).

Pues ¿por qué Mandepo tiene nombre guaraní y habla el Chiriguano, dialecto guaraníco?

Propongo la explicación de tal hecho en mi libro *La Tragedia del Chaco*. Mandepo es descendiente de un mestizaje ancestral, en que ha predominado antropológicamente el tipo andino, mientras se extinguía su idioma.

Y ríe Mandepo... Pero, he aquí que al ir hablando tan risueñamente en un idioma que no entiendo, le oigo pronunciar distintamente el nombre de Sucre.

Después, cuando nos despedimos de Mandepo, el padre Nazario me explica el caso en esta forma: Cuando ocurrió, en 1891, la tremenda sublevación chiriguana de Curuyuqui, que el general González ahogó en torrentes de sangre indígena, Mandepo, ya entonces robusto mozo, tomó parte en ella y supo salvar de la hecatombe. El vio cómo el general exterminador se llevaba "al interior" las familias de los vencidos para fraccionarlas entre diversos centros de Bolivia. Y como muchos de ellos marchaban con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin querer ya levantarla, quizá expresando así su protesta contra el rigor del castigo o la vergüenza de su orgullo rendido, entonces el general hacía que se les sujetase fuertemente al pecho, con cuerdas, un palo terminado por arriba en una horqueta que abrazaba y levantaba forzosamente el maxilar inferior.

-Y así llegaron desde acá hasta Sucre – había comentado, siempre riendo, Mandepo.

LA RAZA QUE SE VA

He aquí un paisaje propiamente liliial; uno de esos paisajes –tan característicos de Bolivia- en que las sierras lejanas y el cielo y el aire mismo parecen a ciertas horas sumergidas en un baño de luz violeta que a la vez entinta hasta a la imaginación. Son estos simples juegos de luz producidos por la radiación atmosférica; pero es lo cierto que tienen la virtud de suscitar, sobre todo en ciertos temperamentos, extraños sentimientos de nostalgia y melancolía. Dijérase que hablan ellos de los lejano, de los ausente y aun de lo funeral.

El sol se ha puesto tras una cima distante. El ambiente está quieto. Yo voy a caballo, caminando en lo alto de una larga lomada, paso a paso, mientras mis ojos se empanan en la contemplación del cuadro.

A mi derecha se extiende un mar de montañas. En el fondo corre una diáfana sierra azul. A mi izquierda, al pie de la lomada, veo una quebrada blanca en cuyo opuesto costado se alza una fila de montes sombríos. Surge de entre ellos un cabezo alto y hosco, destacando su silueta erizada en lo alto de árboles y matorrales que semejan hirsutos mechones. Y allí, en el cerro, rayando con pálido trazo su negrura, veo un camino sinuoso que empieza en la quebrada, trepa retorciéndose como una serpiente, desaparece en las rugosidades, vuelve a mostrarse en los resaltos y después de mil ondulaciones se pierde en una ceja distante.

A mi paso voy encontrando *kjeuñas*, con sus troncos retorcidos, como atormentados, descarnado su rojiza corteza en láminas a modo de papiros; cebadales espigados de color verde claro; papales de verde obscuro. Y arriba siempre el fulgor violáceo del cielo volcado sobre el paisaje como un fanal.

Y todo en redor mío respira quietud, soledad, silencio. Apenas si a momentos una ligera racha de viento sesea entre el follaje umbrío de los pinos silvestres, enhiestos a la vera del camino, o me trae algún eco lejano –un balido de oveja, un ladrido de solitario can-. Luego esos rumores acallan y ya no escucho sino el son acompasado que producen los cascos de mi caballo hiriendo el suelo pedregoso; y ese mismo son cesa a ratos, cuando la bestia camina sobre las praderas cubiertas de menudo pasto.

Pero ha aquí que en medio de esta soledad y mutismo rasga de repente el aire sereno una extraña voz; una voz al mismo tiempo salvaje y melodiosa; una voz profunda y monótona que vibra con dejo varonil; un lamento prolongado que tiene algo de bramar de un toro y acaba como el ay de un moribundo...

Es un *erkje*.

Sorprendido por esta extraña música me vuelvo hacia el punto de donde va saliendo y pronto diviso al tocador. Es un indio, un *jallkj'a*, que ha empezado a trepa el cerro de que antes hablé.

Y en verdad que el tal indio toca admirablemente su *ejrke*.

Lo miro, a los lejos, bañado por la luz de la tarde opalescente. Va por el angosto camino. Se detiene a momentos, emboca el instrumento y arranca de él esas notas que me embelesan. No parece sino que fuera gozando intensamente en este ejercicio musical. Debe de ser uno de esos artistas silvestres, que por excepción solemos encontrar entre

los aborígenes, a juzgar por la destreza con que sopla ese cuerno que en otras bocas no suele emitir sino ruidos desentonados y molestos.

Por los demás, su música se reduce a una sola melodía siempre repetida, pero que sin embargo no me cansa. Son apenas seis notas dispuestas en tono menor. Salen del cuerno lentamente, como arrastradas. Cada una vibra, con variadas inflexiones, por bastante rato, terminando el motivo con otra nota aún más larga que prolongándose gravemente ulula en el espacio como un alarido y viene a sacudir mi corazón.

Y la tarde se esfuma. El lila del cielo se va ensombreciendo. Comienza a fulgir las estrellas. La sierra de mi derecha tiene un color morado. Los montes de mi izquierda están casi negros. Ya apenas borrosamente puedo distinguir al indio que se ha remontado hasta medio cerro. Y la voz del erkje sigue resonando en mi oído, desgarradora, solemne, dolorosa y cada vez más lejana.

¿Qué sentirá ese indio tocando su *erkje*?

Seguramente ni él mismo acertaría a decirlo. Mas yo creo que en estos momentos asoman al hurraño espíritu de aquel solitario ser innumerables generaciones. Allí está condensada toda una raza. Una raza que grita, que solloza, que canta...

Mil curiosas imaginaciones asaltan mi cabeza. Los broncos clamores del *erkje* llévanme a remotas edades, a extrañas gentes, a cuadros patéticos. Esas notas tienen para mí un aire a la vez cautivador y lamentable. Son imponentes, fieras, grandiosas. Suenan como un grito guerrero y a la vez lúgubre. Son oración, protesta, anatema, resignación. Son lo feroz y lo doliente juntos. Y vagamente, a lo largo de ellas, asisto a una sucesión de extravagantes visiones: una legión triunfal que se torna en hato de cautivos; una cohorte de seres que brilla, deslumbrante, por un momento y que se transfigura en cortejo fúnebre, un banquete fastuoso que acaba en dantesca tragedia...

La noche ha caído. El lila del cielo tiene un tinte siniestro, amenazador. Las estrellas refulgen fríamente, como aceros desnudos. La tierra a mi redor está negra; y negra está la misma azulada sierra que antes veía como un límpido cristal. Hace ya mucho rato que no veo más al indio que iba por el camino del cerro, pero sigo oyendo el eco de su *erkje* cada vez más lejano, más lejano... A momentos no suena sino como un eco vago, imaginario, ya no de éste sino de algún otro mundo enigmático. Es ya sólo como un soplo de aire, como un suspiro tenue, como una flébil exhalación.

Y entonces yo me digo:

-Sí... Esa es la voz remota de un pasado legendario, de una época muerta, de un pueblo desaparecido. Es la raza que se va...

ALGO SOBRE GEOLOGÍA BOLIVIANA

No existe todavía la fórmula exacta y definitiva de la estructura geológica boliviana. No se han hecho todos aquellos estudios que son menester en este orden para llegar a una conclusión general. Los hasta hoy existentes fueron verificados o con fines industriales, en las zonas mineras, y, por tanto, de carácter sólo parcial, o mejor regional, o por viajeros y misiones científicas ambulantes, que no podían permanecer largamente en el país.

Por otra parte, hay cierta anarquía o contradicción entre esas mismas escasas investigaciones, tocante a diversos puntos: formaciones geológicas, edades, tectonismo. Así, mientras unas afirman que la Cordillera Occidental corresponde a la era secundaria o mesozoica, otras la consideran terciaria o cenozoica.

Quizá lo mejor de la incipiente geología boliviana es también lo más antiguo. Hace ya un siglo que ascendió el Macizo Boliviano un sabio francés, Alcides d'Orbigny, y lo estudió en gran parte haciendo largos recorridos, con frecuencia a pie, por millares de kilómetros, especialmente en la Cordillera Oriental y también en la hoya amazónica (Chiquitos y Mojos). Su obra puede considerarse como monumental. Mas, ni el mismo d'Orbigny pudo reconocer todo el territorio boliviano. En la Altiplanicie no alcanzó el sector austral, desde la zona de los grandes salares a la Puna de Atacama. Tampoco llegó, en la hoya amazónica, a las tierras regadas por el Madre de Dios, por el Orton, por el Acre, ni conoció, en la hoya platense, el Chaco Boreal.

Posteriormente a d'Orbigny fueron llegando a Bolivia otros investigadores, como Castelnau, Forbes, Steinmann, Kozlowsky, Dereims, Sundt, cuyos trabajos han servido por los menos para empezar a descifrar la incógnita geológica boliviana.

Hemos podido también conocer, aunque sólo fragmentariamente, los estudios realizados en ciertas zonas mineras del país por Lindgren, Kittl, Ahlfeld y otros.

Nosotros, ateniéndonos en parte a todos estos trabajos y en parte separándose de ellos, vamos a tentar la proposición de una fórmula sintética en esta importante materia.

En el período arcaico precámbrico de nuestro planeta, al iniciarse el enfriamiento de la corteza terrestre primordial, durante el ciclo que los geólogos llaman *hurónico*, hubo en América el primer plegamiento de aquella, abarcando el área sobre la que hoy se levanta la Cordillera Real.

Es el que hemos llamado *escudo andino*, sin englobarlo precisamente en el escudo brasiliano como parece hacerlo Steinmann quien llama *Brasilandes* a todo un complejo orográfico que comprendería ambas formaciones montañosas, con más la mayor parte de la Altiplanicie y la Puna de Atacama.

Para nosotros, frente al escudo brasiliano, cuyos restos, ya muy desgastados, están constituidos por el Macizo de Matto Grosso y otras corrugaciones circundantes, entre las cuales habría que contar el sistema de Chiquitos en el territorio de Bolivia, se alzó, tal vez posteriormente, el escudo andino, cuyas capas graníticas coronantes son ciertamente más jóvenes que las de otras circunscripciones geológicas, verbigracia la de los Alpes.

Tenemos así un primer esbozo del Macizo contemporáneo de la era arcaica.

Luego, vienen sucediéndose los períodos de la edad primaria (cámbrico, siluriano, devónico, carbonífero, pérmico) en que el mar ya depositando sus diversos estratos, y el tectonismo correspondiente que da lugar a nuevos plegamientos, fracturas, fallas. Probablemente, ya desde entonces había emergido de las aguas la Cordillera Real, con los portentosos picos del Illampu-Kaka-aka, Illimani, alineados de norte a sur, en un gran masa arqueada, con su concavidad frontera al oriente.

En la era secundaria, considerada como de pausa o de paz en esta pugna de las fuerzas recónditas del globo, se inicia, no obstante, al occidente de la Cordillera Real, otra serie de plegamientos de la costra terrestre, formando la que es hoy Cordillera Occidental o Longitudinal, como uno de los tramos de la gran *línea de fuego* trazada, como si dijéramos, entre los polos terrestres ártico o antártico. Luego, con los nuevos plegamientos de los ciclos caledónico y herciniano y después de un larguísimo período de submersión y emersión, quedó por fin constituida la gran barrera que llamaremos pacífica (de Pacífico), donde hoy se levantan las cimas del Sajama, Parina-kjota, Huallatiri y los otros picos volcánicos que cierran el borde occidental de la Altiplanicie.

Y de esta suerte, entre el gran arco de la Cordillera Real y su secante, la barrera pacífica, quedó abierto un “hueco”, como decimos en el texto de este libro.

Tal hueco venía a ser el original basamento de la Altiplanicie.

Dentro de él habían quedado aprisionadas las aguas correspondientes del mar y las capas sedimentarias primitivas. El subsiguiente trabajo de erosión en los muros cordilleranos circundantes fue rellenado ese hueco con nuevos estratos. Y con ello, las aguas marinas debieron de ir subiendo de nivel, hasta rebalsar por los puntos fracturados de esos muros mientras por su parte la evaporación hacía su obra.

Era el mismo fenómeno, que se cumplía aquí como en otras partes del planeta. En algunas, durante el ciclo herciniano, hizo que llegasen a desaparecer cordilleras enteras por la erosión.

Y, en fin, en la era terciaria sobreviene “un nuevo despertar” de las actividades tectónicas de la tierra, que modelan la configuración hoy mismo subsistente con pocas variantes en esta parte del mundo.

Es a esta etapa (cenozoica) que, según el consenso común de diversos geólogos, pertenecen las grandes masas montañosas que nosotros, considerando su aspecto geográfico, hemos llamado Macizo de Yungas y Macizo de Charcas.

Por nuestra parte, nos atrevemos a proponer la explicación siguiente respecto a ellas:

Las fuerzas intraplanetarias, en su despliegue hacia fuera de la corteza terrestre, debían buscar naturalmente los puntos de menos resistencia. Y ahora bien: puesto que ya desde la edad primaria se habían producido los pliegues primordiales de la Cordillera Real u Oriental, con sus anticlinales, sinclinales, fracturas, etcétera, todo eso constituía tal área menor resistencia, encontrando en ella las nuevas actividades tectónicas un campo propicio a su acción.

Fue así que se completó ese levantamiento colosal de la costra terráquea que ese el Macizo Boliviano. El, a lo largo de la cordillera andina panamericana, como ya dijimos, es el eslabón más alto y más grueso entre los demás.

El ingeniero geólogo Kittl, hablando sobre el arco de la Cordillera Real y la presencia frecuente en él de rocas intrusivas, dice: “Es probable que la formación del arco tenga conexiones causales con la aparición de estas rocas intrusivas”. Asimismo, se refiere a una cordillera ya medio cubierto en la Altiplanicie, compuesta por esquistos paleozoicos con algunas intrusiones volcánicas, y a los afloramientos efusivos de Oruro y Eucaliptus. Todo ello corresponde al costado occidental de la Cordillera Real.

Y en cuanto a su vertiente oriental, sobre todo en el sector del Macizo de Charcas, el geólogo Bonarelli, que ubica allí lo que llama “terciario subandino” relacionándolo con las formaciones del norte argentino, dice: “En el sentido transversal de los plegamientos subandinos se observa una gradual disminución en la intensidad del fenómeno diastrófico de oeste a este, presentándose en la región chaqueña las últimas repercusiones del monumento orogénico, en forma de ondulaciones muy suaves, tapadas en parte por sedimentos cuaternarios. Esto demuestra precisamente que el plegamiento se efectuó por la acción de un empuje unilateral del oeste”.

Y, en efecto, la configuración geográfica actual del Macizo de Charcas está confirmando este aserto. La escalinata charquense se va degradando, poco a poco, hacia el oriente, como lo hemos hecho notar, de suerte que en la hoya platense esas ondulaciones que dice Bonarelli ya sólo están representadas por serranías bajísimas y medio aplanadas, como las que hay entre Macharetí y Carandaití.

De nuestro lado debemos hacer resaltar aquel relieve orográfico que señalábamos iniciándose en Livichucu, junto a la Altiplanicie, y formando entre las fuentes prístinas de los ríos Pilcomayo y Grande un pliegue muy angosto pero ensanchado a medida de descender al oriente, continuándose luego con el plano inclinado chaqueño que se extiende hasta el río Paraguay.

Dicho pliegue, de dirección sureste, está a su vez resquebrajado por otros secundarios, alineados en general de norte a sur. Estos son las serranías escalonadas del Macizo de Charcas que enumeramos en el capítulo correspondiente de este libro.

“En resumen, toda la travesía del río Pilcomayo al valle de Miraflores (sector Potosí) ofrece el mismo grande interés geológico, porque presenta con evidencia la superposición de los cuatro sistemas geológicos de Bolivia: los terrenos silúricos representados por las pizarras; los terrenos carboníferos reducidos en este punto a las areniscas rojas friables; y, en fin, el terreno triásico, con sus arcillas abigarradas y sus calcáreos compactos”.

Allí mismo encontró d’Orbigny formaciones graníticas y el *Chemnitzia Potosensis*.

Hay que decir, por lo demás, que en aquellos tiempos la geología no había llegado a las concepciones que hoy rigen tocante a división de etapas, tectonismo, estratigrafía, etc. Ni tampoco se había hecho aún ciertos hallazgos en las profundidades del Macizo que hoy nos demuestran patentemente la contextura precámbrica de su base.

La constitución geológica de las hoyas que subsiguen las vertientes orientales del Macizo es, en verdad, más sencillamente explicable que la del mismo

Así, para la hoya amazónica, una simple ojeada al mapa de Bolivia ya empieza ilustrando al lector sobre este punto.

Frente al Macizo Brasileño, que desde el norte de Matto Grosso, emite el gran ramal de la Cordillera Geral y Sierra de los Parecis, trazando un arco a cuyos pies corre el río Ytenes, está el otro arco, andino, de la Cordillera Real y el brazo Cochabamba-Santa Cruz, que se atan en el nudo de Cochabamba, paralelo al anterior, a una distancia de casi

mil kilómetros. Entre ambos se extiende la hoya amazónica boliviana, desde las faldas de la Cordillera Real hasta el Ytenes, en cuya margen derecha comienza las tierras de Brasil.

Es decir que, primitivamente, este fue también un “hueco”, como el de la Altiplanicie, aunque mucho más bajo, que se fue rellenando por la erosión de su marco montañoso en la sucesión de las edades. Hoy día, ese relleno prosigue sobre todo con los materiales de acarreo del Macizo de Yungas y Cordillera de los Yuracarés, que tienden sobre la cuenca subyacente una copiosísima red fluvial. Basta ver el mapa para encontrar cómo esa red cubre de sur a norte la hoya amazónica boliviana, siendo sólo su sector oriental constituido por las corrientes desprendidas del sistema de Chiquitos, que como dijimos, geológicamente corresponde al Macizo Brasileño.

Tratándose de la hoya platense, ya vimos, en el curso del presente libro, la parte que toma en su formación el Macizo de Charcas, con el relieve montañoso de Livichucu.

Dicho relieve seguramente influyó para que esta hoya fuese más alta que la amazónica e hizo inclinar las aguas que por su flanco izquierdo descienden a la primera – ríos Parapití y Grande- hacia la segunda. A este fenómeno *sui generis* es que hemos llamado *una paradoja geográfica*.

Bonarelli ha propuesto llamar a la faja de serranías charquenses convergentes a la hoya platense sistema orográfico subandino, “Dicha faja –dice- constituye, morfológica y geológicamente una unidad bien definida con caracteres evidentes de elemento subpositivo formado por una serie en gran parte marina, permocenoica completa, o casi completa, cuyo diastrofismo se efectuó principalmente por los movimientos de la segunda fase (keidel), los cuales se iniciaron durante el mioceno y terminaron en la iniciación del pleistoceno”.

Recapitulando lo dicho hasta aquí, creemos nosotros que, geológicamente, el Macizo Boliviano está compuesto en su mayor parte de estratos paleozoicos (silurianos y devónicos) visibles, sobre una base precámbrica invisible. En la superficie, ya regular o irregularmente distribuidos, se hallan los elementos sedimentarios de épocas posteriores (secundaria, terciaria, cuaternaria).

La parte más eminente en esa constitución es también la más antigua, correspondiente al período árcico: la Cordillera Oriental. Ella forma el eje o tronco del Macizo, trazando un arco cuya concavidad mira al Pacífico.

A cada lado de ese eje, hay dos llanuras o planos de tiempos mucho más recientes. La primera, u occidental, es la Altiplanicie; la segunda, u oriental, está formada por las hoyas amazónica y platense.

La Cordillera Oriental es de estructura granítica, sobre todo en los sectores de Cololo, Hankjo-uma y Quimsa-cruz. Allí el granito aparece ya coronando sus cimas (lacolitos, batolitos), como en el Illampu e Illimani, o ya bajo las capas paleozoicas, como Quimsa-cruz.

Es en estas rocas instructivas graníticas y en las contiguas metamórficas que se hallan con frecuencia las inyecciones metalíferas de oro, estaño, plomo, antimonio...

La llanura occidental, o Altiplanicie, que sigue al oeste de la Cordillera Oriental, originalmente fue una cuenca profunda comprendida entre ella y la Cordillera Occidental. Hoy es un altiplano formado a expensas principalmente de los materiales de erosión de aquellas misma. Este plano está en partes interrumpido por otras serranías bajas o a medio aplanarse que corresponden en su mayor parte a la época terciaria y son de naturaleza efusiva. Puede citarse, entre ellas, la línea de cerros traquíticos que desde las

proximidades de Achacachi se dirige hacia el oriente y sur de Oruro, pasando cerca a Viacha y Totorani, paralelamente a la Cordillera Oriental. Créese que irrumpió por una fractura de la Altiplanicie tendida en esa misma dirección. Al occidente de ella, aparecen nuevas líneas efusivas: la que va al oeste de Eucaliptus y pasa por Oruro, y la que desde Corocoro sigue, de norte a sur, formando el llamado sistema cuprífero.

Hacia el sur, están los grandes yacimientos salinos que cubren gran parte de la Altiplanicie.

En fin, amuralla por el occidente la meseta andina la Cordillera Occidental, o de la Costa, generalmente considerada de origen mesozoico.

La llanura oriental, que sigue a la vertiente respectiva de la Cordillera Oriental, está formada de dos planos inclinados divergentes: el primero, o amazónico, que se inclina al norte; y el segundo, o platense, que se inclina al sur. Entre ambos se alza el Macizo de Chiquitos, compuesto en su mayor parte de una masa de gneis ya muy desgastada por la erosión.

La hoya amazónica boliviana corresponde también primitivamente a un hueco abierto entre el Macizo Boliviano (escudo andino) y el Brasilico (escudo brasiliano). El fondo de ese hueco debe de estar constituido por una base precámbrica, pero que se halla a una gran profundidad. Actualmente, en los cortes fraguados por algunos ríos, como el Beni, sólo aparecen los estratos devonianos. De esta hoy dice d'Orbigny: " En último análisis representa una profunda cuenca, especie de lago, a donde los ríos llevan materias terrosas o arenosas que se esparcen por su superficie en las inundaciones y que tienden a elevar el suelo".

La hoy platense, que no conoció d'Orbigny, es todavía un tercer hueco, relleno por los detritus de las formaciones orográficas circundantes, especialmente por el Macizo de Charcas. En ella aún se notan las ondulaciones de la época terciaria, ya en parte cubiertas por los terrenos pampeanos y aluvionales.

Es entre esta hoya (Gran Chaco) y el Macizo, que se halla esa "faja de relieves pedemontanos" a que el geólogo Bonarelli propone llamar "terciaria subandino". Este autor, que la estudió con cuidado desde el punto de vista de las formaciones petrolíferas, establece la superposición de capas geológicas en la forma siguiente, de abajo arriba:

"1ª.- Esquisitos micáceos (devonianos) con bancos intercalados de areniscas cuarcíferas. Espesor desconocido

"2ª.- Areniscas inferiores (perno triáticas). Espesor: hasta 2,500 metros.

"3ª.- Horizonte calcáreo dolomítico (cretáceo) con calizas fosilíferas, margas verdes, grises, azules, coloradas. Espesor: de 40 a 150 metros.

"4ª.- Areniscas superiores (cretáceo). Espesor reducido.

"5ª.- Terciario subandino (cenozoico). Areniscas blandas, tobas rojas, etc. Espesor hasta 2,500 metros.

"6ª.- Una discordancia más o menos marcada.

"7ª.- Una serie de conglomerados. Espesor variable".

Desde esta faja petrolífera de Bonarelli se están elevando los terrenos y desordenándose o aun desapareciendo la anterior disposición de ellos. Así, el devoniano,

que es esa faja aparece hasta más de cinco mil metros de profundidad respecto de la superficie, en el Macizo, forma sus más grandes alturas, de cinco mil metros de elevación.

Para concluir esta breve excursión geológica, y limitándonos ya sólo al aspecto metalífero, citemos, siquiera no sea sino someramente, algunas de sus muestras típicas.

El cobre

Aunque este metal se halla copiosamente esparcido en todo el Macizo, puede decirse que su zona de predilección es la Altiplanicie. Ejemplo: el sistema cuprífero del centro y occidente de ésta, donde están las minas de Corocoro. Allí aparecen los inmensos yacimientos de cobre nativo, en los estratos geológicos que los mineros llaman "los terrenos de las *Vetas*, y de los *Ramos*". El hombre altiplánico primitivo lo encontró así a la mano para sus primeros ensayos metalúrgicos, para lo cual, justamente por nativo, el cobre se prestaba de modo especial. Y como también tenía cerca el estaño, es natural que hubiese nacido pronto la industria del bronce, en aquella que podemos llamar, entre nosotros, la edad eneolítica.

En Corocoro, el cobre se encuentra ya en forma pulverulenta, ya en masas, charques, fibras. El geólogo Sundt atribuye su génesis a la precipitación en los terrenos de las soluciones en que está el metal (cloruros, sulfatos).

El estaño

Este metal ocupa en el Macizo Boliviano una gran faja que corre de norte a sur, en las alturas, por unos dos mil kilómetros de longitud. Y dicho se está que, al igual del cobre, también fue explotado desde la prehistoria. Precisamente en la Cordillera de Quimsa-cruz quedan aún las huellas de esta explotación primordial. De suerte que el hombre moderno, en la extracción gigantesca de este metal, no hace sino proseguir una tradición inmemorial.

Los grandes yacimientos de estaño se hallan ya en las formaciones efusivas de la Altiplanicie, como en Oruro, o ya en las cumbres y vertientes de la Cordillera Oriental, tal en los eslabones de Hankjo-uma (Illimani, Huayna-potosí, Chacaltaya), de Quimsa-cruz, y sobre todo en los Asanaques, donde forma los ingentes depósitos de Huanuni, Llallagua, Villa-apacheta.

En la Cordillera Real se ve el estaño con frecuencia unido a las rocas intrusivas graníticas que dominan en sus alturas, u ocupando a la vez los estratos paleozoicos y zonas de contacto entre unas y otras. Acompaña muchas veces al oro y otros metales, especialmente la plata. Su forma más común es la casiterita (óxido de estaño). Encuéntrase también formando extensas cuencas, ya por los desmontes que resultan del trabajo humano o por la acción de los elementos naturales.

La plata

Forma otra faja de longitud análoga a la del estaño (dos mil kilómetros). La plata, como se sabe, es el metal histórico por excelencia en Bolivia. El solo nombre de Potosí nos lo dice. Ella generó la leyenda blanca de la Sierra de la Plata de los conquistadores hispánicos, como el oro la leyenda amarilla de El Dorado.

La plata se halla comúnmente en las formaciones porfíricas del Macizo (riolita, dacita, andesita), en Oruro, Huanuni, Colquechaca, Potosí, Chichas, Lipes, unida al hierro,

al oro, al azufre, al arsénico, al plomo y sobre todo al estaño, siendo muchas veces reemplazada por éste, a medida de avanzar en profundidad.

El geólogo Arturo Wend que estudió largamente las formaciones argénticas del Macizo, sobre todo en el Potosí, juzga que la deposición del metal es harto reciente y acaso “tan moderna como el advenimiento del hombre”.

El oro

Este metal se halla en todo el Macizo, desde sus cumbres hasta sus pies. Y más allá sigue mostrándose en las hoyas. Sus tipos genéticos son distintos en los Macizos de Yungas y Charcas. En el primero se hallan sus filones en las rocas íngenas, unidos a la monzonita cuarcífera, como producto de diferenciación de los magmas ácidos y semiácidos (Palomani, Illampu, Illimani, Quimsa-cruz). En el segundo se halla más frecuentemente ligado al antimonio en las pizarras paleozoicas, siendo de erigen hidrotermal, como lo hace notar Ahlfeld. Entre ambos sistemas o tipos se halla el de Amayapampa, que participa de unos y otros caracteres, por lo cual se llama *mixto*.

En cuanto a las hoyas, quizás la más rica en oro es la amazónica, ya que según el mismo Ahlfeld “todos los ríos que van al este contienen oro hasta en la región de las selvas”. Se refiere a los ríos de los Yungas. A lo que nosotros añadiremos que también el Río Grande, procedente del Macizo de Charcas, lo lleva a la misma hoya, pudiendo muy bien ser llamado *río del oro*, como el Pilcomayo *río de la plata*.

Y ya que hemos nombrado Chiquitos, citemos también allí, cerca al rubio metal, el moreno o negro: el hierro. Ya d’Orbigny, hace cien años, lo hallaba a cada paso en sus andanzas por esa región. Hoy el ingeniero Jorge Muñoz I. dice que el hierro está allí “en forma de hematita”. En el litoral del Alto Paraguay, correspondiente a Chiquitos, está la zona del Mutún y de la Cruz donde una serranía de unos veinte kilómetros de longitud está constituida casi exclusivamente de hierro (setenta y cinco por ciento). Por desgracia, no se ha intentado aún allí ninguna explotación. Pero, si se tiene en cuenta la abundancia de combustible vegetal en la región, a falta de carbón de piedra, se comprende a un gran desarrollo en el porvenir.

VISIÓN HEROICA

(Del libro inédito **Poemas del tiempo viejo**)

(FRAGMENTOS)

¡Oh qué visión grandiosa la que he tenido!... Pero si he de mostrarla, hermanos, que un silencio austero se haga en redor. Oíd hijos de Manco Kjapaj, descendientes del Cid.

Yo he visto a los guerreros en la planicie agreste del kolla-suyu. He visto su formidable hueste pasar como un ciclón, mostrando en sus banderas el Cóndor y el León.

He visto sus cimeras, he visto sus penachos en tanto que a lo lejos alzaba sus picacho la Cordillera Real –flamígeras cimeras de otra legión triunfal–.

Y he sentido el tonante rumor de los clarines llevando un himno heráldico a todos los confines: el himno del poder el himno de los hombres que supieron vencer.

He visto, sí, a los rudos paladines en marcha y juntos a los hijos de esa estrecha amalgama de indio y de español: los hijos del Quijote con los hijos del Sol.

He visto, sí a los rudos paladines en marcha hollando los zarzales, las piedras y la escarcha de la yerma altitud que temblaba a sus plantas cual bajo de un alud.

He visto, sí, a los hombres de los tiempos pretéritos los hombres arquetipos, los hombres beneméritos... Más, todavía, oíd Hijos del Manco Kjapaj, descendientes del Cid.

* * *

Un pueblo es grande porque quiere; la voluntad tuerce los brazos mismos de la fatalidad como el martillo al hierro forjándolo en el yunque. A un pueblo de hombres fuertes no hay nada que le trunque ni nada que le achate, ni nada que le estorbe. Un pueblo de hombres fuertes tiene a sus pies el Orbe.

* * *

¡Arriba, oh patria, arriba! Sé tú ese pueblo; sé un pueblo acorazado de su valor y fe. ¡Arriba, Que tus huestes se levanten. Que rompa el himno de los fuertes y sea cada trompa un verbo ignipotene. Cese la voz dulzaina de melifluos bardos. Salte ágil de su vaina la espada. Y en tu seño surgiendo rediviva la estirpe primitiva, asciende nuevamente la triada inmortal que condujo a sus hijos al punto cenital.

*¡Arriba, arriba, patria!... Sé el pueblo que eran antes:
un pueblo de gigantes,
el pueblo que en sus tiempos tan grandes obras hizo.
Y así como tus Andes forman el gran Macizo
que alza la sobrefaz
de todo un Continente, que así se empine audaz
tu raza... Que ella sea como tus altos montes
como tu Altiplanicie, como tus horizontes.
Sea el florecimiento y el natural producto
de tus entrañas. Sea cada varón reducto
cerrado al miedo, cada cerebro el templo sacro
de la verdad exento de todo simulacro
y de toda ficción
Y en cada corazón
se alce el líceo estoico
que está siempre en defensa de lo grande y heroico.*

* * *

*Silencio... Se han callado los bélicos clarines
y marchan, marchan los bravos paladines.
Y en la llanura agreste solamente se escucha
el jadear pujante cual jadear de lucha
de sus robustos pechos, y el son acompasado
que sobre el suelo hollado
producen sus rotundos y herméticos talones.
Y cascos y trompetas y espadas y pendones
relumbran bajo el sol
con llamas empapadas de sangre y arrebol.*

*Y en tanto allí en el vago confín de donde arranca
sus níveos crestones la Cordillera Blanca,
el Illampu se empina sobre el extremo norte
y al sur el Illimani, y al centro, con su cohorte
de otros titanes blancos, el Huayna-Potosí;
y hay reflejos sangrientos –grana, arrebol, rubí-
sobre las albas clámides
que cubren sus torreones, columna y pirámides;
y hay reflejos sangrientos sobre la superficie
gris de la inmensurable y helada Altiplanicie;
y hay reflejos sangrientos en el azul del combo
firmamento que vuelca su gigantesco dombo
sobre la estepa; y de ella se alzan espesos vahos
oliendo a sangre como si el rojo dios del caos
pasase ignipotente por el cielo y la tierra
desgarrándolos. Todo parece armado en guerra.
Y hasta en mi corazón
hay reflejos sangrientos... ¡Oh trágica visión!*

* * *

*Pero ya basta... Cese tan hórrido transporte.
Que la calenturienta cabeza se reporte
por un momento. Basta...*

Y ahora ¿qué es lo que veo?

*-¡Oh espejismos que forja la fiebre del deseo!-
Ahora el cuadro se agranda, se transforma y complica.
El rojo se ha borrado. Pero más bella y rica
surge otra gama plena de tonos. Veo el verde
en las praderas donde la humilde oveja muerde;
veo los tintes claros del oro, cual lumbre
del sol cristalizada sobre una excelsa cumbre;
y la blancura nítida de la plata, como una
condensación gloriosa de la luz de la luna
sobre otra cumbre. Veo ya el zafir de las ondas
del mar; ya la esmeralda movible de las frondas;
ya la policromía*

*de las aves y flores, como una sinfonía
de llamas y colores
en que las notas fueran esas aves y flores.
Veo doquier la vida, la vida buena y sana;
veo la dicha humana
desbordando en cantares, cual si una fresca risa
brotase de los prados, del río y de la brisa.
Veo en torno una patria que entre las otras es
un modelo y ostenta sin lacras su pavés.*

*Y veo su bandera que flota al viento, augusta.
Cobijando a millones de seres que en robusta
asociación han hecho, con soplo fecundante,
un organismo fuerte, dinámico, vibrante;
un pueblo en que se cumple gallardamente aquella
ley del Inca: ama sua, ama llulla, ama kjella.
Veo sobre el Macizo, bajo la Cruz del Sur
y del Centauro fúlgido que perfora el azur
con sus cascos de plata, relumbrar otros astros
—los ojos de la urbe— sabia en seguir los rastros
del sol. Veo los hombres de entonces en el delirio
de la altitud forjando, aun antes que el asirio,
otra Babel gigante para ver desde el agro
el cielo, y de esta suerte comprender el milagro
del Cosmos. Veo alzarse la vieja Pacha-Mama
vistiendo el panorama
de contornos fantásticos.
Veo el granitos en bloques soberbiamente plásticos;
la arcilla hecha montañas
por mano de los hombres y no por las entrañas
ignívoras del Orbe. Veo muros magníficos
talleres, columnatas, portadas, jeroglíficos,
signos extraños, templos, estatuas grandiosas;
creaciones, en suma, desconcertantes; cosas
tan altas y tan bellas
que no puede mi lengua decirlas. Y con ellas
veo a los hombres grandes como sus monumentos,
grandes sus voluntades, grandes sus pensamientos,
grandes sus corazones, grandes, sí, todos grandes.*

Desperté... Y a lo lejos fulguraban los Andes.

NOTA FINAL

Cerramos este libro con el mismo buen humor con que lo habíamos abierto, no obstante las vicisitudes por las que ha debido pasar su publicación.

Dadas las dificultades, derivadas del estado de post-guerra; que hay actualmente en Bolivia a este respecto, pensamos nosotros hacer esta edición en Chile aprovechando cierta proposición que se nos hacía de la Editorial Ercilla, de Santiago. Mas la Junta de Control de Giros, en La Paz, nos negó las divisas –unas pocas divisas- que necesitábamos para tal fin. La Junta, en su negativa, decíanos que bien se podía hacer la edición en La Paz. Sólo que en La Paz no hay siquiera un buen papel. Y hasta faltaron operarios. Pero ¿qué hacer? ¿Rabiar? ¿Protestar? No. Sonreír más bien.

Y fue por ello que nos resolvimos a comprimir el libro, suprimiendo algunos capítulos y reduciendo otros.

Ocurríanos, pues, igual que en nuestra obra anterior *-La Tragedia del Chaco-* que publicamos en plena guerra, Tampoco entonces había papel. Y menos había operarios: estaban en la campaña. Y así debimos cortar la última parte de ese libro –*Líneas Sinópticas-* y otras anteriores, lanzando después, para completar siquiera una parte de nuestras opiniones, el pequeño opúsculo *El Ideal Pacifista*.

Por suerte, en el caso presente, no se trata de un libro de la misma índole de *La Tragedia del Chaco*. Como lo advertimos en sus primeras páginas, *El Macizo Boliviano* es sólo una recopilación de artículos periodísticos escritos otrora, y algunos de los cuales ya se publicaron en la prensa extranjera. De ahí que la supresión y reducción indicadas no dañen mayormente el fondo de la obra.

Y tal vez eso mismo nos da tiempo para volver sobre tal o cual materia, en el futuro, con más aplomo y un mayor acervo documental, por ejemplo, en la parte referente a movimientos humanos desde el Macizo Boliviano hacia otras latitudes, como aquel de los *chanes* o *chaneses* que hemos llamado *El Éxodo Amarillo*, aventurando la suposición de que acaso se trataba de una inmigración de origen asiático venida, por el Pacífico, a las costas occidentales de América, para seguir después, al través de ésta al Atlántico. Aquí faltan todavía diversos datos para dar consistencia a nuestra tesis. Y aunque es verdad que ciertas investigaciones últimas, como las de F. Buck en las costas peruanas y en la Altiplanicie (Tihuanacu) sobre las afinidades del calendario maya con el altiplánico, serían favorables a nuestra opinión, ya que al hablar de los *chanes* (serpientes de Centroamérica, nosotros también, etnográficamente, lo hacemos afines de los de Bolivia – los *chaneses* del Chaco- de todos modos, el asunto requiere nuevas observaciones para llegar a una conclusión definitiva.

No nos lamentamos, pues, por haber dejado sólo a medio decir estos y otros puntos.

Y cuanto a otros pequeños obstáculos que este libro ha encontrado, ¿qué más da?

En estos días han desaparecido del correo, entre Sucre y La Paz, unos originales que enviamos para el Apéndice: los del poema que, fragmentariamente aparece al final, y de un artículo sobre *El Andinismo*, que registró, hace años, *La Sierra* de Lima.

¿Y qué?

Tal desaparición nos ha inducido a acortar aún más el poema *Visión Heroica*, lo que tal vez está mejor. Y en lo que hace a *El Andinismo*, creemos que es ya hora de ir limitando ese concepto que ha empezado a crecer más de la cuenta.

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz - Bolivia